

# *CILLIAN*

Los O'Malley



**MAYA R. STONE**

CILLIAN

*Los O'Malley 1*

**Maya R. Stone**

©Todos los derechos reservados

UNO.  
DOS  
TRES  
CUATRO  
CINCO  
SEIS  
SIETE  
OCHO  
NUEVE.  
DIEZ.  
ONCE  
DOCE.  
TRECE.  
CATORCE.  
QUINCE.  
DIECISÉIS.  
DIECISIETE.  
DIECIOCHO.  
DIECINUEVE.  
DESENLACE.  
PRÓXIMAS NOVEDADES.

## UNO.

Cillian hizo la cabeza a un lado para apreciar a la bella mujer que se sacudía a pocos metros como en un trance sensual, y su boca se distendió en una mueca cínica.

Era preciosa, y movía sus curvas con sabiduría, consciente del poder que tenía sobre los hombres que la observaban desde los distintos puntos del VIP.

Ella y sus dos amigas estaban aquí en busca de diversión, y Cillian remoloneaba, considerando si acercarse o no.

Joder, no sería la primera vez que una fiesta inesperada nacía del tedio, pero esta noche... No, no estaba de humor, y decidió que no tenía interés.

Se sentía aburrido e inquieto a pesar de estar rodeado del ruido y la música, la charla insustancial y más gente de la que consideraba necesaria. Este era el lugar más selecto del club, o así lo vendían. ¿Cómo estaba tan abarrotado?

Con más de ocho mil metros cuadrados y seis pistas de baile gigantes, los mejores DJs del país pinchando música para todos los gustos, las barras atendidas con eficiencia, y varios espacios exclusivos, se podría creer que la gente se distribuiría más, y encontraría que este VIP en particular era demasiado... clásico.

Tenía la vibra de un antiguo club de caballeros. Superficies en lustrosas maderas oscuras, asientos de cuero, mesas en mármol italiano, arañas colgantes sofisticadas, meseros eficientes y ágiles, todo atraía a la élite de Boston.

Al menos a la que solía ir de clubes, y no solo a los solteros. Había muchos hombres de más de cuarenta en los alrededores que tenían esposa en casa, pero venían en busca de diversión.

Razón suficiente para que se colaran pollitas dispuestas a conseguir algún sugar daddy, o ligue temporal, suponía. *Ahí está la respuesta a tu pregunta, genio. El dinero atrae a la gente.*

—Se supone que este club es exclusivo. Este VIP debería ser un lugar de relax —gruñó Declan, siempre el cascarrabias cáustico, aunque pareció pronunciar por lo alto lo que Cillian pensaba—. Debería ser posible beber un buen brandy y escuchar música sin tener la retaguardia de una pija frotándose en tu antebrazo.

Brian resopló y Cillian lanzó una risotada. La persona más cercana estaba a un metro, difícilmente podía estar restregándose como su primo implicó. Pero el jodido gustaba de la soledad y era reacio a socializar, así que podía encontrar sentido a su lamento.

—No entiendo tu obsesión con el brandy, como un viejo noble inglés. Haz honor a tus orígenes irlandeses, cabrón. Pide un whiskey, una cerveza negra... —intervino Brian con más inquina de la necesaria.

—Vete a la mierda, Brian —gruñó Declan, y Brian no dudó en mostrarle el dedo mayor, al

mejor estilo niños de siete u ocho años, y no altos empresarios de treinta y pico.

Sí, Declan ponía de malas a su hermano, pensó Cillian, y eso a pesar de que la relación mejoraba y su primo estaba creciendo en ellos. Los sucesos recientes habían pegado duro al orgullo de Declan, que se mostraba menos hosco y autoritario, más abierto a charlar y salir con ellos.

Un avance, considerando que debían trabajar juntos; o probablemente por ello. Su primo había sido muy vapuleado por su familia directa y junto a su hermano Brady pidieron el apoyo de Cillian y los suyos.

Al final, habían salvado la vida y algunas propiedades, pero la mayoría de sus cuentas bancarias habían sido congeladas por el FBI en su investigación de las ramificaciones de la mafia irlandesa.

Así que Declan era hoy un ejecutivo con un sueldo alto, pero fijo, y eso no iba bien para alguien que había nacido en cuna de oro. Debía ser jodido el tener que ajustarse el cinturón y limitarse.

Arrancarse de las garras de la mafia irlandesa, en la que había estado metido hasta el culo, costó a Declan y Brady muchísimo. Cillian y sus hermanos lo sabían, incluso a pesar de que estaban por fuera de la misma hacía años.

Costaba, mucho, y había hilos y situaciones que los atraían cada tanto para hacerlos caer en el submundo. La lista era larga. El secuestro de la dulce Avery Turner, la esposa de su hermano Aidan.

Esos malditos italianos habían amenazado a Aidan con lo peor si no cedía, pero la ayuda de los millonarios hermanos de Avery, así como la de la Agencia de seguridad de Matt Turner había sido providencial.

Luego, su primo Deacon se había aliado a los rusos para quitar a Cillian y su familia los galpones y logística portuaria de Boston, lo poco que les quedaba, considerando la reconversión que habían realizado al área de la aeronáutica y la construcción.

Cillian temblaba cada vez que recordaba el atentado perpetrado contra él y Brian, en el que el último se llevó la peor parte. Había sido una pequeña guerra. Hubo un período de calma en el que pareció que podrían avanzar y cortar lazos definitivamente con el mundo del hampa, pero entonces vino el pedido de ayuda de Declan y Brady.

Esto puso a la familia en figurillas, y podrían haberse negado, pues sus primos no habían sido cercanos, pero no estaba en los genes de Cillian y los suyos el negar la ayuda a aquellos con los que compartían historia y sangre.

Sus empresas y sus padres se convirtieron en blancos cuando refugiaron a Declan y Brady, y fueron objeto de hackeos, atentados con francotirador y desastres varios.

Al final, la ayuda de la Agencia Turner y luego el viaje de Declan y Brady a Irlanda para

pedir ayuda a su familia materna (mafiosa también), había disuelto el peligro.

Mas Cillian estaba agotado y necesitaba un cambio, esa era la verdad.

Respirar aire distinto, viajar, follar por el mundo, y volver recuperado. Trabajaba más de doce horas al día, maniático como era, y le estaba perdiendo el gusto a lo que normalmente disfrutaba: las reuniones de negocios, la planificación de inversiones, la gestión de las empresas.

—¿Cómo estuvo la conferencia con Aidan y Liam? —preguntó a Brian, dando la espalda a las mujeres que había estado observando y concentrándose en su hermano.

Este sorbió con deleite su whiskey e hizo un chasquido de satisfacción, y luego carraspeó. Cillian se alegró de que estuviese más proclive a salir. Desde que había recibido el balazo estaba más recluido y pensativo, y a veces creía que debería haber consultado a algún terapeuta.

Brianna lo había sugerido, y esos dos compartían una conexión, como gestados en el mismo útero que eran. Brian la mandó a tomar por culo, y Cillian había estado de acuerdo en que parecía una exageración entonces.

Sin embargo, su hermano a veces le preocupaba. No esta noche, empero. Se lo veía bien, relajado.

—Tienen una propuesta muy interesante, están entusiasmados, y confieso que me pareció muy bueno. Te envié detalles a tu correo, por cierto. Estrategias, costos, ganancias factibles.

—Adelántame algo, cabrón, no me dejes en ascuas.

—Hay una oferta para fusionar intereses con un conglomerado japonés de la construcción.

—¿Japoneses invirtiendo en Los Ángeles?

Aidan controlaba la porción de los negocios O'Malley en la costa Oeste, y en varios de ellos compartían inversiones con Liam Turner y sus hermanos.

—No, la idea es que nosotros y el Grupo Turner invirtamos en Tokio.

Joder, eso era nuevo. Se adelantó, manos en sus rodillas, expectante.

—¿Eso es posible? Digo, sé que sí, porque Liam y Aidan lo evalúan, pero...

—Muy posible. El grupo Shimiso hizo llegar una propuesta concreta para la construcción de tres edificios en la capital en los próximos dos años.

Cillian silbó. Esto implicaría una ampliación de fronteras y horizontes para la familia. Tradicionalmente habían sido comerciantes de importación y exportación, pero al dejar atrás las actividades en el puerto de Boston, habían instalado una empresa aeronáutica e invertido en un buen número de empresas de rubros variados, las que los tenían ocupados.

La inversión en la corporación Turner, cuyo principal rubro era la construcción, había sido natural al estar ambas familias conectadas por el matrimonio de Avery y Aidan. Del Este del país al Oeste, y ahora parece que saltarían el Pacífico.

—¿En qué situación están las negociaciones?

—Avanzadas en lo que tiene que ver con la charla e intercambio de números. Se necesita un

acercamiento en terreno, y las reuniones para negociar y pulir detalles se harán en dos semanas, en Tokio.

—¿Quiénes...?

—Aidan tiene compromisos en Los Ángeles, y lo mismo Liam. Me pidieron que viaje...

—Joder, mira que eres afortunado —gruñó.

—... Y me negué. Hay mucho por hacer aquí. Sugerí que vayas tú.

Cillian abrió la boca en sorpresa, y luego una gran sonrisa dominó su cara.

—¿De veras?

—¿Crees que no he visto lo gruñón y aburrido que estás últimamente? Todos lo hemos notado, y ya se sabe que te pones insoportable y pierdes foco cuando eso pasa. Te hará bien viajar, y de paso trabajas.

Se echó atrás, su cabeza a mil, pero el entusiasmo ya comenzaba a invadirlo y llenarlo. Esta era una oportunidad de oro. Siempre había querido conocer Oriente, y no lo había hecho por estar metido en los estudios y luego los negocios.

Sí, conocía Europa de cabo a rabo, también Sudamérica, las playas de Centroamérica, había hecho algún que otro viaje a Sudáfrica y Egipto, pero no Asia.

—Negociar con los japoneses es un jodido incordio —gruñó Declan, y eso hizo que lo mirara de reojo.

Gilipollas. ¿Tenía que quitarle la diversión a todo?

—Tiene sus desafíos —añadió Brian—. Pero nada que no se pueda realizar con planificación y asesoramiento.

—¿De qué hablamos exactamente? —achinó sus ojos.

No es como si él fuera inexperto en el área de la negociación. Al contrario. No solo se encargaba de varias áreas del conglomerado, había asesorado a varios millonarios en distintos lugares del país, como Dakota del Norte, o mismo en Los Ángeles.

Solían decir que tenía la habilidad de cautivar a sus audiencias, muchas gracias, y no lo pensaba con vanidad. Sabía que podía encontrar formas de convencer a los demás de compartir sus puntos de vista e intereses, en general.

—Hay un protocolo riguroso que respetar al hacer negocios con ellos.

—¿Hablas de quitarse los zapatos, hacer reverencias? —indicó—. No es difícil.

—Eso, entre otras cosas. Pero tengo los nombres de algunas personas especializadas en protocolo. Contrataremos alguien para que te ayude y ...

—Ni hablar —negó—. No quiero viajar con un desconocido.

Sí, era desconfiado, y lo vivido no ayudó en nada. Cada vez que iban a contratar a alguien era un problema, porque pedía dobles y triples chequeos sobre su pasado y conexiones.

Un pelín exagerado, pero los dedos de las mafias eran largos, y no había garantías de que la

italiana, la rusa y la misma irlandesa no quisiesen cobrar revanchas por el pasado.

—No tenemos mucho tiempo, cabrón —gruñó Brian, y su respuesta se cortó porque buscó frenético su teléfono, que comenzó a sonar más alto de lo necesario.

Cillian rodó los ojos, incrédulo. Tomar la llamada en el club debía ser algo que solo Brian hacía, y mostraba su obsesión con el trabajo.

—Bri, dime.

Cillian se aproximó a Brian y gritó:

—¡Hola, Bri, cariño!

—No me grites en el oído, gilipollas —dijo Brian—. Estamos en un club, ¿qué es tan urgente que no puede esperar a mañana?

El silencio siguiente fue largo, y Brian asintió mientras escuchaba.

—Hostia, Bri, por supuesto que la recuerdo. Hizo un trabajo fenomenal.

Cillian bebió un largo sorbo y se movió para volver a mirar a la rubia curvada. Sus ojos se encontraron, y él pasó la lengua por el labio inferior, mirándola de pies a cabeza. Recibió lo mismo de vuelta, y su polla mostró interés por primera vez en la noche. Sí, la novedad lo había puesto de buenas.

—¿Es tan buena como dices? ¿Y es de confianza?

Las preguntas le llamaron la atención, y elevó su ceja en muda pregunta.

—Bien, eso resolvería la situación. Envíame su currículum y lo evaluaremos. Mañana te contesto, hermanita. Pásala bien, y envía mis saludos a los peques. Sí, pronto iré, lo prometo.

Cortó y suspiró. Cillian sonrió. Los hijos de Brianna eran encantadores, y toda la familia los echaba de menos.

—Buenas noticias —Brian se frotó ambas manos—. Brianna conoce a la persona perfecta para viajar contigo.

—¿Quién? Sabes que las amistades de Bri pueden ser complicadas.

Brian rio, y asintió. Avery era una dulzura, pero Cheryl o Timmy, por ejemplo, eran imparables y alocados.

—Es una amiga de Minerva. Traductora profesional de francés, español y japonés. Tiene una trayectoria impresionante, o eso dice Bri.

Bien, si la referencia era Minerva, Cillian confiaba. La hacker era una mujercita algo peculiar pero brillante, y estaba bien empapada en lo delicado que era el entorno O'Malley.

—Okay, esa referencia es de acero para mí, compro lo que Minerva me venda, lo sabes —indicó, y el gruñido de Declan fue de apoyo.

El cabrón había recibido ayuda excepcional de la hacker en el pasado y contaba con su agradecimiento absoluto. No que se le notara en la cara, joder. Sí que era amargo.

—Mañana tendremos más detalles. Evaluaremos sus referencias. Esperemos que esté

disponible.

—Si es posible unos días antes del viaje. Me gustaría conocer de antemano qué hacer o decir. Algunas frases ensayadas no harían mal, creo yo.

—Como pronuncies el japonés tan mal como el francés o el ruso, estamos fritos —dijo Brian, y Cillian no pudo más que asentir.

Los idiomas no eran lo suyo, era cierto. Tomó el vaso y lo empinó, su humor cambiado. Se incorporó e hizo una reverencia burlona antes de dejar a los dos detrás y acercarse a la mesa de las tres chicas.

—Buenas noches, señoritas. Me encantaría saber qué las tiene tan risueñas. La alegría les sienta —Las tres sonrieron, y la rubia no le quitó ojo de encima—. ¿Puedo invitarles un trago?

Esta noche solo podía mejorar, pensó, acariciando el brazo de la que ya se le pegaba con sentido propietario y ganaba terreno a sus amigas. *Tranquila, preciosa, no estoy en contra de que me compartan*, pensó con satisfacción.

## DOS.

*Respira, Ágata, cálmate. Este no es tu espacio, es lógico que el orden en él no te satisfaga. Esos rotuladores están bien aunque no estén alineados. Que las carpetas no estén simétricas no afecta lo que contienen, y no es tu asunto. Respira y focaliza en lo que te trajo aquí. El CEO estará aquí en cualquier momento.*

Hizo retroceder la mano que ya se levantaba para organizar los objetos que estaban sobre el gran escritorio de roble oscuro y se impelió a echar su cuerpo atrás y apoyar su espalda en la silla.

Cerró los ojos brevemente e inhaló y exhaló tres veces buscando que su ansiedad medrara y sus músculos se aflojaran. *Aceptación de lo que no puedes cambiar, Ágata, y el espacio personal de otra persona lo es. Estás aquí de paso... ¡No te atrevas a cagar esta oportunidad dorada, mente!*, suplicó más que ordenó a su cerebro.

Maldito TOC. Cuando pensaba que lo tenía dominado y sus pulsiones estaban bajo control, el ritual obsesivo de ubicar todo en forma precisa regresaba. Distracción, eso necesitaba, decidió, y se mantuvo respirando en forma pausada mientras su mirada se fijó en el paisaje que se apreciaba a través de la vidriada pared del edificio donde residían las oficinas de O'Malley&Turner Airbusiness.

Boston era una bonita ciudad, y si bien no era la primera vez que la visitaba, las anteriores habían sido muy breves, por trabajos rápidos y puntuales. Conferencias, o reuniones empresariales que ocupaban todo el tiempo y no permitían salidas de placer.

Esta vez, empero, había llegado con antelación, y eso le brindó la oportunidad de recorrer algunos sitios de interés que tenía pendientes y otros que Minerva le había dicho que valían la pena.

La ciudad era cosmopolita, un crisol de arte, historia y cultura. Los edificios destilaban un aire solemne e histórico, pero había color, vibración en ellos. Carácter.

Diferente a la ciudad contemporánea y ultramoderna de Los Ángeles. El que tuviera seis veces menos de población también era un dato interesante, en su opinión. La masividad la inhibía un pelín, a pesar de que tenía su rutina instalada en aquella ciudad.

El Instituto de Arte Contemporáneo le había fascinado. El edificio tenía la forma de un libro entreabierto, y en sí mismo constituía una obra artística, en su opinión. Luego, el puerto y la actividad comercial, los cafés.

Total, que le había encantado. Y tenía más por ver. Sonrió, satisfecha, y miró otra vez el despacho. Ahí estaba, crisis superada. Todo estaba bien.

Estaba en la oficina de Brian O'Malley, la había convocado su hermano Aidan por recomendación de Minerva, y la oferta laboral era increíble. Un viaje a Tokio que duraría una

semana y en el que asesoraría a la empresa en las reuniones que sus ejecutivos tendrían con pares japoneses.

Los detalles se ajustarían hoy y aquí, suponía, pero las grandes líneas que Aidan le explicó fueron suficiente para que contestara afirmativamente. Sería un sueño cumplido. Siempre había deseado viajar, y a Oriente en particular. Era una de las razones por las que había estudiado idiomas y traducción.

*Ponte derecha. Arregla el cuello de tu blusa. Acomoda tu falda.* Todo lo hizo automáticamente, acostumbrada a su mandón y yo interno que la impelía a la perfección.

*¿Estás segura de que tu currículum está completo? Recuerda dejar hablar al señor O'Malley y compórtate profesional. No se te ocurra tartamudear.*

¡Joder! Ahora la necesidad de comprobar la documentación que traía en la carpeta que tenía en su falda se hizo urgente. Su mano picó por abrirla y fijarse que cada folio estuviese en su lugar, pero apretó la mandíbula y resistió la pulsión.

El sonido de voces que se aproximaban interrumpió los pensamientos intrusivos, y Ágata se envaró en su asiento al escuchar que la recepcionista informaba con tono profesional que *La señorita Ágata Valentini había llegado y estaba esperándolos en el despacho.*

Dudó qué hacer, pero el incorporarse cuando los dos hombres ingresaron fue automático. Estaba en un lugar que no era el suyo y lo que correspondía era que se mostrase educada y cortés. Incluso si la garganta se le cerraba y los pensamientos inconvenientes se disparaban sin freno en su cabeza.

*Dios mío, que tíos más espectaculares. ¡No hay derecho, millonarios y mega guapos! Esos trajes caros abrazan esos pechos y bíceps como si los amaran.* Carraspeó, y sus dos manos se volvieron garfios apretando la carpeta contra su estómago. *Contrólate, no dejes traslucir lo que piensas, Ágata.*

—Señorita Valentini, bienvenida —le dijo el más alto, que se acercó a ella con una sonrisa amable y le extendió su mano, que ella apretó con suavidad—. Brian O'Malley, encantado.

Hizo un gesto de asentimiento que le pareció breve y adecuado para reconocer lo que le decía, y sonrió levemente.

—Mucho gusto, gracias por recibirme.

—A ti por aceptar este trabajo con tan poco tiempo —la tuteó sin más. Miró al otro hombre y ella siguió sus ojos—. Mi hermano Cillian.

—Un placer —saludó, y esta vez rogó que sus horas de entrenamiento frente al espejo pagaran adecuadamente, porque Cillian O'Malley era...

Estaba en otra escala totalmente, al menos para ella, que gustaba de los hombres de ojos claros y rasgos angulares, con sombra de barba de esa que te debía dejar la piel roja cuando ... ¡No, no!, urgió a su mente obsesiva a retroceder.

—Buenas tardes, Ágata —la saludó el maromo guapo y sexy con voz pausada.

La sonrisa que desplegó podía haber iluminado medio edificio si la luz se cortaba, y le cabían calificativos como arrebatadora, baja-bragas, caliente-chichis. Y se contagiaba a la mirada de un gris azulado que la recorrió toda, sin apuro ni prurito.

¡Hostia puta! Cillian O'Malley era lo que Minerva y Maude le habían dicho y más. Las fotografías que ella misma había visto en las redes sociales y revistas no le hacían justicia. Era como el Capitán América en versión más oscura.

Hacía calor aquí, notó. Contuvo el deseo de abanicarse y se llamó al orden con la autoridad de un comandante avezado en combate. No era la primera ni la segunda vez que una parte de su mente se comportaba como el enemigo, pero ella tenía años de terapia y autogestión en esto del TOC, así que inhaló y sonrió mecánicamente, y repitió el gesto con su cabeza.

—Buenas tardes.

—Ponte cómoda —le dijo Brian, que ya estaba dando la vuelta a su escritorio y se sentaba enfrente.

Ella hizo lo mismo y miró rápido a un costado para ver dónde estaba Cillian. Este se había sentado sin ceremonia en el sillón de tres cuerpos y había colocado sobre una mesa los pies enfundados en exquisitos zapatos de cuero italiano.

El gruñido de Brian la sobresaltó, y vio que este tenía el ceño fruncido y hacía señas a su hermano, que se encogió de hombros y bajó los pies. Le guiñó un ojo buscando complicidad, pero ella desvió la vista e hizo foco en Brian.

Era más seguro. No que este no fuera guapo, lejos de ello. Pero no le provocaba la atracción visceral que Cillian sí. Tendría que haber evitado preguntar a sus amigas sobre él, se dijo, mas era tarde para arrepentimientos.

Hasta hoy, no lo había conocido antes en persona, pero tenía una buena idea de su talante sociable, su charme, su habilidad para los negocios, su gusto por el peligro. Las referencias de Minerva habían enfatizado lo que Maude había contado sobre él.

Sus hermanos Aidan y Brianna habían soltado comentarios en reuniones sociales donde Ágata había sido invitada, una oportunidad que tuvo por ser amiga de Minerva.

Disfrutarlas sin hacer el ridículo con sus manías había sido un alivio, y fruto de su autocontrol y de lo relajada que era esa gente, pues si bien varios de ellos eran millonarios, no se comportaban como unos catetos pagados de sí mismo.

Brian se aclaró la garganta y extendió la mano hacia ella, que parpadeó en respuesta y se preguntó qué era lo que ... ¡Oh, por supuesto, la carpeta, qué tonta! La extendió con ambas manos y observó mientras él pasaba las hojas con rapidez, como si fuera un mero trámite, lo que la puso nerviosa.

¿Sería que se habían arrepentido y no necesitaban sus servicios? ¿Habían conseguido a

alguien más preparado, con mejores referencias? *Te dije que tenías que ir por esa especialización en japonés comercial, tonta*, se dijo.

No importaba que ya tuviese una, los negocios cambiaban, el lenguaje era algo vivo y mutaba con la cultura. ¿Había anexado la constancia de su posgrado? Estaba segura de que sí, pero tendría que haber chequeado.

La conocida falta de aire que marcaba el inicio de una ansiedad creciente la atemorizó, y colocó sus manos en la silla, apretando los bordes con fuerza para no perder contacto con la realidad. Tomó aire tan hondo como pudo sin hacer evidente su estrés.

—Bien, Ágata, gracias por venir, otra vez. La referencia de carácter que Minerva y Aidan hicieron sobre ti fue más que suficiente, el currículo es impresionante, no lo dudo, pero buscamos a alguien confiable, además de un traductor profesional.

¿Qué le decía? ¿Era un sí o un no? Joder, ¿tenía que dar tantas vueltas?

—Bien.

Carraspeó, incómoda, y su vista se fijó en el desorden que Brian acababa de hacer en su escritorio. Su ojo izquierdo pareció latir fruto del esfuerzo por controlarse. *Deja de prestar atención al escritorio, tonta. Escucha, te está hablando.*

—... supuesto que sería necesario que ambos se reúnan antes de viajar para que le aconsejes sobre etiqueta y costumbres.

Ágata asintió, aunque la palabra *ambos* la desconcertó un pelín. Resultaba lógico que quienes fueran a viajar supieran de antemano con qué se encontrarían al negociar con japoneses. Si esta era la primera ocasión, como le había indicado Aidan, habría muchos detalles para pulir.

—Mm —*Pregunta, no te quedes con dudas*—. Aidan no me dio mayores pormenores, pero ... ¿Qué tipo de negocios se discutirán? ¿Qué instancias formales e informales habrá? Imagino que tendrán una agenda estricta ya planificada.

El grado de eficiencia y precisión de los japoneses nunca dejaba de asombrarla, y le alegraba el día. Eran ordenados, altamente previsibles, confiables. Rasgos que ella admiraba y la aliviaban. Sí, sabía que generalizaba, pero el mundo del trabajo era muy reglado allá.

—Ya mismo te envió una copia de la agenda —Abrió su laptop y tecleó, y el sonido del teléfono de Ágata le hizo saber que tenía un correo electrónico nuevo—. Cillian, te lo envié también.

Ágata entrecerró levemente sus ojos al escucharlo. ¿Por qué...? ¿Es que Cillian iría también?

—Lo leeré más tarde. Estoy interesado en conocer más a fondo a la mujer que viajará conmigo.

Esa voz... Era sexy. Había un leve acento en ella, y Ágata se recordó que los O'Malley eran de origen irlandés, y aunque habían vivido la mayor parte de su vida en los Estados Unidos, viajaban seguido allá. Eso había escuchado. Pero el de Brian no era tan marcado como el de

Cillian.

—¿De cuántas personas se forma la delegación? —inquirió ella con formalidad.

Eso, sonó adecuado, y de seguro nadie notó el leve temblor que la recorrió cuando él se acercó y se colocó a centímetros al estirarse sobre el escritorio para tomar su currículum.

—Un abogado de la compañía, un ejecutivo de cuentas, Cillian y tú —dijo Brian, y ella asintió, consciente del maromo a su lado que leía y pasaba hojas.

—¿Tu familia es italiana? —le inquirió, y los ojos la quemaron.

Por un momento el brillo de sus ojos se apagó y la sonrisa desapareció, y Ágata sintió la pérdida. Boba que era.

—Mis abuelos y mi padre llegaron a Estados Unidos en la década del 70, y venían de la Toscana. Mi madre nació en el Bronx y su familia eran inmigrantes mexicanos.

Sí, el suyo era un impactante bagaje de pueblos y lenguajes mezclados, y eso la hacía sentir orgullosa. Y lo estaría más si lo que quedaba de su familia actuara con dignidad. Asunto que no venía al caso.

—Así que en tu casa se hablaba el español y el italiano, imagino.

Ella asintió. Era así. Sus abuelos y su padre no habían dejado su lengua atrás, y la usaban en la casa a diario. El español se le hizo sencillo porque sus primos y abuela materna se preocuparon de sumergirla en él.

—¿Y cómo surgió lo del japonés?

—Me encantan el animé y los videojuegos, y la cultura nipona en general. Tengo facilidad para los idiomas, así que no me resultó tan difícil.

No había sido tan sencillo, por supuesto, le costó años y mucho dinero en préstamos estudiantiles que aún se llevaban una parte de sus ingresos.

—Entiendo tu relación con Minerva —Cillian volvió a pintar la sonrisa en su rostro—. A ambas les gusta esas zarandajas de superhéroes y fantasía.

Ella interpretó el comentario, que de seguro él hizo al pasar, como un ataque personal, y si exagerar era una de las características de su personalidad, eso no lo hizo más agradable.

—Para gustos, colores —respondió, su voz seca y sin mirarlo, pero luego lo confrontó, muy seria—. Si se me permite el atrevimiento, no estoy segura de que una persona que no duda en decir lo primero que se le pasa por la cabeza sea el mejor enviado para negociar en Tokio. Es muy fácil herir sensibilidades y molestar con detalles o palabras fuera de lugar.

La risa alta y espontánea de Brian la sorprendió, y que Cillian la acompañara con una propia la desconcertó. Miró a ambos con seriedad, y se percató de que los dos la miraban divertidos, a lo que no encontró sentido. Ella acababa de expresar algo que debería ser una llamada de atención, no un chiste.

—Joder, sí que eres una tía seria —le dijo Cillian—. Escucha, puedo controlarme cuando me

lo propongo y no acostumbro a arruinar las cosas importantes.

Okay, bárbaro. Desubicarse con ella no tenía importancia, entendía. Sus dos manos barrieron su falda, quitando cualquier arruga que pudiese haber allí, y se posaron sobre sus rodillas. Movi6 el dedo pequeño de la izquierda para que estuviese simétrico con su compañero de la derecha. Eso, así estaba bien.

—Ágata, disculpa a mi hermano. Se cree gracioso. Te aseguro que es bueno en lo suyo, sin embargo, y tiene claro que debe ajustarse a las reglas de la cultura a la que va. Lleva las expectativas de los Turner y los O'Malley en sus espaldas, así que no va a defraudarnos.

Vaya, eso era refrescante y dulce. Brian había amonestado y hecho saber a Cillian que confiaba en él al mismo tiempo.

—Por supuesto que seguiré tus indicaciones a pies juntillas —indicó Cillian—. No dudo de que me encantará verte en acción, y a ti mandonearme.

Su tono y palabras se acompañaron con una sonrisa seductora, y Ágata recordó que Maude le había dicho que Cillian era como una araña envolviendo a los que lo rodeaban en su tela.

*Cretino*, había agregado Jeff, el esposo de Maude, pero eso habían sido los celos hablando. Jack también había dicho algo similar cuando Minerva contaba que Cillian era gentil y caballeroso.

Ágata no tenía intenciones de dejarse envolver en ninguna telaraña, muchas gracias. Tenía que mantener los pies en la tierra y la mente tan quieta como fuese posible.

Convertirse en la comidilla de los O'Malley no era su objetivo. Tenía facturas que pagar y su trabajo dependía de su reputación.

—¿Hay algo más que debería saber? —inquirió a Brian, ignorando la insinuación que podría o no estar en las palabras de Cillian.

No sería la primera vez que malinterpretaba mensajes. Estaba aquella vez que creyó que su compañero de clase la invitó a una cita y resultó que le estaba pidiendo ayuda para que convenciera a su amiga de salir con él. El gilipollas no había sido claro.

También hacía no muchos meses se había convencido de que Joe estaba interesado en ella, y nada que ver. Tenía la brújula rota, pero en su defensa, una parte importante de su tiempo con otros lo pasaba dentro de su cabeza, atando a los demonios que se le querían meter en la conversación y mostrar sin sombra de duda que era *rara*.

—Mi secretaria se hará cargo de los detalles de pasajes, reservas, traslados. Debes pasar por Recursos Humanos para arreglar tu situación formal.

Asintió. Normalmente se preocupaba por saber cuál sería su salario y condiciones al principio, pero en este caso, lo había hecho a un lado. La oportunidad era única, y no creía que estos millonarios pretendiesen exprimirla.

—Si te parece bien, podemos ir a almorzar hoy y hablar un poco sobre el viaje —ofreció

Cillian, más medido y aplomado.

Lo miró con seriedad, considerando qué hacer. Ella ya tenía planes y no quería renunciar a ellos. Se preguntó si el rechazo sería visto como algo negativo, pero... Se mordió los labios.

—No imaginé que mis servicios serían requeridos hoy. Tengo ...

—Oh, no hay cuidado. Si tienes algo que hacer...

Ella asintió, y Cillian la observó, como evaluándola, y ella se enderezó y cuidó que su cabeza estuviese erguida y alineada con su espalda.

—¿Cena? —le preguntó, y ella parpadeó.

No, eso no iba a poder ser, tampoco. El viaje a Salem era corto, pero ella pretendía estar allá toda la tarde, y llegaría cansada a la vuelta. Su cerebro no estaría preparado para lidiar con Cillian O'Malley.

—Me temo que no. Mañana, por otro lado...

—Mm, no, mañana no es posible-contestó él-. Pasado mañana. Paso por ti. ¿Adónde te alojas?

—Prefiero que nos encontremos en el restaurante, si no es molestia.

No tenía ganas de que el millonario viese el sitio de tres estrellas en el que estaba alojada y se llevase una impresión basada en sus elecciones económicas.

El sitio era limpio e iluminado y con lo básico para estar unos días, y no implicaba un recorte grande en su presupuesto. Había pago el boleto de avión y el hospedaje de su bolsillo y no tenía intenciones de exigir reembolso.

Sabía que muchos le dirían que correspondía, pero la cortedad la complicaba. Tenía que cuidar sus recursos considerando que debería comprar alguna ropa adecuada para el viaje. Sus trajes de chaqueta estaban bien, prolijos, pero quería dar la mejor impresión. Su imagen representaría a los O'Malley en Tokio, y así sería evaluada.

—Perfectamente —indicó Cillian, observándola de hito en hito, ¿como si viese una rareza?

*Únete al club, pijo*, pensó con irreverencia. Ágata había recibido miradas de extrañeza o evaluadoras desde siempre. Y en este caso, eso podía ser incluso favorable para su salud mental.

Seguramente el millonario ya la estaba tachando de extraña, y eso desarticularía cualquier intento de acercamiento no profesional. No tendría que lidiar con ideas que no debía, y eso daría oxígeno necesario a su cabeza.

Se obsesionaría con traducir todo a la perfección y revisar cada paso de la etiqueta a cumplir, como debía ser, y no en el guapo jefe que viajaría con ella.

## TRES.

Cillian siguió con la mirada el paso firme y rápido con el que la mujercita desapareció por la puerta, y miró a Brian, el ceño fruncido y la sensación de que había algo... diferente con la traductora.

—¿Qué cojones? —dijo—. ¿Soy yo o Ágata Valentini es un poco particular?

Brian se encogió de hombros, y se reclinó en su asiento.

—Un pelín tiesa. Espero que sea más veloz para traducir de lo que demostró hoy hablando nuestro idioma. Supongo que los nervios le jugaron una mala pasada.

—¡Si ya tenía el empleo en el bolso, joder! No sé —meneó la cabeza—. Tiene una vibra rara.

—¿Vibra? —Brian lanzó una carcajada espontánea que lo molestó—. ¿Desde cuándo tú crees en esas cosas, gilipollas?

Chasqueó la lengua y se dejó caer en el sillón. Estaba confundido, y un poco mosqueado, por qué no decirlo. Ella no había mostrado ni un ápice de agrado para con él.

No obstante, eso lo acicateaba más que detenía. La mujercita era guapa, en un sentido nerd, digamos, pero a él lo ponía mucho eso. Jodido que era. No, no iba a actuar sobre eso por esta vez, nada más lo pensaba.

—Sabes lo que quiero decir. ¿Viste cómo se tomaba de la silla? Y las respuestas... Robóticas. Evitando el contacto visual. No me inspira confianza. Además, es italiana.

Brian resopló.

—No seas cateto, por favor. Tú estarías hecho un manojo de nervios si tuvieses una entrevista con los principales ejecutivos de un holding como el nuestro. Aidan nos advirtió que era de perfil bajo. Y no es italiana, su familia...

—Sí, sí, escuché —farfulló—. Pero nosotros nacimos aquí y tenemos lazos muy fuertes con Irlanda, Brian. ¿Quién nos asegura que los suyos no mantienen vínculos con la mafia?

—¿Te dio esa impresión, Cillian? —respondió, y lo miró como si creyese que era un niño al que había que hacer entrar en razones.

Detestaba esa mirada, una que no recibía a menudo. De habitual era él, Cillian, el más razonable y el que tendía a contemporizar entre sus hermanos.

—No, pero las apariencias engañan. Tal vez la juega de mosquita muerta para entrar en nuestro círculo y zás, meternos en nuevos desastres.

—No jodas, Cillian. Estoy hasta el culo de trabajo y reuniones, no tengo deseos de alentar tus tesis conspiratorias. Necesitas ese viaje a Japón como respirar. Y ella hará posible que entiendas lo que se espera de ti. Punto.

—¿Viste lo reluciente que se mostró a reunirse? ¿Quién hace eso? —argumentó, incorporándose y caminando hasta el ventanal. Adoraba Boston, no se cansaba de la vista. Se dio

la vuelta para continuar su diatriba—. Es importante que me dé directivas de qué hacer, qué evitar y cómo comportarme para no cagarla, y la señorita tiene una agenda que prima sobre su recién logrado empleo. ¿Hola? ¿No te parece raro?

Se había ofendido, para ser sincero. Nadie le había rechazado una invitación antes. No es que fuese una cita, obvio, pero... Se sintió como si ella evaluase que lo último en sus prioridades era reunirse con él. Su futuro... Actual jefe. Resopló, frustrado.

—Apenas llegó. El viaje no está pautado en estos días, ella lo sabía. Por lo que entendí no tenía claro que debiera reunirse contigo. Ni siquiera sabía con quién viajaba, Cillian. Dale tiempo, cabrón. ¡Qué nivel de intensidad manejas! Además, ¿no crees que ese comentario tuyo sobre sus gustos y los de Minerva le cayó muy mal? Flipé cuando te escuché.

—¿Qué es lo raro? Sabes que la fantasía y lo paranormal no me va.

Lo miró con el ceño fruncido. ¡Si a él le pasaba lo mismo! Habían comentado lo extraño que era que Minerva, una superdotada en computadoras y matemáticas, fuese de las que les gustaba el Universo Marvel y todas esas paparruchas de Thor, Hulk, y viajes intergalácticos.

—No se trata de eso, gilipollas —Brian suspiró—. Una cosa es que me lo comentes a mí, otra que se lo enrostrés a una mujer como si fuese una debilidad de carácter, casi en tono de mofa.

—¡No hice eso! —se indignó. ¡Claro que no lo había hecho! No estaba en él herir a la gente, y Brian lo sabía. Que lo insinuase lo molestaba—. No pretendí...

—Lo sé, lo sé, pero a ella la molestó, fue obvio, aunque trató de no demostrarlo. Creo que su respuesta fue lo más cercano a su personalidad que vimos hoy.

Sí, tenía razón. *Para gustos, colores*, le dijo. Y el rechazo a reunirse y el evitar contacto visual se incrementaron luego de su exabrupto. Suspiró y se mesó el cabello.

Estaba más cansado de lo que pensaba, probablemente. No era de los que iban por ahí buscando molestar a otros, y menos a una mujer. Le gustaba pensar que era un caballero. Tal y como su padre.

—Eso ya pasó. La próxima vez que se encuentren, por favor, trata de ser más comprensivo. La necesitas, Cillian. Y su currículum es impecable. Ha trabajado con muchas empresas de la costa Oeste, varias de las grandes, y las referencias son buenas.

Sí, eso era indiscutible. No sabía por qué le molestaba su comportamiento. De habitual le daba igual en la medida en que las personas cumplieren con su trabajo.

No había algo tan destacable en ella como para justificar esta molestia suya. Figura pasable, aunque su vestimenta no era ceñida y probablemente estaba diseñada para esconderse más que para sobresalir. Adecuada para la tarea, eso era innegable.

Zapatos estilo Mary Jane, cómodos y útiles, aunque nada sexy. Lentes enormes tras lo cual relucían dos ojazos celestes que eran el rasgo más destacable en un rostro... La nariz era pequeña en contraste con la boca llena, en la que el labio superior se pronunciaba levemente.

Sí, no había algo llamativo en ella, y no es que hubiese de verdad mirado con atención o interés, no. Para nada. Es que había algo... particular en ella, se repitió.

—¿Cuáles son las condiciones en las que la contratamos? ¿Es a tiempo completo? Porque de ser así, debería haberse mostrado más proclive a...

Brian suspiró con dramatismo, y quitó la vista de los documentos en los que se había inmerso, para observarlo con sufrimiento.

—La envié a Recursos Humanos, ¿lo olvidaste? No sé qué habló Aidan con ella, pero ...

—Si pagamos su vuelo y el hospedaje desde el día uno, debería estar a la orden. No podemos permitir que nos vean la cara —indicó.

Eso, sonaba lógico. Ágata Valentini no debería haberlo rechazado con tanta propiedad. No lo pensaba por intenso, como insinuaba Brian, sino porque los tiempos corrían, y él debería enfrentar ejecutivos de primera línea en días.

No podía correr el riesgo de hacer un desastre y arruinar las chances de expansión. Liam Turner y Aidan confiaban en él. Ágata tendría que colaborar ciento por ciento.

Brian rodó los ojos, pero apretó el botón del intercomunicador para llamar a Gertie, su secretaria, que estuvo en la oficina al instante.

—Gertie, no tenemos claro si la señorita que estuvo recién, Ágata...

—Valentini, sí, la traductora que el señor Aidan envió —completó la eficiente mujer.

—Eso queremos saber, ¿Aidan estableció un contrato temporal que Recursos Humanos va a avalar?

—Mm, no, no en realidad. Es un poco irregular... —Gertie frunció el ceño—. Simplemente nos comunicó que vendría hoy. De hecho, Recursos Humanos me acaba de escribir. No tienen idea de las condiciones en las que trabajará, régimen horario, salario...

—¿Cómo así? ¿Qué hay del traslado desde Los Ángeles, la estadía...?

La secretaria se encogió de hombros.

—No tengo idea, señor. Tal vez el señor Aidan se encargó en forma personal.

No, eso no era factible, pensó Cillian. Su hermano mayor no se encargaba de minucias como esa. De hecho, tampoco lo hacían ellos, y por eso daban este tipo de asuntos por supuesto.

Le vino a la memoria la forma firme en la que Minerva les había hecho ver que Louie, el encargado del área de sistemas informáticos, estaba trabajando por un magro salario y así lo había hecho por meses.

Sí, era vergonzoso, pero no fomentado o hecho con intencionalidad de dañar. Y parecía que podría estar pasando con Ágata hoy. Eso le intrigó.

¿Por qué la mujercita viajaría a Boston sin establecer condiciones claras o arreglar un salario, o viáticos? ¿Quién hacía eso, joder? La exasperación lo llenó, y se notó en su cara. Esto se desmadraba, en su opinión, y no estaba con ánimos de solucionar entuertos administrativos.

*Pero no es justo que ella pague un pasaje de avión y una estadía en un hotel de su bolsillo. Vino porque la convocamos, y la necesitamos.*

—¿Aidan? —Brian había llamado a su hermano mientras él se enredaba mentalmente. Se acomodó para escuchar con atención—. Escucha, acabamos de estar con Ágata. Nos pareció un pelín... tiesa, seria, pero lo atribuimos a los nervios. No habrá inconvenientes, no, no te inquietes. Cillian va a lidiar con ella. Está encantado, sí.

Le hizo un gesto con el dedo del medio, pero no dejó de escuchar. Brian asentía y colaba algún monosílabo.

—Sí, llamaremos a Minerva, descuida. Escucha, ¿tú le diste algún adelanto de dinero, le hiciste firmar algo? Nos preguntamos si la empresa pagó su pasaje y su hotel —Escuchó unos segundos—. Ahá. Consideraste que lo haríamos aquí. Pero entonces, ¿ella ha pago todo de su bolsillo?

Bloqueó la conversación y tomó su teléfono de inmediato. No era aceptable que esto no se arreglara ya mismo. En cuestión de segundos tuvo al encargado de Recursos Humanos al habla y le interrogó sobre Ágata.

Este le contestó que estaba siendo atendida y estaban dando forma al contrato, aunque tenían dudas. Los contratos temporales no eran usuales.

—Su contratación debe incluir la devolución del dinero que ella gastó para venir a Boston, así como la estadía en el hotel. Esto es aplicable de inmediato. Con respecto al salario, el equivalente a un ejecutivo intermedio.

—Señor... Eso es mucho dinero, no sé si...

—¿No tengo autorización para habilitar esto, contador? —indicó con frialdad, molesto por la interferencia.

—Por supuesto que sí, señor, no es eso. Es que ella no presentó documentación de gastos, y ...

—¿Usted se los pidió?

—No, no.

—Bueno, por lo general se empieza por eso, creo yo. Ella debe tener lo necesario para documentar esos gastos. Averigüe en qué hotel se aloja y hágame saber. Incluya también viáticos por alimentación y traslados desde hoy hasta que el contrato con la empresa finalice.

—Sí, señor.

Cuando colgó, encontró la mirada divertida de Brian sobre sí.

—¿Qué?

—Sí que te impresionó esa mujercita, ¿eh? Hacía mucho que no te veía tan preocupado.

—No seas gilipollas. Me resultó extraña, y no veo justo que gaste su dinero cuando nosotros la convocamos y estamos urgidos por su trabajo.

—Lo tengo claro. Pero eso podrías haberlo delegado. A Gertie. De hecho, se lo iba a pedir.

—Ya está. Solucionado —cortó—. Ahora, lo último.

Buscó en la agenda de su teléfono y ubicó el nombre de Minerva, a la que llamó de inmediato. Tenía otros asuntos en la tarde y quería dejar atrás esta situación con el convencimiento de que la mujer valía su tiempo y sería un puntal en su viaje.

—¿Hola?

—Minerva, ¿cómo estás? Cillian al habla. Encantado de escuchar tu voz, querida. ¿Cómo va todo por Los Ángeles y en la agencia? Espero que no te estén haciendo trabajar demasiado.

—Para nada, señor Cillian, yo...

—Solo Cillian —sonrió y dejó que el tono habitual con el que socializaba impregnara su voz.

Le habían dicho que era ostensiblemente seductor, en el sentido amplio del término, y por cierto que funcionaba. La mayoría de las veces. No esta mañana y con la señorita Valentini, empero.

—Muy bien, Cillian. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se escuchó una voz grave detrás de la femenina, y Cillian sonrió al percibir que era Jack, el esposo de Minerva, y no parecía contento con el llamado. El cabrón era celoso.

—Envía mis saludos a Jack, por cierto.

—Okay, sí.

—Escucha, en relación con Ágata, me dijeron que es tu amiga y tú la recomendaste para trabajar con mi empresa...

—Mm, algo así. Brianna me comentó que estaban buscando traductores de confianza y con experiencia para viajar a Japón. Ágata es excelente —carraspeó—. ¿Hay algún inconveniente?

—No, nada de eso. Es que la entrevista fue un poco... Forzada, te diría. Ella apareció tiesa, y...

—Oh, es que Ágata se nubla un poco cuando está en una situación de alto estrés.

—Eso no es precisamente bueno. Estaremos negociando con peces muy gordos, y ...

—No, no, eso no será problema —aseguró Minerva con vehemencia—. A Ágata la abruman las situaciones que la involucran en lo personal. Su TOC aflora un pelín, a pesar de que lo domina muy bien.

—¿TOC? —arrugó el entrecejo y miró a Brian, que se adelantó en el escritorio—. Eso... No teníamos idea de su condición —¿Qué era cuál?, pensó. No tenía mucha idea de que era eso, el toc, pero no sonaba promisorio—. ¿Brianna y Aidan lo saben?

—Sí, pero no te alarmes, no es nada grave. Es simple, al menos para el que lo ve de afuera. Ella tiene una compulsión por el orden, la organización, la simetría, la verificación. Pero no incide en su trabajo, te lo aseguro con total convicción.

—Eso explica un poco la tensión, probablemente —dijo.

—Conozco a Ágata desde que éramos niñas. Es brillante, y maneja con fluidez varios idiomas, aunque trabaja con la traducción del francés, japonés y español. Se ha especializado en distintas áreas, y sus referencias son impecables.

—Sí, eso vimos. Me preocupó un tanto sus reacciones un poco robóticas, y su falta de entusiasmo. Además de que hay asuntos financieros que no acordamos y ella no se aseguró de clarificar. No queremos que nos acusen de explotación, o...

—Ágata parece lejana y prescindente cuando está tratando de ajustarse a nuevas situaciones. Contener sus pulsiones por ordenar el espacio de los demás a su gusto es especialmente difícil. Y con relación al dinero... —Minerva suspiró—. Ella está fascinada con la oportunidad, se los puedo asegurar. Lo hablamos. Es el sueño de su vida. No es buena haciendo valer sus derechos o estableciendo condiciones de trabajo. No va a confrontar y exigir un salario hasta que esté a punto de mendigar —rio brevemente—. Pero esa es su obligación, Cillian. Recuerden que el hecho de que ustedes sean millonarios y no tengan que consultar su cuenta corriente cada día no los exonera de pensar en los que dependemos de un salario.

—Lo sé, lo sé, y por eso estamos llamándote, así como ya lo hablé con Recursos Humanos. Está solucionado, descuida.

No necesitaba que la hacker se enojara con él y se hiciera una fiesta con sus redes y sus cuentas. Dios sabe que podía hacer más desastres que una explosión.

—Ágata es dulce y sensible, reservada, y la eficiencia en persona. No podría pensar en alguien más adecuado para viajar contigo y hacer tus reuniones más sencillas.

—Confío en tu palabra, Minerva. Gracias. Que tengas un buen día. Dile a tu hombre que deje de gruñir y de marcar territorio alrededor tuyo.

—Eres un tonto, Cillian. Buen viaje. Trata bien a mi amiga, o te arrepentirás.

—No tendrás queja mía —indicó, y cortó la comunicación.

Brian lo miraba con atención, y le hizo un gesto de que esperaba que le contara.

—¿Tú sabes lo que es el TOC?

—No mucho. ¿No era eso lo que tenía aquel detective que mamá miraba...? La serie policial... —Brian achinó los ojos, pensando—. ¡Monk!

Lo recordaba. Pero no, Ágata no había parecido ni la décima parte tan raro. Y Minerva le dijo que era cuando lidiaba con situaciones nuevas, o estresantes.

—Minerva dice que Ágata tiene eso, que le gusta el orden, lo simétrico, verificar cosas... —se encogió de hombros, desconcertado, pero pensando que cada vez se le hacía más urgente hablar con ella a solas antes de viajar.

Brian lució una sonrisa de oreja a oreja y que esta estuviese llena de implicancias lo enervó.

—¿De qué te ríes, cabrón?

—Es que a ella le gusta todo lo que no eres. No conozco a nadie tan desorganizado como tú, o

con tendencia al caos en tu vida diaria. Te haces líos con los horarios, pierdes todo...

—No soy estructurado, me gusta lo flexible, el cambio —argumentó.

—Exacto. Lo que parece que a ella no.

Resopló. Eso parecía. Pero a ver, ¿qué importaba eso en la medida en que ella cumpliera su trabajo? ¿Por qué cojones estaba tan empeinado en saber más de ella y solucionar detalles?

*Porque necesitas un viaje tranquilo, sin sobresaltos, donde disfrutes y trabajes a la vez, sin complicaciones. Solucionar lo que no te convence o puede ser un emergente complicado de antemano es lo que hace un profesional eficiente, y tú lo eres, Cillian.*

Dejaría que Recursos Humanos manejara la situación contractual, le permitiría que disfrutara de su día libre y luego la llamaría para coordinar una reunión de trabajo. Primero a solas, para ver de primera mano cómo se desempeñaba en la cotidianeidad, en un ambiente más relajado que una primera cita de trabajo.

Tenía sus propios asuntos que atender. Leer la documentación de la fusión que le habían enviado, imbuirse de los detalles y aspectos cruciales y nimios de la negociación que emprenderían. Seguramente le surgirían dudas jurídicas y económicas que debería consultar.

Alguna de las noches siguientes debería estar dedicada a la liberación de impulsos, decidió. Su viaje a Japón seguramente no incluiría nada sexual, considerando que iba con esta mujercita, y debería atenderla y ...

*Ella es tu empleada, una asistente. No necesita que la protejas ni te ocupes de ella, tonto, se indicó. No sabía por qué le despertaba ese instinto de cuidarla.*

Le pasaba con los cachorritos abandonados, con los ancianos que mostraban alguna dificultad, con los que mostraban debilidad.

*Razona, gilipollas. Si Minerva se entera de que piensas en Ágata Valentini en esos términos, te va a complicar la vida.* La idea de que ella pudiese joder con su cuenta de Tinder, su membresía al club de caballeros o sus contactos telefónicos era aterradora.

Por otro lado, la misma Ágata se había mostrado a la defensiva cuando él le dijo algo que no le gustó. Ahí estaba, tenía garras. Bah. Estaba perdiendo tiempo y energía pensando tonteras.

Tenía una reunión en una hora, y asuntos que cerrar en la tarde. Se incorporó y se encaminó a la salida, sin que Brian le mirara, metido de cabeza en sus papeles.

La curiosidad lo llevó al tercer piso, empero, y se asomó en la sala de espera de la sección de Recursos Humanos. Allí estaba ella, sentada en el borde de la silla, inclinada sobre la mesa de vidrio, ordenando revistas y folletos.

Perfectas pilas organizadas por tamaño y color, apreció. Sonrió al apreciar la cara de concentración y satisfacción final que dibujó una sonrisa cuando terminó, irguiéndose y poniéndose muy derecha, mientras observaba alrededor, chequeando que no la estuviesen mirando. Él se hizo atrás con velocidad para evitar ser visto. No tenía corazón para provocarle un

bochorno innecesario.

## CUATRO.

*No, no, no, y este tampoco.* Eran muy hermosos, pero no lo que estaba buscando. Ágata se movió con lentitud evaluando cada prenda que pendía de las perchas en la sección vintage del local de ropa de segunda mano.

Estaba en busca de indumentaria que fuese adecuada para el viaje pero que a su vez pudiese utilizar en otras ocasiones, y había encontrado buenas referencias de esta boutique.

Tenía claro lo que quería y necesitaba: un vestido negro sencillo, alguna chaqueta a juego, blusas y pantalones. Su paleta de colores no era variada, y se inclinaba por el blanco, negro y los pasteles. Era lo que le permitiría armar múltiples combinaciones y patrones, y en eso era muy buena.

Tenía que reconocer que este sitio era genial. Limpio, luminoso, y la manera en que las prendas estaban exhibidas y expuestas era un alivio fenomenal. Había una estructura, una organización inteligente que llamaba a la vista y relajaba, y en su mente esto era el sumun del profesionalismo.

—Buenos días, señorita. Mi nombre es Peggy. ¿Puedo ayudarla? —le inquirió con suavidad una de las vendedoras, con una sonrisa calma y manteniendo la distancia.

Una oferta amable y no de esas insistentes que la ponían de malas. La actitud era perfecta. Decidió que aceptar era lo mejor, considerando que el tiempo corría en su contra. Cillian O'Malley la había citado para una reunión informal mientras almorzaban.

—Sí, me vendría bien tu ayuda. Viajo a Tokio en unos días, y estaré asistiendo a reuniones de negocios. Necesito algunas prendas que sean clásicas, elegantes, intercambiables, en la paleta de lo discreto.

La muchacha asintió y su sonrisa se hizo más amplia, como si le encantase la tarea, y eso terminó de convencer a Ágata de que estaría bien en sus manos.

—Creo que tengo lo que necesita. Por aquí, por favor.

Caminó con presteza, moviéndose con asombrosa gracia sobre tacones de vértigo, sin que la apretada falda constriñera sus piernas ni un pelín, o eso pareció.

¡Cómo le hubiese gustado tener esa seguridad, ese equilibrio y elegancia! Pero lo suyo eran los tacones de media altura, y no finos, así como la ropa algo suelta y práctica.

Su madre siempre lo decía. *Ágata, no tienes cintura ni pechos, querida. Y tu trasero es un problema.* El suspiro decepcionado y el meneo de cabeza nunca faltaba asociado a esas palabras. *Ropa que no te ciña, nada colorido. No va con tu piel.*

No importaba que ella supiese que su madre era una abusiva verbal, y que se había hecho una fiesta con su cabeza, había cosas que no podía eliminar, como esos comentarios, y regían aspectos como su guardarropa y lo que comía.

—¿En qué prendas estaba pensando? Me imagino que algún vestido, faldas, blusas...

—Sí. Dos pantalones, alguna falda, un vestido negro de líneas clásicas, y dos blusas.

Peggy asentía mientras escuchaba y se puso en actividad de inmediato, seleccionando perchas a la velocidad de la luz. En cuestión de minutos tenía en sus brazos una infinidad de prendas, y la llevó a un probador que era grande y con espacio para maniobrar, y había dos espejos.

—Aquí hay tres opciones de vestidos —Los colgó en uno de los percheros—. Estas blusas tienen distintos cortes, y elegí pantalones con buena caída, pero tienen diferencias. Estaré afuera. Pruébese con tranquilidad, y si necesita otro talle o color, me hace saber. Tenemos opciones en depósito.

—Perfecto, gracias —indicó, e ingresó al probador, corriendo la cortina.

Una vez adentro, se posicionó de manera que los espejos quedasen detrás y al costado mientras se desvestía. No tenía ni una gana de que le mostraran sus imperfecciones magnificadas.

Lo primero que vistió fue uno de los pantalones, y la tela se sintió divina. En un azul marino muy bonito, sentaba muy bien y se apretaba levemente en sus tobillos sin ceñir. Miró al espejo detrás y le gustó lo que veía.

Dio la vuelta y se quitó su chaqueta y camisa y tomó la blusa en blanco con rayas verticales azules. Iba perfecto con el pantalón. Había una chaqueta azul con rayas blancas casi imperceptibles, que probó también. Era muy sentadora.

La blusa en color crema tenía un detalle de frunce amplio en el cuello del cual pendía un moño, y era sin mangas. No le gustó especialmente, pero cuando se la probó y miró su reflejo se sorprendió. No le quedaba mal. Sus hombros aparecían bien formados y la prenda era elegante.

Wow. El vestido negro era hermoso. Lo miró con una sonrisa, aunque dudó que el cinturón ancho en color marrón le sentase. Se desvistió con cuidado y procedió a probarlo. Iba a la rodilla y tenía mangas a los codos.

Ajustado sin ser barato. Con asombro comprobó que el cinturón elevaba el outfit y le armaba cintura. Caray, Peggy era buena, de verdad.

Había dos faldas iguales en negro y en blanco, y probó la primera. La forma tubo no fallaba, no importaba lo ancho de las caderas o lo voluminoso del trasero. Esta falda iría bien con la blusa crema y con la gris perla que había traído, decidió.

Desechó un pantalón blanco y la falda de flores, y su mirada se concentró en la blusa en color rojo sangre. Era super bonita, con un escote prudente, vaporosa, con un volado discreto en la costura central. No era lo que elegiría de habitual, pero parecía llamarla.

Se la probó, arrobada, y giró para mirarse. Su piel blanca destacaba, pero no le pareció un dato en contra. La manga era larga y terminaba con un frunce delicado. Con un pantalón negro y una chaqueta igual... O con la pollera...

Trajo la percha contra su cuerpo y se observó. Era un conjunto sentador. Incluso con algún jean claro. Cerró los ojos, pensando, calibrando opciones. Tenía lo que quería. Esta blusa no era necesaria. Suspiró y la dejó con el lote a desechar, y se vistió con rapidez.

Acomodó las dos pilas con cuidado y abrió la cortina. Peggy estaba a unos metros. No la había molestado ni una vez, dejándola ser, y por eso y la selección de primera que le hizo, Ágata decidió que la mujer era única.

—¿Cómo anduvo todo?

—Excelente. Yo no habría elegido tan bien. Talles y prendas, cortes...

—Oh, me encanta, se lo aseguro. Soy una observadora de mis clientas y me gusta armar conjuntos que creo son especiales y adecuados. ¿Qué se va hoy y qué se queda? —inquirió.

—Bien, aquí los ganadores —dijo con una sonrisa, ofreciendo las perchas, que Peggy tomó y llevó al mostrador a un costado, donde comenzó a acomodarlas con eficiencia, sin perder la sonrisa.

—Pensé que estas te quedarían muy bien.

No era habitual que se sintiera tan a gusto al ir de tiendas. De habitual era una experiencia... no placentera. Dependientes impacientes y agobiados, o de plano despectivos.

Ropa sin personalidad, o con mucha de esta y que excedía lo que Ágata consideraba adecuado para ella. Lugares repletos de clientes y poco espacio para deambular y probarse.

Nada de eso había pasado aquí hoy, y Ágata pensó que eso era una señal. Sumado al hecho de que todo había ido bien esos dos días en que llegó a Boston y luego de la reunión con los O'Malley, bueno... Estaba contenta.

Recursos Humanos le había pago lo que gastó en traslados y el hotel sin que ella tuviese que pedirlo, gracias por las pequeñas misericordias. Ella había considerado ese dinero perdido, como una inversión. Y el salario... Joder, eso había sido una sorpresa, y un alivio.

No debería tener que vivir tan ajustada, y estar pendiente siempre de sus finanzas, pero mantener dos casas no era sencillo. Si le sumaba el pago de sus préstamos estudiantiles, le quedaba un margen adecuado para vivir bien, pero ahorros escasos.

*Si tuvieses la presencia como para decirle a tu madre y hermano que trabajen para pagar el alquiler y sus expensas no estarías en esta situación.* Desechó la idea, como cada vez que aparecía. No lo haría, les debía mucho, y no era de buena persona considerarlo.

—¿No hay alguna otra prenda que quieras llevar? Tenemos una promoción por cantidad. Tienes siete aquí, y una más entraría con un cincuenta por ciento de descuento.

Su mirada se fue hasta el probador, donde la blusa roja la llamaba como un cartel de neón. En contra de su habitual comportamiento, previsible y racional, caminó hasta ella y la trajo. Antes de arrepentirse la entregó, y Peggy aplaudió como una niña contenta.

—¡Perfecto! Esto eleva cualquier conjunto, y también el espíritu, te lo aseguro.

En cuestión de minutos tuvo las bolsas en su mano y el pago se efectuó sin inconvenientes, y Peggy la acompañó a la puerta. Al salir, respiró hondo y miró al cielo, el ánimo bien arriba.

Se aseguró de llevar dos bolsas en cada mano y caminó sin prisa. El hotel estaba cerca, exactamente cuatrocientos dos metros, lo había chequeado, y tenía cuarenta y siete minutos para refrescar su atuendo y estar en el restaurante que estaba doscientos metros.

Le alegró haber seleccionado una opción de hospedaje intermedia, accesible, pero cerca de todo. Esto facilitaba las cosas, por cierto.

Ingresó al restaurante con puntualidad. Había estado ajustada con el tiempo, pero lo logró. Tuvo que rechazar una llamada de Minerva en el proceso, mas le envió mensaje para decirle que hablaban en la tarde.

Tenía ganas de charlar con su amiga y contarle sus impresiones, y esta comida-reunión seguramente le daría insumos.

Que Cillian hubiese elegido un restaurante que se especializaba en comida italiana era un dato... interesante. ¿Sería que había prestado atención a su origen y lo creyó adecuado?

Le había preguntado en la oficina, aunque en verdad había sonado como si no fuese algo que le gustase especialmente.

*Ay, por favor, Ágata, baja de la nube en que estás. Es probable que le guste la cocina mediterránea. Este restaurante es caro, aparece altamente recomendado. De seguro él es un habitué.* No era un sitio que ella se pudiese permitir.

Miró alrededor, y por inercia contó las mesas. Suspiró. Veintiuna. Impar. Su cerebro encontró de inmediato lugar para la que completaría el ambiente de manera eficiente, aunque supuso que era lógico que al personal no le resultase práctico. Quedaba en el paso a la cocina.

Mantelería a cuadros, paredes abarrotadas de paisajes italianos, uniformes coloridos en los que predominaban el rojo, verde y blanco. Olores e imágenes que la empujaron al pasado con la fuerza que solo la memoria emotiva podía lograr.

A mañanas alegres en casa de sus abuelos. A la comunión con su abuela mientras cocinaban salsas y amasaban y cortaban pasta. A días felices.

—Bon giorno, signorina —la saludó un hombre de mediana edad, con el correspondiente bigote que uno asociaba a los italianos como un cliché—. Bienvenida a Mario's. ¿Tiene usted reservación? Me temo que estamos repletos, pero si puede esperar unos minutos...

—Mm, bon giorno —respondió, evitando mirar el botón desprendido en el bolsillo de la camisa a cuadros del hombre. Su homónimo del otro lado lo estaba, y eso hacía que la simetría... Carraspeó—. Imagino que el señor Cillian O'Malley habrá hecho una.

El hombre asintió con vehemencia y amplió su sonrisa, pero ella fue consciente de la rápida mirada que él hacía sobre ella, y llevó su bolsa a su vientre, tomándola con ambas manos.

No debería haber vestido algo tan simple como un pantalón de mezclilla, aunque fuese de diseñador. Y la blusa era Dior. De segunda mano, pero impecable.

*No te dejes impresionar, este hombre no tiene ni puta idea de moda, y tú estás perfecta para un almuerzo informal.*

—Por supuesto, por supuesto. Él no ha llegado, si le parece lo puede esperar por aquí.

Le señaló un costado del local donde no había ni una silla ni un taburete, pero no estaría en el paso de los camareros. Apretó los labios, molesta, indecisa, pero asintió y se movió para quedar como un poste, de inmediato olvidada por el que la atendió.

El jodido no había tenido la deferencia de llevarla a la mesa porque por supuesto que ella no debía parecerse en nada al tipo de mujer que Cillian traería aquí. El nivel de rudeza, por otro lado, era demasiado.

Sí, sabía que muchos creían que los italianos eran malhumorados y bruscos, pero esos eran estereotipos, y ella lo sabía bien. Aunque no en este caso, decidió.

Su ansiedad comenzó a escalar con las miradas curiosas del personal que pasaba a su lado en busca de mantelería y vajilla, que por supuesto estaba cerca de dónde la habían ubicado como a un potus.

Consultó su teléfono a ver si tenía algún mensaje o llamada perdida que le informara sobre un cambio de planes o retraso inesperado de Cillian, pero nada.

Cuando pasaban los diez minutos de la hora pactada y ella se sentía el foco de conversaciones y miradas de conmiseración, Ágata comenzó a experimentar el comienzo de un ataque de pánico y decidió que era suficiente.

Cillian O'Malley podía irse a tomar por culo. Sin mediar palabra y con tanta dignidad como pudo ostentar salió del local, y caminó con velocidad hasta el hermoso parque distante unos cientos de metros, donde se sentó.

El aire fresco y la serenidad del verde y los colores de flores y el cielo la ayudaron a encontrar la calma perdida. Qué chasco, joder. Segunda instancia en la que Cillian O'Malley la decepcionaba.

Esto no pintaba nada bien. La noción de que tal vez había gastado un dineral en un guardarropas que no usaría la hizo fruncir el ceño, y suspiró.

El sonido de una llamada permeó el aire, pero lo ignoró. Se concentró en mirar el lago, en escuchar el piar de los pájaros y en observar a la gente hacer deportes o pasear.

Cuando las llamadas se volvieron un martilleo constante, suspiró y sacó el móvil de su bolso y contestó.

—¿Hola?

—¿Dónde cojones estás?

La voz grave y con una tensión reconocible era inconfundible.

—No es algo que le interese, señor O'Malley. ¿Qué puedo hacer por usted?

Ahí estaba, tranquila y segura. Ese hombre no tenía derecho a disponer de su tiempo y exigir explicaciones.

—Teníamos una cita. ¿A qué juega, señorita Valentini?

Parpadeó, incrédula. ¿Qué se creía este pijo? ¿Qué porque ella había firmado un contrato estaba a su disposición? ¿Qué podía jugar con su tiempo? *Cálmate, no te excites ni respondas con violencia.*

—Yo fui al lugar y lo esperé un rato. Usted fue el que no se presentó. ¿Cuánto se suponía que debía estar esperando por usted?

Carajo, eso último no debió escapar de su boca. Sonó aniñado y de poco mundo.

—Tuve un retraso inesperado —Él bajó el tono—. Pero no me parece que este sea un sitio tan malo como para esperar unos minutos. El ambiente es bueno y sirven unas entradas espectaculares.

—Supongo que eso es así cuando uno es un millonario. A los menos favorecidos nos paran en un costado y al cabo de diez minutos se vuelve incómodo.

Hubo un silencio ostensible, y ella escuchó murmullos, entre los que destacó un afligido *lo lamento, señor O'Malley, no pensé que ella de verdad viniese con usted, y ...*

Su primer reacción fue alegrarse, porque el hombre se había comportado grosero, pero su costado empático triunfó y suspiró, lamentando haberlo expuesto.

—Ágata, ¿te parece si comenzamos otra vez? Envío un coche por ti y ...

—No pienso volver ahí, señor O'Malley, lo lamento. No me sentiría cómoda.

—Elige el lugar, entonces. Necesitamos reunirnos, Ágata.

Él sonó más cansado que autoritario, y ella suspiró.

—Estoy en el parque a unas cuadras del restaurante.

—Paso por ti. Sé el lugar perfecto para ir.

—Okay.

Se incorporó y caminó a la esquina. En cuestión de minutos un lujoso auto deportivo en un azul eléctrico estuvo a su lado, y ella se acercó para abrir la portezuela, pero la voz seca de Cillian, que bajó con presteza, la detuvo.

—¡Espera!

Dio la vuelta del auto y le abrió la portezuela con caballerosidad, y ella inclinó su cabeza y entró rápido, golpeándose levemente la cabeza en el proceso.

Maldijo la falta de gracia con la que la naturaleza la había dotado, y miró adelante, contestando mecánicamente que estaba bien cuando él se asomó e inquirió, su entrecejo fruncido.

Cerró la puerta con cuidado y rodeó el vehículo, y ella fijó sus ojos en la exquisita manera en

que la camisa gris perlada se pegaba a sus bíceps y torso. Él se sentó sin hablar más, y el aroma de su perfume la envolvió y la sobrecogió.

Cardamomo, sándalo, madera de rosa. Oud wood de Tom Ford, lo reconocería donde fuese. Había un ejecutivo importantísimo de ventas que lo usaba, uno muy amable, al que ella le había preguntado, porque la fragancia era divina.

Inhaló con discreción, y decidió que era el olor perfecto para un hombre tan apuesto como este. Su mirada de refilón captó los muslos poderosos embutidos en pantalones chinos oscuros.

—Ágata, lamento la confusión, de verdad. No es habitual que eso pase en Mario's, te lo aseguro. Soy un habitué. Mario, el dueño, estaba consternado por lo ocurrido. Donato, el mesero que te atendió, estaba un pelín desbordado y no tiene mucha experiencia.

Sí, eso no era cierto. Estaba segura de que era uno de los antiguos por la forma en que los demás lo habían consultado y la seguridad en la que se movía en el sitio.

Pero si Cillian O'Malley quería creer lo que le contaron, por ella estaba bien. No es como si fuese a volver, o que él fuese a considerar que la suya no era otra cosa que una reacción exagerada.

—¿Adónde vamos?

Él pareció cortado por su pregunta, pero reaccionó con rapidez.

—Hay un camión de comida espectacular en el otro lado del parque. Italiano, también. Te aseguro que es perfecto.

Ella asintió. Estaba bien. Iba bien con ella. Sencillo, rápido, sin pretensiones. Se concentró en mirar afuera mientras él maniobraba, sin engancharse en charla pequeña.

No la dominaba bien, y no se le ocurría nada para conversar con él que no fuera sobre trabajo. O sí, se le ocurría mucho, y todo no apto para menores de 18, y evidentemente fuera de lugar.

¿Qué edad tenía y cómo hacía para estar tan duro y bueno? ¿Tenía novia, amante? ¿Qué le gustaba en la cama? ¿Era de los que gustaba del sexo con juguetes, o tenía algún fetiche? ¿Qué le gustaba que le hicieran?

Dios, el tenor de sus pensamientos nunca fallaba en ponerla colorada y nerviosa, y un poco excitada. Nadie pensaría que detrás de su rostro compuesto y su postura inmovible latía una mujer con una libido importante.

Una que soñaba y fantaseaba mucho más de lo que ejecutaba, al menos con parejas reales. Una que estaba necesitando salir de este vehículo ya, porque la cercanía, la fragancia y las ideas que se le venían le estaban elevando la temperatura.

*Tu jefe, eso será por unos cuantos días. Fuera de toda posibilidad, inalcanzable, y ya sabemos que te gusta imaginarte en esos esquemas, Ágata querida. No, fantasías con Cillian O'Malley no es algo que fomentaremos, mente mía.*

## CINCO.

### Minutos antes

Cillian aparcó en el estacionamiento del restaurante y descendió presuroso, consciente de que llevaba al menos media hora de retraso. Hizo una mueca, molesto con la situación.

No le agradaba tener esperando a nadie, de habitual era puntual y consideraba una muestra de respeto el estar en el lugar a la hora señalada, pero hoy no le fue posible.

La reunión con los abogados tomó más tiempo del pensado, y de salida se topó con un Declan preocupado por un asunto concerniente al área de finanzas, que era la que este asesoraba.

Esto derivó en un intercambio sobre temas familiares, y sobre su primo Brady. Declan estaba alarmado por lo que llamó *su fase rebelde*, así como su bloqueo artístico, y esto asolaban a Brady cuando se deprimía. Le pidió que le hablara, ya que a él no le hacía ni caso.

Cillian había desarrollado una amistad creciente con Brady, una inesperada luego de años de ignorarse, por lo que no dudó en asegurar a Declan que vería de charlar con él antes de partir a Tokio. Eran familia y eso pesaba, aún a pesar de que por años su relación había sido tensa.

Ingresó al local y se detuvo para hacer un paneo en procura de Ágata, pero no la vio sentada a la mesa que Mario solía reservarle. Se adelantó para chequear del otro lado del local, pues el comedor hacía una L. Antes de que avanzase tres pasos, la entusiasta bienvenida del dueño del local lo detuvo.

—¡Signore Cillian, benvenuto!

—Gracias, Mario —sonrió y tendió su mano, que el italiano estrechó con calor.

—Venga, venga —caminó hacia la mesa y retiró la silla—. El especial de hoy es su favorito. Tortellini con salsa boloñesa. ¡Una delicia!

Cortar el discurso del hombre era siempre difícil, porque las palabras se agolpaban y se acompañaban con gestos dramáticos, pero lo hizo sin hablar, elevando ambas manos.

—Mario, esperaba encontrar a una señorita esperando por mí. Debió llegar aquí hace unos treinta minutos, pero... No la veo.

Mario arrugó el entrecejo y miró alrededor, consternado.

—Yo llegué hace unos diez minutos, me temo. Pero Pietro estaba a cargo, de seguro sabe algo. ¡Pietro! ¡Piieetroooo! Ven aquí, per favore.

El hermano de Mario era un hombre serio y de aspecto agrio que normalmente no se encargaba del trato con los clientes, y Cillian consideraba que esto tenía fundamento. Si Mario era risas y entusiasmo, Pietro era lo opuesto.

—Pietro, il signore Cillian tenía una cita con una signorina, y ella ya debería estar aquí.

—Le donne non sono puntuali —contestó.

—Eso es un hecho, signore. Las mujeres no son puntuales —Mario le tradujo, asintiendo a lo que su hermano decía, pero Cillian negó.

Podía acordar que esto era verdad en ocasiones, pero no era algo que asociaría a Ágata Valentini. No la había visto más que una vez, pero estaba seguro de que la mujer se ajustaba a horarios, indefectiblemente.

—El que llegó tarde fui yo —declaró, manos a los bolsillos, dando la vuelta y mirando para todos lados.

—Estuve en la cocina un rato. Donato se encargó del salón...

Mario hizo un gesto de disgusto.

—¿Donato? Ma perché? —meneó su cabeza, disgustado, y Cillian pensó que el drama entre ambos hermanos era un condimento para el lugar.

Los habituales se divertían con sus ademanes, frases coloridas, el salpicón entre idiomas, además de la comida exquisita.

—¿Crees que puedo hacerlo todo mientras tú duermes hasta tarde? —gruñó Pietro, y se dio la vuelta sin más, dirigiéndose a la caja registradora.

Mario llamó a voces a Donato, que se acercó sin apuro y lo miró, haciendo un gesto con su cabeza. Cillian sacó su teléfono y chequeó por alguna llamada que le diera una pista de Ágata, pero nada.

Levantó la vista cuando la voz aguda de Donato señaló:

—Sí, vino una señorita, hace un rato... Dijo que tenía que reunirse con el señor O'Malley, y le indiqué que esperase a la entrada —Señaló el rincón que se formaba por la confluencia del mostrador y la pared vidriada que daba a la calle—. Estuvo allí un rato, pero en algún momento se fue.

Molesto, tomó su celular y buscó el número de Ágata, que había conseguido en Recursos Humanos. Hizo sonar varias veces, sin respuesta, y su temperamento comenzó a erosionarse. Joder, esta mujercita era complicada.

—¿Hola?

Por fin, pensó, ya furioso.

—¿Dónde cojones estás? —inquirió, sin un pelín de contención, al borde.

—No es algo que le interese, señor O'Malley. ¿Qué puedo hacer por usted?

Abrió y cerró la boca, incrédulo. Esta mujer lo sacaba de las casillas. ¿Qué podía hacer por él? ¡Pues estar en el sitio donde se habían citado, eso!, pensó, pero se contuvo.

—Teníamos una cita. ¿A qué juega, señorita Valentini?

Esto no pintaba bien. Con recomendación y a pesar de su currículum, si no podía confiar en que ella estuviese donde era requerida, era un problema.

Escuchó que le respondía que había estado allí, tal como Donato dijo, y la sangre le hirvió cuando ella señaló, altanera, que cuánto rato debía esperar.

El que sea necesario, tuvo ganas de gritarle.

—Tuve un retraso inesperado —le contestó, conteniéndose de señalarle que su actitud era poco profesional.

No es como si hubiese tenido que esperar una hora, y el restaurante era un lugar espectacular, no el Infierno. Finalmente no se lo guardó y se lo enrostró, pero la respuesta lo dejó de piedra

—...A los menos favorecidos nos paran en un costado y al cabo de diez minutos se vuelve incómodo.

De fondo, Mario no dejaba de pedir disculpas, e incluso Donato se mostró contrito:

—Lo lamento, señor O'Malley, no pensé que ella de verdad viniese con usted.

Levantó una mano para cortar las disculpas y el parloteo, y se concentró en inquirir dónde estaba ella y comprometerla a esperarlo. Si no era aquí, se reunirían en otro lado, pero lo harían. No podía perder más tiempo.

El viaje se acercaba y la ansiedad lo carcomía. Era detallista y le gustaba dominar todas las aristas de un tema o situación en la que estaría inmerso, y ella tenía las herramientas que necesitaba.

Estaba en el parque a unas cuadras. Bien, esa era una ventaja, la alcanzaría en minutos. Frunció el ceño, ahora pensando en el tono defensivo y molesto que ella había usado. *A los menos favorecidos nos paran en un costado y los dejan allí.*

—Donato, ¿por qué no la llevaste a la mesa que reservé? Créeme que me has creado una situación complicada.

—Perdonalo, signore —intervino Mario, preocupado, pero todo lo que Donato hizo fue encogerse de hombros y mirarlo serio, en sus ojos una expresión porfiada.

—No me dio buena impresión. Ella estaba muy tensa y miraba para todos lados. Obviamente no está acostumbrada a un lugar de primer nivel como este, y pensé que... El señor no saldría con alguien así —su frase fue más una forma de defenderse ante Mario que ante él—. No estaba vestida como las mujeres que de habitual trae, señor Cillian —Ahora sí lo miró—. Pensé que estaba tratando de engañarnos, así que esperé y ...

No lo podía creer. Donato había mirado a Ágata y la había juzgado sin más, basado en su experiencia con las citas previas de Cillian. Sí, traía a sus ligues aquí, por un tema de practicidad y porque adoraba la comida de Mario. No lo pensó mucho al citar a Ágata. La fuerza de la costumbre.

Si él encontraba esta actitud y la forma en la que prejuzgó a Ágata fuera de lugar, no podía imaginar cómo lo habría tomado ella. Porque algo tenía él seguro: si Donato se atrevía a hablar con tanta libertad sobre lo inadecuada que veía a Ágata, se lo debía haber hecho notar.

Ágata Valentini tenía razón en algo, el dinero detenía el destrato. Una furia larvada lo llenó, y no evitó que se manifestara en su expresión y en la siguiente frase:

—La descortesía y el clasismo que demostraste con esa mujer es imperdonable, Donato. No

pensé que esto pasaría aquí —sacudió su cabeza, y se marchó sin más, sordo a las disculpas de Mario, que lo siguió hasta el estacionamiento.

Llegar a ella no le tomó nada. Ágata estaba parada con sus dos manos sosteniendo su cartera sobre su pelvis, y había un aura de fragilidad y contención en su postura. Su cabello estaba atado en una alta cola de caballo, y los rayos del sol le arrancaban brillos.

Cuando ella lo ubicó y sus ojazos enmarcados por esos lentes demasiado grandes para su cara se enfocaron en él, Cillian sonrió, aunque dominó su gesto para no molestarla.

Su humor no debía ser el mejor, y el taconeo enérgico con el que se acercó lo evidenció. Descendió del vehículo para abrirle la portezuela y se enfocó en ser gentil y hacer que la mala impresión que vivió desapareciese.

El camión de comida fue la elección perfecta, porque ella ganó seguridad y calma en el lugar, la mezcla adecuada de informalidad y buena comida, en un ambiente natural donde ambos se descontracturaron.

Se abocó a hacer comentarios genéricos sobre el clima, el tráfico, la gente, y sus ojos no perdieron detalle de cómo ella masticaba con delicadeza los perfectos trozos en los que subdividió su comida.

Sus pestañas largas parecían aletear cada vez que paladeaba, como si estuviese probando un manjar.

—Está muy rico, ¿no es así?

—Perfecto —murmuró ella, y suspiró, una leve sonrisa en su faz.

Una que lo cambiaba todo, pensó, y la volvía muy, muy bonita.

—Supongo que estarás muy acostumbrada a estos platos. Para mí son deliciosos.

—Lo estaba. Mi abuela solía cocinar, y yo la ayudaba. Pasta, pizza, panna cotta...

Sus ojos cielo lo miraron, pero Cillian estuvo seguro de que no lo estaban viendo, sino que recordaba.

—Tu abuela...

—Murió —hubo un silencio, y ella agitó su cabeza, como despejándola de lo que la había distraído—. No me gusta hablar de mi vida personal.

Cortado de raíz su intención de ablandarla un poco hablando de su vida, Cillian asintió. Comenzaba a acostumbrarse a sus respuestas cáusticas, y a identificarlas como mecanismos de defensa que ella esgrimía cuando algo la molestaba o ponía ansiosa.

—Por supuesto. Pero me imagino que puedes contarme cómo has pasado estas horas en Boston. Me gusta saber que los que llegan a mi ciudad la disfrutan.

Ella asintió.

—Fui a un museo. De compras. Y a Salem. Es increíble como han conservado todo. Visité la casa, la iglesia, el cementerio, miré una representación de los juicios.

A pesar de la parquedad, algo en la manera en que ella relató el periplo demostró lo interesada que había estado en el paseo.

—Supongo que tiene sentido —murmuró.

—¿Qué tiene sentido? —gruñó ella, y él escondió la sonrisa detrás de la servilleta con la que pretendió limpiarse.

Le gustaba incordiarla, cabrón que era. Ella hacía un puchero con su boca y ponía cara de ofendida, y era una reacción adorable, mucho más real que las estereotipadas que le había visto.

—Pareces alguien a quien le gusta lo esotérico...

No realmente, pero para él brujas, superhéroes, aliens, viajes por el espacio y el tiempo, magia, entraba todo en la misma bolsa y expresión. Tonteras para crédulos.

—Me gusta lo fantástico, sí, pero lo de Salem es historia pura —defendió con énfasis, y él rodó los ojos.

—Sí, sí, pero muy adornado para atraer turistas, también.

—Qué vida tan chata la de una persona tan incrédula —murmuró ella.

—Te aseguro que mi vida está llena de acción, color y fantasías de otro tipo. Más carnales —hizo un gesto con sus cejas, y el intenso rubor de sus mejillas, además de que sus ojos huyeron a la mesa, lo divirtió como nunca.

—Dijiste que estabas interesado en saber qué decir o hacer y qué no en Tokio. Si te parece, podemos ir hablando de ello.

Guardó el dato de que era divertido pincharla un poco con insinuaciones juguetonas. Podía ser de utilidad en algún momento de ansiedad, pensó.

—Lo estoy. Este viaje es importante para la empresa, para nuestros negocios, pero lo veo como una distracción también.

—Japón es un lugar maravilloso. He querido viajar allí por años.

—Seguramente podremos visitar algunos sitios interesantes cuando no estemos de reuniones —agregó—. Tú eres la conocedora, haz una lista.

—Conozco por fotos, referencias, nada más.

—La planificación es importante.

Ella asintió con énfasis, y sus manos se abocaron a ordenar la mesa, despejando de servilletas, bandejas y cubiertos de la superficie, y acomodó todo con prolijidad para que le fuese posible colocarlo en uno de los contenedores de cartón en que les habían traído la comida.

—Si así organizas los desechos, imagino que tu maleta debe ser una obra de arte —indicó, y ella batió sus pestañas y bajó la mirada, y se envaró.

Cillian maldijo su inoportuna intervención, pero se dijo que no había dicho algo tan malo como para que se sintiese mal. Ágata tenía que acostumbrarse a sus salidas, y a entender que no tenían una segunda intención ni juzgaban.

—Lo dije en el buen sentido. Yo soy un desastre empacando —aclaró, y ella lo miró brevemente, asintiendo.

—Bien, qué tener en cuenta —comenzó ella, y su actitud cambió, volviéndose profesional y enfocada—. Lo primero, debe ser consciente de que los negocios son importantes y la base del encuentro, pero el protocolo cuenta, y mucho. Los mejores tratos pueden fallar o no ser tan buenos como previamente se pensaba en virtud de una falla básica en el lenguaje corporal o el no respetar las formas.

Él resopló, y asintió. Estaba consciente de eso, había escuchado de ejecutivos muy confiados que volvieron de Japón con las manos vacías cuando a priori todo pintaba muy bien. Él necesitaba ejemplos concretos.

—Sé que debo descalzarme a menudo.

Louie, el técnico informático, había bromeado sobre ello y lo conminó a llevar calcetines limpios y sanos.

—Quitarse los zapatos es una cuestión de respeto, comodidad, pero también de higiene. Nuestros pies andan por muchos lados, en contacto con toxinas, gérmenes, incluso energía negativas —Cillian rodó los ojos, pero Ágata lo miró seria—. Por tanto, si va a ingresar al hogar de alguien, en el caso de que haya alguna invitación personal, como en restaurantes, oficinas y edificios públicos, deberá hacerlo.

—Lo tengo claro. No me voy a equivocar en algo en lo que solo debo copiar al resto.

—Sí, eso no es difícil. Diferente cuando se espere que sea usted el que inicie algo. Como cabeza de la delegación de su empresa, se espera que tenga un rol activo. Los japoneses son muy apegados a las jerarquías. Es importante que tenga claro con quién se va a reunir para poder dirigirse a las personas por su nombre.

—Brian me envió la información. Confieso que no presté mucha atención a los nombres. Si a la empresa, por supuesto, pero... Me abocaré a memorizar los nombres de los ejecutivos.

—Eso es importante y necesario. Cuando lleguemos, no cometa el error de llamarlos por el nombre de pila, salvo que la persona lo invite a tutearlo.

—Muy bien, anotado. Por cierto, te invito a llamarme por mi nombre. Evitemos las formalidades innecesarias —señaló, pero ella negó.

—Es mejor si lo mantenemos profesional. Así se acostumbra, por otro lado. No sería bien visto que usted me nombrara informalmente en una de las reuniones. Me verán como una empleada y por tanto, de jerarquía inferior. No hablaría bien de usted el mostrar licencias con sus subalternos.

Cillian resopló, molesto.

—No considero que tutearse sea una licencia...

—Créame, es un detalle a tener en cuenta —lo cortó, y él arrugó el ceño, fastidiado.

—Muy bien, señorita Valentini.

—Cuando vaya a presentar al abogado, o a mí, usted se referirá mencionando nuestros nombres, títulos, cargo en la empresa, y le agregará el sufijo San.

—La señorita Valentini-san, traductora para la corporación .....

Ella asintió, una sonrisa en su faz, satisfecha de que le estuviera prestando atención. Le gustó comprobar que no había nada de dubitativo en su discurso, y que la tensión había sido drenada de su cuerpo.

Minerva había tenido razón cuando le dijo que las... peculiaridades (fue la palabra que se le ocurrió) de Ágata no afectaban su trabajo. Era cuando se involucraba lo personal que ella se ponía a la defensiva.

—Para los altos ejecutivos es distinto. Se utilizan los títulos en vez de los apellidos. Shacho-san significa “Sr. presidente” y Bucho-san significa “Sr. gerente”.

—Así que yo debo presentarme como Bucho-san, ya que soy gerente de ...

—¡No, no! —negó con vehemencia, y Cillian llevó su mirada a la boca. Seguía pensando que parecía muy grande para su rostro, aunque atractiva. Ella habló con rapidez—. Nunca utilice san para nombrarse. Es como si se estuviese haciendo honores usted mismo.

—No san para mí, de acuerdo —rio—. Aunque te aclaro que soy muy honorable.

—No lo dudo, señor O'Malley —señaló ella.

—Bien, continuemos. ¿Cómo saludo?

—Un apretón de manos es una muestra apropiada. Sin exagerar el apretón, y lo acompaña de contacto visual, pero no fije la mirada. Una reverencia suave que muestre cortesía, manteniendo las manos al lado del cuerpo. No se le ocurra dar un abrazo o palmear la espalda —Cillian rio ante el estremecimiento de ella—. Ah, otra cosa, asegúrese de tener tarjetas de negocios con su rango para intercambiar. Luego veremos cómo entregarlas, así como los regalos. Espero que esto haya sido considerado por parte de su empresa.

Cillian arrugó el entrecejo. No lo sabía, tenía que hablarlo con Brian y pedir a Gertie que se hiciese cargo.

—Lo haremos. Son muchos aspectos... ¿En verdad es tan formal?

—Más. Quedan muchas cosas por atender. Y sí, mi experiencia no es en Japón, pero si con ejecutivos de ese origen, y todo aplica.

—¿Te parece si cubrimos los otros aspectos de a poco? Estoy pensando en que voy a tener que ensayar qué decir, cómo decirlo...

—Cómo entregar tarjetas o recibirlas, o los regalos. Como sentarse, los gestos con las manos... Sí, es mejor ir viendo cada cosa con calma. Mientras no sea en ese restaurante que eligió... —sonrió.

Él lanzó una risotada al escuchar lo que sin duda fue el primer intento de broma de Ágata

Valentini.

—Por supuesto que no. Aunque el pobre Mario debe estar deprimido por la forma en que su mesero actuó. Te aseguro que no es la manera en que el dueño cuida su negocio. Bien... Mañana tendremos una reunión con el abogado y el contador que nos acompañarán. Allí puedes darnos más tips de estos, así todos estamos en la misma sintonía.

—Perfecto —indicó.

—Ah, me olvidaba, también estará uno de los guardaespaldas de Pipen, la empresa de seguridad con la que trabajamos.

—¿Un guardaespaldas? ¿Es necesario? —frunció el ceño—. No es usual que ...

—Viajará con nosotros por precaución. No sé cuánto sabes sobre mi familia, pero por varios años y hasta hace algunos meses, los líos con algunas mafias nos persiguieron.

—¿Cree que podría haber algún intento de lastimarlo? —ella desmesuró sus ojos, y él quedó prendado de ese celeste imposible.

Carajo. La sonrisa y los ojos, no sabía cuál de los dos le gustaba más.

## SEIS.

Cillian enlenteció la marcha de su vehículo para aparcar frente al hotel donde Ágata estaba alojada, y ella tomó su bolsa.

—Muchas gracias por traerme.

Se había negado a la oferta, pero él insistió y no le hizo caso a sus protestas de que estaba cerca. Ágata estaba comenzando a ver que este era un hombre decidido y porfiado, y ella sabía qué batallas valía la pena elegir. O era así la mayor parte del tiempo.

—Una pena que cometimos el error de no dejarte claro que tu viaje y estadía corría por nuestra cuenta —meneó la cabeza con reconvención, y la miró—. Podríamos haberte elegido un hotel con más comodidades y prestaciones.

Se encogió de hombros y sacudió su cabeza, quitando importancia al tema. El hotel estaba más que bien, y ella no era de las que pretendían spas o gimnasios.

Lo suyo no era la actividad física que conducía a la extenuación o la obsesión con el físico. *Debería*, le dijo esa jodida vocecita que le picoteaba la cabeza para incordiarla, pero la dejó ir.

—No necesito más.

Él la observó, y ella quitó la vista con rapidez, y su mano fue presta a la manija para descender.

—¡Espera! Quiero que agendes mi teléfono. Seguramente me van a ir surgiendo dudas y me gustaría poder contactarte, si no te molesta.

—Ya lo hice —dijo—. Cuando me llamó.

—Por supuesto —asintió.

Ágata no perdió tiempo de moverse para descender. Se inclinó a la ventanilla para despedirse y él le mostró la pantalla de su móvil.

—Tienes mi número. No dudes en llamarme si tienes algún inconveniente o problema en estos días.

Le guiñó un ojo y ella parpadeó, arrobada. Si que era guapo el jodido. Pero además, hoy había conocido su veta amable y jovial, y le gustó lo que comenzaba a percibir de Cillian O'Malley.

Sacudió su cabeza, y decidió que no iba a tener ni inconvenientes ni problemas que implicaran la necesidad de la asistencia de este hombre. No podía arriesgarse a que él se le convirtiera en un pensamiento recurrente.

—Hasta mañana, señor O'Malley —se despidió, y se dirigió a la entrada del hotel sin mirar atrás.

El encuentro había sido muy bueno, luego de un comienzo cuesta arriba. La situación en el restaurante italiano todavía la escocía, e hizo un mohín al espejo del ascensor.

Se había sentido tan incómoda allá. Muy distinto a lo a gusto que fue comer con su jefe al aire

libre y descontracturada. La comida fue perfecta, el camión de comida prolijo, higiénico, y la conversación agradable y fluida.

Ella se desenvolvió con corrección, y más que eso cuando el tema discurrió por el tema protocolo. Cillian se mostró interesado, incluso un pelín preocupado, cosa que la divirtió secretamente.

Ingresó a su habitación y se descalzó de inmediato, colocándose las zapatillas bajas. Hacía años que ella había adoptado esa costumbre japonesa, y en su apartamento en Los Ángeles prefería estar descalza o con alguna media fina, pero aquí...

La habitación aparecía muy limpia, mas no tenía certeza de qué toxinas o bacterias o lo que fuera podría habitar en el suelo.

Tomó las bolsas de compras que había dejado sobre la mesa de café y colgó cada prenda en perchas, acariciando las telas y deleitándose en las texturas y colores, su mente jugando con combinaciones y posibilidades.

Cuando terminó, se cambió para hacer su práctica habitual de yoga. Cuarenta minutos de posturas que aliviaron sus músculos de tensiones y dejaron su mente relajada fueron suficiente.

Luego de un baño, envió mensaje a Minerva para ver si podían hacer una videollamada, y le alegró la respuesta inmediata. En cuestión de minutos estaban cotilleando con excitación, Minerva más que entusiasmada por saber cómo iba todo en Boston.

—¡Cuéntame sobre Salem! No puedo creer que no fui cuando estuve allá —le dijo.

—La visita vale cada minuto. Las locaciones son perfectas, muy mantenidas, y se siente un ambiente especial en ellas, ¿sabes? No sé, me dio esa sensación, como la de trasladarme en el tiempo. Además, los guías te hacen vivir el drama. En el cementerio hicimos paradas en el monumento a las víctimas de los juicios de brujas, y muy cerquita están las lápidas de los que acusaron, fueron partícipes de los juicios, y los matadores. Hay más tumbas famosas, por supuesto.

—Brr, la historia de los juicios y todo que pasó me parece impactante, pero te regalo la visita al cementerio, maja. Me pone los nervios de punta.

Rio al ver el estremecimiento de Minerva.

—Lo tuyo es otra cosa, ya lo sé —agregó.

—Exacto. Cuéntame cómo van los preparativos para el viaje —El rostro de su amiga se hizo más grande al inclinarse hacia la pantalla, y la curiosidad era obvia—. Sé que te reuniste con los dos hermanos O'Malley, ¿cómo estuvo eso?

Hizo un gesto de sorpresa e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Lo sabes porque...?

—Hija, sabes cómo corren de rápido los cotilleos en el círculo en el que nos movemos.

En el que ella se movía, pensó Ágata, aunque le concedía que Minerva hacía lo posible para

arrastrarla con ella, y no es que se negara, pero le resultaba un poco abrumador.

Las mujeres eran geniales, pero los hombretones le inspiraban... Temor no era la palabra, más bien reparos.

Varios eran millonarios, como el jefe de Minerva, Matt Turner, y más aún sus primos, del que solo conocía a Liam, el mayor, o Aidan O'Malley, casado con Avery Turner.

Los otros eran guardaespaldas especializados, caso Hawk, el esposo de Brianna O'Malley, o Jack, el amor de la vida de Minerva. Eran enormes, atractivos, cada uno en su particularidad y, con algunas excepciones, de pocas palabras.

Ágata nunca sabía qué decir o cómo actuar cuando ellos la rodeaban, pero sentía las miradas que la observaban y la catalogaban, desmenuzando las conductas que se le colaban y denunciaban su trastorno. Esos nervios elevaban la ansiedad, y esta sin sujeción, disparaba sus obsesiones.

—Minerva, ¿comentaste con alguien sobre mis ...? —carraspeó, y luego decidió que entre ambas no eran necesarios los eufemismos. Minerva era su amiga del alma—. ¿Mi TOC?

Minerva asintió, y Ágata suspiró. No es que le gustara mentir ni nada, pero a veces retener información no era malo. Ella hacía su trabajo de maravilla, muchas gracias, pero sabía por experiencia que quienes conocían su trastorno tendían a esperar errores o que sus manías apareciesen y los ridiculizaran o tuvieran impacto negativo en su entorno.

*No vas a ir a ese cumpleaños, Ágata. La mamá de tu amiga es importante, y no quiero que piense que tengo una hija tonta.* Oh, había estado tan contenta cuando Shawn la había invitado a su cumpleaños de diez, pero no pudo ir.

*¡Estúpida! Tú y tus manías, llamando la atención. ¿Te das cuenta de que te van a llamar loca si vas al psicólogo? No entiendo cómo puedes ser tan idiota. Eres un castigo, eso eres, dándome siempre quebraderos de cabeza.*

El director del colegio había llamado a su madre para aconsejarle que la enviara a terapia porque en sus palabras, era brillante y tenía un camino promisorio, pero sería bueno que aprendiese a dominar su ansiedad.

Cuando su madre se negó, la consejera, bendita sea, le había mostrado que era posible controlarse. Razón por la cual se pagó su propio terapeuta cuando accedió a su primer empleo. Volvía de tanto en tanto en busca de más y nuevas herramientas de auto control, por cierto.

—Cillian me llamó el mismo día que tuvieron la reunión contigo, querida. Estaban muy impactados por tu currículum, y querían referencias de carácter tuyas. Les di las mejores, pero también aclaré que lo que él llamó tensión y movimientos robóticos no era más que tú estando nerviosa y tratando de controlarte. Lo entendió bien, y estoy segura de que ese conocimiento no va a jugar en tu contra, Ágata, sino a favor. Te prometo que no hubiese dicho nada de creer lo contrario. Estos irlandeses aprecian la honestidad.

—Estuve con él hace un rato, y fue un muy buen encuentro. En ningún momento me pareció que me juzgara o le molestara alguna actitud mía. No es que haya actuado raro, me sentí cómoda y no hubo...

—Es lo que le aseguré. Tu profesionalismo es a prueba de balas. Ay, Ágata, te juro que no puedo más de ilusión por lo que vas a vivir. ¡Es tu sueño, amiga! Esto es grande.

Ágata sonrió y se tiró hacia atrás en el lecho, móvil en mano, y se quitó el broche que sostenía su cola de caballo, dejando a su cabellera libre, y luego se quitó los lentes.

—Estoy que me salgo, Minerva. Me corre una electricidad, una excitación cuando pienso que en unos pocos días voy a estar en Tokio. Voy a mirar bien la agenda de trabajo y a tratar de aprovechar los huecos de la mejor forma posible. Hay tanto para ver...

—No vayas a dejar el recorrido por la Calle del Animé para el final, por favor. Nunca sabes que puede pasar, así que asegúrate de que sea una de tus primeras salidas. Quiero fotos y videos, lo sabes.

—Por supuesto, tonta, no se me ocurriría pasear por allí sin tomar miles de imágenes.

—Tal vez puedas arrastrar a tu jefe contigo, jaja.

—Ya me hizo ver que no cree en nada que sea fantasioso y que lo considera paparruchadas.

—¡Iluso! Se lo pierde —señaló Minerva con un tono de superioridad, y ambas rieron.

Luego se incorporó y le mostró la ropa que se compró, recibiendo dedos para arriba y comentarios de deleite que la dejaron satisfecha, porque Minerva no era de las que mentían. Si le decía que le gustaba y que creía que le sentarían bien, era porque así lo pensaba.

Que estuviese extasiada con su elección *osada* de la blusa roja fue un subidón, y si bien el adjetivo podía no caber para otra persona, en su caso era apropiado.

Ágata no solía hacer nada que se saliese de los esquemas o rutinas, al menos puertas afuera de su reducto. A la interna... Bueno, en la intimidad ella podía darse el lujo de apostar a la fantasía.

Su cajón de ropa interior tenía una división especial para prendas sexis, y no pocas veces tenía un tanga jugadísimo debajo de un trajecito sastre al mejor estilo Chanel.

Su mesa de noche tenía algunos juguetes especiales, ordenados de menor a mayor, que le quitaban el estrés y la satisfacían cuando se sentía al límite.

¿Sería posible llevarlos a Tokio? Seguramente serían de ayuda allá. Entre las tensiones que la labor le podía deparar y el impacto de la presencia de su jefe, le vendrían de perillas.

*No, no, imagina que te revisan la maleta justo delante del señor O'Malley y los demás.* Pasaría la vergüenza de su vida. Él le había dicho que un bogado, un contador y un guardaespaldas viajarían con ellos.

—Te deseo lo mejor, lo sabes, Ágata. Que tengas un viaje excelente, disfruta de cada oportunidad y déjate ser, querida, no tengas miedo de nada ni te me achiques. Eres especial, y el mundo tiene que verlo.

Agradeció el cariño y las palabras con voz entrecortada, las lágrimas deslizándose por sus mejillas, agradecida a la vida que le había dado a una amiga como Minerva. No fallaba en levantarle el ánimo y darle impulso.

+++

¡Por fin, aquí estaba! Sentada y lista, la excitación burbujeando en su garganta y vientre, y una sonrisa mientras el avión tomaba velocidad en pista y despegaba.

Cerró los ojos y dejó que esta sensación de felicidad permeara cada poro de su cuerpo. Estaba en camino de conocer el lugar que había soñado, y contratada con un salario buenísimo.

Su equipaje de mano llevaba lo necesario para las quince horas de vuelo, por supuesto, porque Ágata sabía que tenía que planificar esas horas de encierro para no ponerse hiper ansiosa en el proceso.

Por tanto tenía dulces, su Kindle cargado con varias novelas, su iPod con listas de reproducción variadas, tapones para sus oídos, toallas húmedas, medicación para su jaqueca y ansiedad.

Hacía muchísimo que no tomaba esta, pero lo haría en el caso de ser necesario, y como último recurso.

También tenía su agenda y varios bolígrafos. Pensaba aprovechar para repasar cada aspecto de lo que debería traducir en Tokio. Había vocabulario muy específico relacionado con la industria de la construcción y las finanzas, y ella no quería que nada se perdiera en la traducción.

El movimiento a su costado la hizo mirar de reojo al hombre que viajaba a su izquierda, del lado de la ventanilla. Le hubiese encantado tener ese asiento, pero no era el caso.

Estaba al medio, y a su derecha viajaba Santo, el guardaespaldas que la agencia Pipen había destinado para la seguridad de Cillian. Lo había conocido en la reunión que tuvieron, en la que además estuvieron presentes Cillian, Conrad, el contador, y Sam, el abogado.

Con excepción de este último, todos habían dejado una buena impresión en ella. El letrado era un capullo sabelotodo y con humos, y la manera en la que la miró y habló fue como si la desestimara de inmediato.

*<<Esperemos que estés avezada en estas lides. La empresa se juega mucho y no podemos tener fallos.*

*>>Si hay alguno, no será porque no cubrí cada aspecto e hice mi mejor trabajo>>, le contestó sin arredrarse. Ubícate, gilipollas, tú eres un empleado también, con cargo, pero dependiente al fin. <<Todo irá bien si cada uno hace su tarea de la misma forma>>.*

Cillian había cortado el intercambio con sutileza y sin perder la sonrisa, llevando la reunión por el cauce de la revisión de qué temas surgirían, cuáles eran las propuestas a discutirse, qué estaba ya laudado por las conversaciones previas entre Liam Turner y el CEO de Shimiso, entre otras cosas.

Por fortuna, el abogado estaba lejos de ella, pensó, mientras se reacomodaba en el asiento. En primera clase, con el señor O'Malley y el contador.

*Probablemente satisfecho, con una copa de champagne y en el mejor de los mundos, mientras tú vas en turista apretada entre dos grandotes*, susurró su mente.

Bah, no importaba eso. Era lógico, ellos eran ejecutivos, y ella una contratación de último momento. Afortunada de que así fuera. No había esperado un tratamiento de primera.

De hecho, Ágata no esperaba nunca nada bueno, para empezar, así era su filosofía. Eso daba la chance de que la vida la sorprendiera de tanto en tanto y los golpes dolían menos.

Era un aprendizaje del pasado. Cuando había esperado juguetes que no llegaron, o que le fueron dados a su hermano. Cuando esperó asistencias familiares que no estuvieron en certámenes en los que ganó, o quiso felicitaciones que no llegaron.

No iba a molestarse porque el jefe no la llevaba en primera, cuando estaba disfrutando de una oportunidad única. El gruñido de su izquierda se acompañó con un codazo en su antebrazo, y el dolor la hizo dar un gritito.

—Mis disculpas, señorita —le dijo el pasajero—. Estos asientos son... Estrechos.

Ágata se sobó el brazo y respondió con un breve movimiento de su cabeza. Dios, el viaje recién comenzaba, pensó.

—¿Es su primer viaje? —le preguntó el que evidentemente se avizoraba como un charlatán, y ella volvió a asentir—. También el mío. ¿Placer o negocios?

—Trabajo —indicó, y se inclinó para rebuscar en su bolso y sacar los auriculares, que se colocó de inmediato.

Primera ruptura de su agenda, porque ella había pensado qué orden daría a las actividades durante el vuelo, pero ni modo. Sostener un diálogo con un desconocido no estaba en sus planes.

Se dejó invadir por la música relajante y cerró sus ojos, dispuesta a sumirse en un estado zen, y por un buen rato lo logró.

La situación comenzó a salirse de cauce cuando la azafata ofreció bebidas y Ben, el pasajero de su izquierda, que se presentó apenas ella se quitó los auriculares, aceptó la oferta y le volcó medio vaso encima de sus muslos.

El líquido estaba helado, pero lo peor fue el intento del cateto de secarla con sus manos, que hizo que Ágata se agitara y le asestara un golpe en los dedos, lo que ganó un grito de sorpresa de Ben.

—¡Intento ayudarla! Lamento que ...

—¡No vuelva a tocarme! —dijo ella con voz ahogada, pero furia en sus ojos, mientras se retraía cuanto era posible en su asiento.

—No fue mi intención... No tiene que comportarse como una empollona, yo...

—Si vuelve a hablarle así, o a poner un dedo sobre ella, se las verá conmigo —sentenció

Santo, y su voz y expresión tormentosa no dejaban dudas de que no tendría problemas en hacerlo.

Ben se retrajo y su rostro fue de ofensa y orgullo herido, mientras gruñía que no había hecho nada malo.

—¿Está bien? —le preguntó Santo, y ella asintió, aunque por dentro su corazón latía con agitación.

*Cálmate, fue un incidente menor. Puede pasar, estás en clase económica, hay poco espacio y es necesario tener paciencia y contemplación.*

Tuvo que practicar cada truco que su terapeuta le enseñó a través de los años para sobrellevar las siguientes horas, porque Ben era un hombre de los que no rechazaba nada de lo que se ofrecía, y sus maneras no ganarían premio.

Comía con ruido, masticaba con la boca abierta, sus manos tocaban la comida y los asientos, y el volumen con el que escuchaba la película en su pantalla era molesto.

Tenía que ser una prueba divina, porque no solo la incordiaba a ella y la ponía al límite, sino que el mismo Santo tenía su mandíbula apretada y lo miraba de refilón con una seriedad que hubiese llevado miedo al más templado. No parecía afectar a Ben, que ni caso.

El alivio fue mayúsculo cuando Santo inquirió a la azafata si tenía asientos libres y ella asintió, aclarando que en la cola del avión había disponibles, y les guio para que se trasladaran, Santo llevando su maleta.

Cuando estuvo sentada en la ventanilla, sin nadie al lado, porque Santo tomó el del pasillo, resopló y se relajó. Ahora sí, se dijo. Borrón y comienzo de nuevo. El viaje acaba de tomar otro color.

## SIETE.

De habitual no le cansaba pasar tantas horas encerrado en un avión ya que podía encontrar cómo distraerse sin dificultad, y dormir no le costaba. Su hermana Brianna solía decir que podía dormir en medio de una multitud, y aunque esto fuese una exageración, el punto permanecía.

Por otro lado, viajaba en primera clase, afortunado como era, y eso era garantía de confort y atención al detalle, y no le daba prurito disfrutarlo. Normalmente. No en esta ocasión.

Para su extrañeza, se sentía un pelín culpable, y si su mente le decía que no tenía por qué, algo en él se rebelaba. Que Ágata viajase en clase económica mientras él y los otros dos ejecutivos tomaban champagne lo turbaba más de lo que debería.

Era como establecer un nivel entre ellos que no quería, que no era necesario. Eso también se aplicaría a Santo, pero no era él en quien Cillian pensaba. El guardaespaldas no era sino un hombre duro y práctico, a diferencia de Ágata, que era...

*No seas absurdo, Cillian, pensó. No tienes ni idea cómo es ella en realidad, ni es necesario que te la pases imaginándolo. Joder, tío, estás más quemado de lo que pensabas, todo te afecta estos días. No es tu asunto, ella está bien.*

Él no sabía que viajarían separados hasta que estuvo en el VIP del aeropuerto, y no la encontró. En el primer momento se alarmó al pensar que no vendría o era impuntual, pero una rápida consulta a Gertie le hizo saber lo que pasaba, y ya no hubo forma de modificar la situación.

Lo intentó, por cierto, solicitando a Gertie que gestionase un cambio, y luego en el mismo avión, pero primera clase iba completa. Japón era un destino candente estos días, ya para negocios o para hacer turismo.

—... y sin dudas esta fusión abrirá un camino para acuerdos en otras áreas —agregó Sam, y Cillian volvió la vista para atender al abogado, que estaba hablando desde hacía un buen rato.

—Paso a paso —contestó, prudente—. Lo hablaremos al final de este viaje, si las negociaciones funcionan como pensamos y queremos.

—Seguro que será así —respondió Sam, confiado. El jodido parecía exudar autocomplacencia, y si su trayectoria lo justificaba, no dejaba de ser molesto—. El acuerdo es muy bueno para ambas partes. Incluimos salvaguardas para nuestra firma que son a prueba de contingencias —agregó, y el rictus de vanidad fue obvio.

Con la mitad de esta confianza se podría conquistar el mundo, pensó. No le gustaba la gente tan pagada de sí misma. Hostia, admiraba como cualquiera la seguridad, la eficiencia, la inteligencia, pero un poco de humildad no hacía mal.

Sí, Sam era un muy buen abogado, pero tenía un equipo de excelencia apoyándolo, y Cillian se preguntaba en ocasiones cuánto de lo que lograban era mérito de Sam y cuánto del equipo.

Seguro que las discrepancias a este respecto podrían llegar a erosionar el buen clima en el área legal del conglomerado. Tendría que decirle a Brian para chequear este asunto aprovechando que Sam no estaría. Cillian era consciente de que su familia...

Él, Brian, Aidan... tenían que mejorar la manera en que lidiaban con sus empleados y asociados. En ocasiones se comportaban de manera prescindente con ellos, cuando en verdad apreciaban la labor comprometida y leal.

Caso Gertie, por ejemplo, que era el puntal de Brian, y también el suyo. ¿Se lo habían hecho saber alguna vez? No que recordara. Frunció el ceño, y su mente lo llevó de nuevo a pensar en Ágata.

A Cillian no le había gustado cómo el abogado habló a la traductora en la pasada reunión, pero también era cierto que tenía que darle tiempo para que se conociesen y trabajasen juntos.

Él no podía arrojar la primera piedra, ya que también había reaccionado con incorrección en su primer encuentro con Ágata.

—Señor Cillian, ¿todo bien aquí?

Santo estaba a su lado, su rostro estoico pero sus ojos apreciando cada detalle y cada persona del espacio que constituía primera clase, buscando alguna amenaza. Había estado aquí al abordar haciendo lo mismo, y Cillian sonrió, asintiendo.

La protección extra que la seguridad brindada por el equipo de Pipen le daba era de agradecer. Él estaba bien entrenado en autodefensa y jiu jitsu, podía manejar un arma de fuego con eficacia, pero no tenía el entrenamiento ni el tiempo para estar siempre pendiente de su entorno en busca de sombras que lo acecharan.

No creía que fuese necesario la actuación de Santo, pero tampoco era tan tonto como para volar al otro lado del mundo sin un respaldo.

—¿Está todo bien atrás? —Santo asintió—. ¿La señorita Valentini está bien?

Santo asintió.

—Ahora sí —Cillian frunció el entrecejo ante sus palabras, y agregó—. El hombre sentado a su lado era un gilipollas importante e hizo que la señorita estuviese muy tensa e incómoda, pero ya está solucionado. Estamos en la cola del avión, sin acompañantes.

—Esa mujercita no me parece confiable —intervino Sam, meneando su cabeza—. Tengo buen olfato para estas cosas, y odiaría que una mala gestión en la traducción nos ocasionase dolores de cabeza y arruinase esta oportunidad dorada.

Santo carraspeó, y Cillian notó el rictus molesto en su faz. Sí, al guardaespaldas le sentó mal el comentario, justo como a él, y la necesidad de dejar claro que Ágata era un miembro valioso del equipo se tornó urgente.

—La señorita Valentini tiene referencias impecables. Ha trabajado con empresas muy importantes, y tiene más experiencia en esto que nosotros. No es bueno dejarse guiar por

primeras impresiones y por apariencias.

—Oh, coincido —agregó Conrad, el contador—. De habitual son malas consejeras. Seguramente no es lo que nuestro abogado estrella hace, no sería bueno para su negocio.

Había un leve tono de desafío en su voz que Cillian percibió obvio, y le hizo notar que Sam estaba logrando tocar los nervios de sus compañeros.

La llegada de la azafata distendió la situación, y Cillian se incorporó mientras esta llenaba las copas de Sam y Conrad. Fue tras Santo. Le admiró la facilidad con la que el corpulento hombre se desplazaba por el pasillo estrecho y sorteaba a los pasajeros que se incorporaban acá y allá.

Cuando estuvo al lado de Ágata, sonrió. Ella estaba inmersa en la lectura, sus orejas cubiertas por sus auriculares, y su rostro era la imagen de la calma y la satisfacción.

En el asiento del medio tenía organizado un pequeño escritorio, pensó con diversión. Carpetas, teléfono, agenda, bolígrafos, y más estaban ordenados de menor a mayor.

La mujercita se las arregló para dar estructura a su entorno y eso le tenía que estar dando tranquilidad, de ahí que se la apreciase tan relajada.

Le colocó una mano en su hombro con suavidad, sobresaltándola, y el dispositivo pareció danzar en sus manos pequeñas y muy blancas, que miró con fascinación.

—¡Señor O'Malley, qué susto me dio, joder! —le dijo, acomodándose en el asiento.

Era adorable, pensó, y luego se dio una hostia mental. ¿Adorable? ¿Desde cuándo la primer palabra en relación con una mujer bonita era esa? *Desde que la conocí*, se dijo.

Le gustaba que su piel se incendiara con rubor y que sus pestañas batieran cuando parpadeaba. Sus reacciones eran una novedad para él, habituado a mujeres que sabían lo que querían de él.

Inocencia e indecisión no eran lo que solía ponerlo, pero esas dos características en el envase de esta encantadora dama, hoy embutida en un mono negro clásico muy sentador, lo estimulaban.

Ella le provocaba curiosidad, y despertaba reacciones poco habituales en él. Como el deseo de protección y de asegurarse de que estuviese bien.

—No fue mi intención sorprenderte. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Muy bien. ¿Necesita algo?

La observó, y por un instante su mente se regodeó en la posibilidad de decirle de qué formas ella podría cubrir necesidades suyas. La convicción de que ella reaccionaría desmesurando esos ojazos y partiendo su boca no hizo nada por desestimular sus pensamientos obscenos, que se deleitaban en la idea de corromperla.

El carraspeo enérgico de Santo lo sacó de su estupor, y lo miró brevemente, asintiendo cuando la mirada fija del guardaespaldas hizo que la fantasía reptara al fondo de su cabeza.

El hombretón tenía los brazos cruzados en el pecho y una expresión de censura que casi lo hizo levantar sus manos en señal de rendición. El jodido estaba acá para cuidarle las espaldas, pero parecía que había decidido volverse la chaperona de Ágata.

—¿Señor O'Malley? —inquirió Ágata, confusa, y él sonrió.

—No, Ágata, disculpa, me distraje. Quería ver que estuvieses bien y disculparme por no chequear que también tuvieses tu lugar en primera clase. No es algo que gestioné yo, pero...

—Oh, no se preocupe. Estamos muy bien, ¿no es así, Santo? —sonrió, y el jodido maromo desplegó una sonrisa que jamás le había visto, y Pipen había enviado a Santo por años para cuidar a los O'Malley.

—Lo estamos.

Lo observó con fastidio, y el idiota sonrió más. Seguramente no estaría pensando que tenía una oportunidad con Ágata, ¿o sí? Él estaba acá para hacer una labor, no para confraternizar. ¿Sería necesario recordárselo? Porque lo haría si tenía qué, decidió.

—Muy bien, fantástico. Nos vemos al aterrizar, entonces.

Ella asintió, y Cillian se retiró. Este viaje ya se le estaba haciendo largo.

++++

Agradeció la ayuda con el equipaje con una pequeña inclinación de cabeza, y miró el inmenso lobby. Era espectacular, decidió, y no podía esperar menos de un hotel de la categoría de este, perteneciente a la cadena Aman.

Él había disfrutado de otros por el mundo, y sabía que la atención a los detalles, el confort y las prestaciones eran inigualables.

El hotel estaba ubicado en los pisos superiores de uno de los modernos rascacielos de Tokio, y la locación y las vistas eran extraordinarias.

La luminosidad que la enorme linterna dejaba pasar caía directo sobre un jardín zen conformado por agua, grava y plantas, y el espacio era fluido, con muebles dispuestos con gusto y atención al detalle.

—¡Es bellissimo! —escuchó el murmullo femenino extasiado, y su mirada se posó en Ágata, que giraba con lentitud como si quisiese llenar sus ojos con cada detalle del lugar.

—Impresionante —agregó Conrad, y el gruñido de Sam demostró que estaba sorprendido.

Cómo debía ser. El exorbitante costo de alojarse aquí hacía que fuese prohibitivo para muchos, y no lo pensaba con vanidad. De hecho, si por la empresa fuese, estarían en un sitio más económico, pero era la corporación Shimiso la que cubría los costos, y no escatimaban en gastos, al parecer. Una muestra más del interés en la fusión.

—Un diseño icónico que representa el balance perfecto entre el dinamismo urbano y la sensibilidad cultural, y es además el epítome del minimalismo japonés —escuchó a Sam, y lo

miró. Este sonrió y mostró la pantalla de su móvil—. Eso describen aquí, y supongo que quiere decir que es jodidamente lujoso sin que parezca ostentoso.

Asintió. Era una definición muy acertada. La bienvenida se sentía en el aire, y los corteseros empleados no tardaron en agilizar el registro y dirigirlos a sus habitaciones.

El cansancio y el desfase horario se hacían sentir, y los rostros lo denunciaban, aunque el de Ágata estaba más permeado por la maravilla que por el agotamiento.

—Descansen. No tenemos nada en la agenda hasta la tarde de mañana —Eran pasadas las seis pm—. Si les parece, cenemos juntos para ajustar detalles que puedan haber quedado pendientes —agregó, y hubo cabeceos de asentimiento.

Uno de los dos atentos botones detuvo el ascensor en el piso 4 y con una sonrisa hizo una reverencia y se dirigió a Ágata, que le preguntó algo en japonés. El chico asintió, y le hizo señas de que pasara, y la siguió.

Cillian elevó una ceja.

—¿Solo usted está en este piso, señorita Valentini?

—Así parece. El piso para ejecutivos es el quinto. Hicieron una excepción con Santo porque así lo pidieron desde la empresa.

El guardaespaldas gruñó algo por lo bajo, y Cillian supuso que debía ser lo mismo que estaba pensando él. ¿Por qué cojones tenían que seguir marcando que ella era un miembro inferior del equipo, que no estaba en el mismo nivel? Era vergonzoso para él.

—Seguramente podemos arreglar para ...

—Oh, está bien así —agregó Sam—. Está en un hotel de primera, no hay habitaciones malas aquí. ¿Seguimos? —dijo, e hizo un gesto al segundo botones, que asintió y les llevó arriba.

Sin más comentarios, se dejaron conducir, y cuando estuvo en la enorme habitación, la miró con apreciación. Las ventanas iban del suelo al techo y proveían vistas espectaculares a la puesta del sol de Tokio, la ciudad y sus alrededores visibles en su esplendor.

Agotado, se estiró y las vértebras de su cuello sonaron. Se aflojó la corbata y desabotonó la camisa, dirigiéndose al baño. Todo lo que se pudiese necesitar y más estaba allí.

Dejó fluir el agua para darse una ducha relajante que prolongó por varios minutos, sus manos en la pared, dejando que el calor aflojase los músculos de su espalda.

Envuelto en la fina bata se acostó, el cansancio llegando a él por oleadas y haciendo que sus ojos se cerraran y el sueño lo venciese de forma inmediata.

Cuando despertó, la oscuridad se había adueñado del cielo de la ciudad, pero las luces artificiales lo permeaban todo.

Bostezó y se incorporó luego de algunos minutos, relajado y sin ganas de mucha cosa. Excepto de comida, le recordó su estómago. Miró la hora y le sorprendió notar que no había dormido tanto como pensó. Dos horas, pero lo habían ayudado.

Tomó su móvil y comprobó con satisfacción que el servicio de internet funcionaba bien, tras lo cual envió un texto al grupo que habían conformado para mantenerse en contacto fluido.

**CILLIAN:** *Si les parece, podemos ir a cenar.*

Santo, Sam y el contador contestaron en cuestión de minutos, pero Ágata no, y supuso que estaría durmiendo. Se vistió con unos jeans y una camisa y se dirigió al restaurante, ubicado en el piso 33, desde el cual se apreciaba una imponente vista del jardín del Palacio Imperial y del Monte Fuji.

Santo ya estaba allí, a unos metros de Sam, que fotografiaba todo lo que se le ponía adelante. Cillian lo miró mientras se quitaba los zapatos y carraspeó para recordarle al abogado que debía hacer lo mismo.

Fueron conducidos a una mesa y allí se abocaron a mirar el menú, que si bien tenía traducciones en inglés, no parecían demasiado extensas y no daban cuenta de los platos tradicionales con claridad.

—Joder, yo quiero comer algo bien típico, pero no entiendo nada —se quejó Sam, con voz más alta de la necesaria.

—Sí, está complicado, preguntemos...

—Aquí está ya nuestra traductora —dijo Santo en voz baja, y sonriendo.

Cillian miró a la entrada, y en efecto, allí estaba Ágata, descalza, y haciendo una reverencia al mesero, con el que se enfrascó en una conversación amable.

Vino a ellos y les miró con brevedad, dirigiéndose a la silla que estaba libre, y Santo se adelantó a Cillian para incorporarse y ayudarla con un gesto caballeroso que ella premió con una sonrisa perfecta.

Cillian encajó sus mandíbulas y miró a Santo con inquina, que le devolvió una mirada que no decía nada.

—En buena hora llegas —dijo Sam, señalando el menú—. Si así empezamos, no vamos por buen camino. La puntualidad es imprescindible.

—Mis disculpas —Ágata se ruborizó, y los miró contrita—. El viaje me cansó más de lo que preveía, pero ya estoy aquí.

—Necesitamos que nos digas que...

—Hablé con el mesero. Podemos elegir entre comida estilo mediterránea o típica asiática. Nos recomienda sashimi. Es pescado crudo o carne cortada en finas rebanadas con rábano daikon, jengibre encurtido, wasabi y salsa de soja.

—Igual al sushi —dijo el contador.

—El sashimi es casi exclusivamente pescado crudo y nunca se sirve con arroz, a diferencia del sushi —indicó ella—. Otra opción es el tonkatsu, chuletas de cerdo cubiertas con pan rallado crujiente y fritas. Se sirven rociados con salsa tonkatsu a base de frutas y verduras con col rallada

y otras verduras crujientes a un lado.

—Sashimi para mí —dijo Cillian, y Sam asintió.

—Tonkatsu para mí —dijo Santo.

—También para mí —indicó Sam.

Ágata se dio vuelta y habló al camarero, que asintió y tomó nota, y luego inquirió algo. Ágata trasladó la obvia pregunta al grupo.

—Pueden acompañar con sake, aunque el restaurante tiene una selección de los mejores vinos, más de 1200 botellas.

Hubo una rápida discusión, y finalmente acordaron que tomarían sake. La conversación fluyó en los siguientes minutos, y todo fue bien hasta que las bebidas llegaron.

Un movimiento de Sam hizo que el mesero derramara bebida, y el exabrupto del abogado sobresaltó a todos. Antes de que Cillian pudiese decir nada, la voz de Ágata sonó filosa y enojada.

—¡Estas no son maneras de comportarse en ningún lugar del mundo, pero menos aquí! Pensé que había dejado claro que las expresiones fuera de lugar son rudas.

Se incorporó con una sonrisa e hizo una reverencia al mesero, que parecía congelado, y a cuyo lado ya estaba alguien de mayor jerarquía.

Ágata habló con seguridad y una sonrisa amable, señalando a Cillian y este hizo un gesto de que aquí no pasaba nada, lo que supuso se esperaba de él.

Revertida la pequeña crisis, la mesa limpia, y los vasos servidos, Cillian sonrió y agradeció a Ágata la intervención. Sam parecía un niño castigado, pero al menos no estaba hablando sin parar.

Ágata aclaró su garganta.

—Me disculpo si parecí grosera con ustedes, pero quiero que entiendan que estamos bajo la lupa.

—Este hotel es carísimo, y somos clientes. Merecemos una atención de excelencia, y si alguien no realiza su tarea...-empezó Sam.

—Tenemos canales para hacerlo saber a quién corresponde —intervino—. Descuiden, ese mesero no va a trabajar más por esta noche, aquí no se toleran los errores, a pesar de que parezca lo contrario. Recuerden, no señalar, no despotricar, no invadir el espacio personal de otros o intentar hablar sobre ellos.

Sam resopló, aunque quedó, y Santo rio por lo bajo, gesto que Cillian no pudo evitar acompañar. La pequeña traductora tenía brío y perdía su timidez cuando su tarea estaba en juego.

—Hay un gimnasio y un spa. Y una piscina —dijo Conrad—. Mañana veré de conocerlos.

—Sí, el spa tiene dos mil quinientos metros cuadrados, y conviene reservar si desean acceder a algunas de las terapias y programas especializados. La piscina es de treinta metros —Cillian la

miró, encantado de cómo lo sabía todo y los guiaba, haciéndose el centro de la reunión sin proponérselo, demostrando lo necesaria que era su presencia—. En cuanto al gimnasio, recuerden que deben dejar su calzado afuera y llevar otro para estar en las instalaciones. No pueden filmar o poner música, y cuiden de limpiar cada aparato al usarlo, así como guardar las pesas que usen.

—Puf, cuántas normas —gruñó Sam.

—Es lo lógico, pero llevado un poco más al extremo —agregó Santo—. Supongo que no dejarás los equipos cargados cuando haces tus ejercicios en Estados Unidos.

—Mm —contestó, sin comprometerse, y la llegada de las bandejas con la comida lo salvaron de contestar algo más contundente.

—Esto se ve exquisito —indicó Cillian, e hizo un gesto para que comenzaran.

No perdió de mirar de soslayo a Ágata y apreciar cómo ella organizaba su plato en cuadrados y cortaba su comida en perfecta geometría. Manejaba los palillos con gran habilidad, cosa que no podía decirse de los demás, pero esto no incidió para que todo fuese consumido con gruñidos de satisfacción.

## OCHO.

Ágata despertó confundida, la cabeza algo nublada por un punzante dolor de cabeza, y se quejó bajito mientras llevaba sus dedos a las sienes y masajeaba los puntos con movimientos circulares, sin abrir los ojos.

El desfase horario la afectaba aún, y su reloj interno no se acompasaba con el horario, y su estómago la había molestado durante la noche. Eso estaba mejor, decidió, abriendo un ojo y luego el otro, hasta que pudo mantener ambos enfocados. Se sentó en el lecho y estiró los músculos con lentitud, sin forzarlos, mientras consideraba qué hacer.

De habitual, un poco de ejercicio iba muy bien, y la idea de aprovechar la piscina se le antojó más que interesante. Sí, decidió, bostezando y colocándose las pantuflas, esa era una buena idea. Es temprano, los demás deben estar durmiendo todavía, consideró.

Se abocó a realizar su rutina de cuidado de la piel y luego vistió su bañador, contenta de la decisión de haberlo traído. Adoraba nadar y no siempre podía hacerlo, generalmente esto ocurría en los viajes de trabajo. Estaba segura de que la piscina de este hotel tenía que ser espectacular.

No podía ser menos. El lobby, los ascensores, los pasillos, la vista, todo era maravilloso. ¡Esta habitación! Enorme, con una cama gigante, edredones soñados, sofás cómodos, iluminación y decoración perfectas, provisión de productos de higiene muy buenos. No había estado en un hotel tan lujoso antes, y no quería imaginar cuánto costaría a los O'Malley esta semana en Tokio.

Ordenó su cabello con precisión, su moño apretado y práctico para facilitar la colocación de su gorra de baño, se observó en el espejo, procurando que no hubiese nada reprensible en su aspecto, y se envolvió en la bata, tras lo cual accedió al ascensor que llevaba al piso donde estaba la piscina.

Como pensó, no había nadie, y le deleitó la posibilidad de tener ese espacio para ella. Se apuró a dejar sus posesiones en los lugares apropiados y se hundió en el agua con un suspiro de satisfacción, procediendo a nadar con creciente fluidez a medida que sus músculos y miembros se acomodaban al entorno.

Su cuerpo se abocó al ejercicio, dirigiendo sus movimientos y controlando la respiración, concentrada solo en nadar, sin preocuparse por estilos o forzarse más allá de lo conveniente. Su límite eran quince largos, y los cubriría sin apuro, apuntando a la técnica más que a la cantidad de metros.

Estaba en la mitad de su recorrido cuando escuchó voces, y elevó brevemente su mirada. Cillian y Santo estaban quitándose las batas, y Ágata tragó un poco de agua al abrir su boca grande por la impresión. La ingesta la hizo toser y llevó lágrimas a sus ojos, y cuando escuchó el golpe de un cuerpo en el agua y luego otro, trató de recomponerse.

Tarde, porque ya los dos la rodeaban y le preguntaban si estaba bien, si necesita salir, si tenía

un calambre. Negó, nerviosa y con ganas de darse una hostia por haber llamado su atención.

*No te culpes, tía. ¿Cómo no atorarte con esos cuerpos tallados a mano frente a tus ojos? Eres una mujer con sangre en las venas.* Le alegró comprobar que se había levantado con un ánimo elevado y se perdonaba el desliz.

Joder, estos dos... Les sonrió y aseguró que estaba bien, que fueran a lo suyo, y continuó nadando como si no tuviese una preocupación. Al terminar el largo, decidió detenerse a descansar, y si sus ojos se posaron un poco más de lo necesario en la flecha que era Cillian O'Malley en el agua, apreciando los brazos, torso y piernas que afloraban del agua como si fuesen una fiesta visual, se dijo que era natural.

Sí, Santo era también impactante, pero era más compacto, más grande, más... Joder, era un maromo imponente, pero a ella la ponía mucho más Cillian, que se le iba a hacer. Y que Santo sonriese y lo advirtiese, guiñándole un ojo cuando la vio casi babear en admiración, la hizo ruborizar por completo.

*Anda, sal del agua y cúbrete, que no te vean, que de seguro se te nota toda la celulitis.* Esto de tanta iluminación natural es bueno, pero las imperfecciones resaltaban.

Cuando estaba en el proceso de salir, apareció Sam y la calma que había disfrutado y que le había hecho tan bien para eliminar su dolor de cabeza desapareció.

El gilipollas se pavoneó delante suyo, y ella procuró hacerse la distraída y cuando se tiró al agua, se elevó sobre sus brazos y salió de la piscina, cubriendo la distancia hasta su bata en tiempo récord.

—¡Ey, Ágata, no te vayas aún!

Cillian elevó su voz desde el borde de la piscina y detuvo su precipitada huida, haciendo que lo mirara justo cuando salía con la gracia de un miembro de un equipo olímpico.

El agua corriendo por su rostro y pecho bien formado, con pectorales perfectos y un abdomen donde contó no seis sino ocho divisiones que eran la perfecta impresión de una tableta de chocolate, y que llevaron saliva extra a su boca y creó pinchacitos incómodos en su coño.

La sonrisa brillante y el ademán despreocupado con el que se quitó la gorra y vino a ella no ayudaron a su compostura. *Pase lo que pase, no mires abajo*, se instó, dispuesta a declarar traidores a sus ojos si osaban siquiera mirar indecorosamente el bañador húmedo que se pegaba a sus caderas y pelvis.

—Hola, buenos días. ¿Cómo dormiste? —le inquirió, sin dejar de sonreír, mirándola con curiosidad.

—Bien, algo afectada por el jet lag, pero nadar me ha despejado.

—Sí que viniste temprano. El agua está perfecta, y nadar con ese panorama detrás es un subidón.

Estaba de un humor excelente, y su simpatía y amabilidad la permearon. Anda, tonta, es un

hombre sociable y agradable, no te dejes apabullar por tu parquedad. Es solo conversación básica.

—Sí, es precioso. El hotel es magnífico.

Él se acercó un pelín más, y ella procuró no dar un paso atrás como una tonta sin mundo.

—¿Ya desayunaste? —le preguntó, y ella negó—. Perfecto, hagámoslo juntos. Sam estará aquí un rato y eso nos dará un rato de tranquilidad —le guiñó un ojo, y ella sonrió levemente, encantada.

El abogado era un gilipollas que le ponía los nervios de punta, y que el jefe lo reconociera veladamente era un subidón. Además, la perspectiva de compartir tiempo con él era ... agradable. Porque tienen temas que tratar. Hay aspectos que no cubrimos y podrían ser de utilidad.

—Deme unos quince minutos y me reúno con usted en el restaurante.

—¿No me vas a tutear, siquiera cuando estamos solos?

Ella hizo un mohín.

—Preferiría que no. Es lo mejor para que no haya confusiones, ya lo dije...

—Sí, sí, las jerarquías —él rodó sus ojos—. Para que quede claro, me importan muy poco.

—Lo son todo en esta cultura. Es importante ...

—No haré nada que no consideres adecuado, Ágata, te lo aseguro —indicó, la voz bajando un pelín y adquiriendo ese tono rasposo que era tan sexy.

Se dio la vuelta y se alejó sin decir más, temerosa de que lo que él la afectaba fuese evidente. ¡Qué poco mundo que tenía, joder! Era estar unas horas al lado de un maromo y le temblaban las piernas y se le colaban todo tipo de ideas inconvenientes.

++++

La observó marchar y esbozó una sonrisa. Al menos comenzaba el día con una imagen agradable, consideró. Lo que pudo ver de Ágata en bañador, escasos segundos, era muy bonito. Si ella no hubiese corrido a su bata como si fuera Usain Bolt, habría tenido más oportunidad de disfrutarla.

—El agua está bien, aunque podría estar más tibia —escuchó detrás, y la idea de que este cateto de Sam también la hubiese podido mirar lo hizo reconsiderar su idea.

—Si estuviese más tibia, sería un sauna en lugar de piscina —retrucó Santo con un gruñido, avanzando con brazadas perfectas por el carril central.

Cillian meneó su cabeza y fue por su bata, dispuesto a dejar detrás a estos dos, apurado por el desayuno y la perspectiva de charlar a solas con Ágata. Estas oportunidades no se darían a menudo, y quería repasar algunos aspectos, además de que tenía curiosidad por saber más de ella.

—¿Ya te vas? Apenas sí nadaste dos largos —le dijo Santo desde el borde, la ceja levantada

—. ¿Hay algo en la agenda que no conozca?

—No, tranquilo, quédate el tiempo que desees. Voy a desayunar.

—Uhú. De seguro y por casualidad te vas a encontrar a Ágata sola —le dijo, y comenzó a nadar de espaldas antes de que pudiese contestarle algo.

Sabelotodo molesto, pensó, pero lo ignoró. No le llevó más de diez minutos acicalarse y estuvo en el restaurante en un abrir y cerrar de ojos. Pidió café y decidió esperar para hacer otra elección.

Ágata llegó unos minutos después, su cabello trenzado al costado y cayendo por sobre un hombro, embutida en una falda tubo blanca y una blusa en colores pasteles que le sentaban de maravilla a su cutis claro y sus ojazos. La vio avanzar y sonrió, contento de poder disfrutar de su compañía.

No se molestó en evaluar por qué ella lo convocaba y lo hacía sentir tan a gusto, pero lo cierto es que esa era una sensación creciente, y no tenía suficiente de ella.

Habituado a moverse en un ambiente donde lo rutinario eran las interacciones pensadas, planificadas, y eso regía tanto los negocios como los encuentros con mujeres, respirar la naturalidad y espontaneidad de Ágata era renovador.

Podría pensarse que el que ella fuese tan compuesta y formal en ocasiones iría en contra de esta idea, pero Cillian comenzaba a ver detrás de su fachada y armadura, y lo que atisbaba le gustaba. Apelaba a su esencia.

Se incorporó y se adelantó al mesero para correr la silla y permitir que ella se sentara a su lado. Ella sonrió con timidez, pero agradeció. Cillian ya se había dado cuenta de que le gustaban esos detalles que se podían considerar de la vieja escuela, y que algunas mujeres hoy día rechazaban en pos de la mentada igualdad de géneros.

Él apoyaba la idea de la equidad, por supuesto, pero no veía nada de malo en la galantería. Algo en la manera en la que Ágata respondía a esto le contaba de una mujer que los había visto poco, y Cillian se preciaba de ser intuitivo.

—Gracias —agradeció ella.

—Por favor, un placer.

Ella aclaró su garganta y se removió en su asiento, y luego lo miró. Ese rostro crecía en él, decidió, y esos labios bien dibujados y pulposos definitivamente podían originar malas ...no, buenas, muy buenas ideas.

—¿Ordenamos?

—Esperé por ti. Confío en ti para que me elijas algo sustancioso y sabroso para comenzar el día. Lo que elijas será perfecto.

Ella parpadeó y un ligero rubor se extendió por su faz, y Cillian tragó saliva, súbitamente entendiendo algo. Las veces que le había hecho comentarios que ensalzaban sus conocimientos

ella reaccionó igual.

Praise kink. Fetiche por los elogios. Oh, joder, lo que podría hacer él con eso si ella... *No, Cillian, no. Frena, frena. Ella es tu empleada, tiene una función aquí y no es sexual.*

La observó y escuchó hablar con el mesero, y luego la sonrisa luminosa y algo orgullosa lo tuvo como destinatario. Ahí estaba, Ágata florecía con sus palabras amables y se distendía.

No tenía el corazón para no continuar con ello si contribuía a que esta flor bonita se abriera. *Muy empático y solidario de tu parte*, le pareció escuchar a Brian en su oído.

No pasaron unos minutos que tuvieron ante sí una variedad de pequeños recipientes con arroz, pescado, vegetales, huevo duro y otros alimentos que no reconoció, pero que ella le fue describiendo.

—Un desayuno típico, pleno de proteínas y nutrientes para enfrentar el día. Esto es tempura, o tofu frito. Tamagoyaki —señaló el plato que parecía contener una pequeña tortilla—. Tsukemono, o encurtidos de pepinillo, rábano y berenjena. Sopa, que ayuda a la digestión. Y por supuesto, infaltable, el té.

Comenzaron a dar cuenta de los alimentos y Cillian admiró la manera elegante en que ella iba consumiendo las pequeñas porciones que masticaba con lentitud y acompañaba con té. Los movimientos de sus dedos, de su boca y de su garganta se le hacían hipnóticos.

—¿Le gusta?

—Es saludable y está muy rico. Extraño un poco de tocino y más café, no voy a negarlo, pero me gusta el cambio.

—A mí me encanta. El pescado es mi carne favorita, y me gusta mucho la presentación y el balance de colores y texturas de los platos japoneses.

Asintió, y por unos segundos hubo un cómodo silencio que ninguno pareció tener urgencia en romper. No era habitual que le ocurriera, francamente, salvo cuando estaba con Brian y ambos trabajaban lado a lado sin hablarse, sabiendo que estaban y contaban uno con el otro.

—La reunión de esta tarde... —comenzó él.

—Deberíamos hablar de ... —señaló ella al mismo tiempo, y los dos sonrieron.

Justo entonces, y como un gong que rompía un instante preciado, el móvil de Cillian cobró vida. Miró la pantalla y respondió de inmediato al ver que era la asistente del CEO de Shimiso.

—Hola.

—O'Malley —san, buenos días —saludó el hombre en un inglés impecable—. Espero que haya tenido un buen viaje y esté disfrutando de la estadía en nuestra ciudad.

—Así es, gracias.

—Shimiso —san desea que sepa que está muy feliz de poder reunirse con usted y sus colaboradores, pero lamentablemente ha surgido un inconveniente temporal que hará imposible que la reunión de esta tarde se pueda efectuar.

Cillian elevó una ceja y comenzó a considerar qué podía estar pasando.

—Oh, eso es lamentable. ¿Algo en lo que pueda ayudar?

—No se preocupe, no es nada grave, pero sí un inconveniente. Hemos considerado mover la agenda para que la reunión se efectúe mañana.

—Eso está bien por mi —contestó.

—Perfecto. Vuelvo a repetirle nuestras disculpas, y como manera de compensarlo, hemos contratado a la mejor agencia de Tokio para que puedan disfrutar de un tour por nuestra ciudad. En una hora tendrán locomoción en el hotel con guías.

—Muchas gracias, aprecio la generosa oportunidad que de seguro disfrutaremos.

Respondió a la cortés despedida y se encogió de hombros ante la mirada curiosa de Ágata.

—Cambio en la agenda.

—Vaya, eso no es habitual —frunció el ceño ella, su naricilla arrugándose con delicadeza, y Cillian observó la nube de pecas que la coronaba.

Encantadora, pensó, y luego volvió a concentrarse.

—Eso pensé —se mesó el cabello—. Pasa para mañana, y nos obsequian un tour por la ciudad como forma de resarcirnos —Ella sonrió, obviamente encantada con la perspectiva—. Imagino que tienes sugerencias.

—Algunas, sí. Si hay margen para estas y el tour no está organizado al detalle, me parece una bonita oportunidad de conocer lo más famoso de Tokio. No es que no crea que los guías no lo van a considerar, pero a veces estos paseos pretenden visitar muchos sitios y están muy poco tiempo en cada destino. Se me ocurre que es mejor pocos pero bien típicos, y con tiempo de calidad en ellos.

—No lo diría mejor, me parece fantástico —sentenció, y ¡oh, delicia!, ella volvió a ponerse como la grana.

Joder, su cuerpo comenzaba a reaccionar al estímulo de esta bonita y poco común mujercita con trazas de fetiches que de seguro no reconocería como tales. Esa ingenuidad que parecía desprenderse de ella también lo llamaba, por cierto.

Lo que le pasaba no era típico, para nada. Cillian no era un mujeriego en busca de constante aventura, a pesar de que disfrutaba del sexo y la seducción. Pero cuando dejaba libre su lado más carnal, de habitual iba por mujeres liberales, con experiencia, sin inhibiciones.

Lo suyo no era un fetiche por la castidad o la timidez, para nada. Ágata parecía tener bastante de esto último, aunque ignoraba su experiencia sexual. Considerando su TOC y lo ansiosa que se ponía, empero, no debía ser larga. Por qué esto, que en otro momento lo hubiese girado en la dirección contraria, hoy lo atraía, no lo entendía.

Bajó la vista y se abocó a beber el té, procurando domar a su polla, que se rebelaba y no respondía a comandos que de tradicional funcionaban. *No conviene. No es el momento. No es*

*adecuado y solo puede terminar en desastre.*

—Me parece que ....

El ruido de pasos y la agitada conversación les hizo atender a la entrada, y como no, el que llevaba la dirección del diálogo era el abogado. Contuvo la sonrisa al notar que ella hacía un mohín, pero no hubo más tiempo para conversar a solas.

—Estoy hambriento, podría comer un cerdo entero —dijo en voz alta, y Cillian entrecerró sus ojos ante la expresión seria de Ágata.

—¿Necesitan que les ayude a ordenar?

—Nah, no puede ser tan difícil pedir café —respondió el cabrón, que elevó su mano y la agitó para llamar al mesero—. Acá todos dominan el inglés, por lo que se me ocurre que no vas a tener mucho trabajo.

Santo hizo un sonido molesto y se sentó al lado de Ágata.

—Yo sí quiero que me ayudes, Ágata. No quiero terminar comiendo gato —susurró, y ella rio bajito.

Cillian no se sintió para nada impresionado con la postura de su guardaespaldas, a su gusto invadiendo el espacio personal de Ágata.

—Café, tocino, huevos revueltos, panqueques —dijo Sam, y el mesero hizo algunas reverencias y se disculpó, haciendo saber que no había panqueques ni huevos ni tocino, ofreciendo los alimentos que ellos acababan de consumir.

Sam resopló y miró a Ágata, esperando, pero ella continuó tomando su te sin molestarse en decir una palabra, y tanto Cillian como Santo distendieron sus bocas.

—¿Y bien? —gruñó Sam.

Ella elevó su ceja e hizo su cabeza a un lado.

—¿Me habla a mí?

—Eres la traductora, hasta dónde sé —gruñó.

—¿Quiere decir que sí necesita mi ayuda? —inquirió con voz suave y un gesto de inocencia que Cillian no compró ni por un segundo, pero que le pareció satisfactorio.

La pequeña Ágata tenía garras, bueno saberlo.

—Justifica tu salario, querida —agregó el abogado, con un tono desagradable que no falló en hacer que el rostro de Cillian se pusiese muy serio.

—Ella no tiene que justificar nada ante ti, Sam —agregó, serio—. Conviene que recuerdes que la labor de Ágata es de gran importancia aquí, y no toleraré exabruptos.

El abogado asintió, molesto, pero procurando esconderlo. Ágata comandó al mesero para que trajera los alimentos, pero se sumió en el silencio y no pasaron cinco minutos que se disculpó y se retiró.

—Ágata, selecciona los puntos que consideres más interesantes y en una hora nos vemos en el

lobby. Le haré saber al contador.

Ella asintió y se incorporó, y Cillian comenzó a poner en antecedentes a los otros dos del cambio de planes. Cuando ella estuvo fuera de la vista, se detuvo, y miró a Sam con dureza.

—Deja de comportarte como un cateto, Sam. No sé a cuento de qué viene ese encono con Ágata, pero estás siendo grosero y no lo voy a permitir, ¿me oyes? Contrólate. Sé que eres muy bueno en lo tuyo, pero si continúas ignorando lo que ella señala como aspectos a cuidar, entre ello el volumen de tu voz y tus gestos dramáticos, vas a joder el negocio, y si crees que yo soy jodido, no conoces a Aidan o a Liam Turner.

—Lo lamento, no es mi intención aparecer como un gilipollas —sentenció, los dientes apretados—. Es el jet lag, me pone gruñón y sin filtro.

—Pues aprovecha el día y descansa, tío —gruñó Santo.

—Quiero conocer Tokio —dijo—. Pero voy a comportarme.

*Más te vale*, pensó, su cabeza ya en la conversación que tendría con Brian y Aidan. No quería adelantarse, pero si el cambio en la agenda y la demora tenía algo de fondo, quería saberlo.

## NUEVE.

— ... construido sobre el anterior castillo Edo, el Palacio Imperial se convirtió en el hogar permanente de la Familia Imperial en 1869, aunque la construcción del nuevo se completó en 1888. Fue destruido durante la 2a. Guerra Mundial, pero se pudo reconstruir en el mismo estilo.

La voz de la guía desgranaba las características del edificio imponente que era su primer destino en el tour, y Ágata estaba encantada, sentada en la delantera del largo y funcional vehículo que la agencia de turismo había proporcionado.

Había elegido cuatro lugares y así se lo hizo saber a quien les guiaba, que era un hombrecito de mediana edad con un dominio correcto del idioma y que necesitaba su ayuda solo para traducir términos complejos. Esto le daba espacio para disfrutar del paseo e imbuirse en la historia, la cultura y la magnificencia del paisaje.

—Vamos a bajar aquí —señaló el guía a la par que el vehículo se detenía—. Esta es la plaza Kokyo Gaien, y desde aquí se aprecia una preciosa vista del Nijubashi.

—¿Y eso qué es? —indagó el contador mientras lideraba la marcha.

—Son dos puentes que forman la entrada al interior del palacio. Al puente de piedra se le llama Meganebashi porque tiene una forma parecida a la de unas gafas.

—¿Podemos ingresar? —inquirió Cillian, y tanto Ágata como el guía negaron.

—Me temo que eso es posible solo en ocasiones puntuales. El 2 de enero, Hatsumode...

—Es la primera visita que se hace a un santuario al comenzar el nuevo año —completó Ágata, y el guía asintió.

—Exacto. El 23 de Diciembre, día en que se celebra el cumpleaños del Emperador, los visitantes pueden entrar y ver a los miembros de la Familia Imperial que suelen hacer varias apariciones en público saludando desde el balcón.

—Eso es un remanente del pasado —gruñó Sam—. La mejor forma de gobierno es la república y la forma democrática.

El súbito silencio y los ojos desmesurados del guía y de la misma Ágata señalaron la torpeza del abogado sin que hubiera necesidad de algo más. Ella buscó algo inteligente qué decir que opacase la enorme metida de pata del cateto, que parecía empecinado en implosionar todo.

—Siempre he sido admirador de las tradiciones japonesas, y el Trono del Crisantemo tiene una historia legendaria. El Emperador representa al Estado y a las más caras tradiciones japonesas. Implica unidad y lazos con el pasado. Occidente debería tener más memoria —intervino Cillian, para alivio inconmensurable de Ágata, y que esto fue bien recibido se manifestó en el aflojar del guía.

—Así es —afirmó ella—. La figura imperial es de las más añejas del mundo.

—Exactamente —carraspeó el guía, empeñado en ignorar a Sam, que estaba serio y había algo de grana en su rostro.

El gilipollas no había medido sus palabras y recién se percataba. *Jodido idiota*, pensó Ágata, *espero que haga un voto de silencio en las reuniones como no sea para leer documentos legales*. Era una amenaza.

Contemplantaron la entrada unos instantes mientras se realizaban precisiones arquitectónicas sobre el Palacio, y ella sintió más que vio la presencia de Cillian a su lado. Estuvo segura, como si fuese capaz de percibir el aura o energía que lo rodeaba. *¿Aura, Ágata, de verdad?*

—Jodido trabajo nos está dando Sam, ¿eh? —le susurró, y ella juraría que los imperceptibles vellos de cada porción de su cuerpo del cuello para arriba se pusieron en alerta.

Esa voz grave y sexy, esa fragancia que se colaba en sus narinas y la arrebatava, el calor que su cuerpo desprendía, que ahora la traspasó, porque él colocó su mano en el bajo de la espalda femenina. Si un ser humano pudiese convertirse en un montoncito de gelatina a los pies de otro, ella sería eso en este instante, decidió.

La habitual ansiedad que la cercanía y el contacto físico de otros le ocasionaba no existía a su lado, pero eso no era extraño. Ella estaba encandilada por Cillian O'Malley, ese era un hecho incontrovertible. La tarea que restaba era no actuar en consecuencia y quedar como una tonta, porque de seguro era algo unilateral.

—¿Estás bien? —le preguntó, porque su leve estremecimiento no fue imaginario, y ella asintió, separándose para ir tras el guía, que ya los guiaba hacia los jardines.

—Sí, sí, salvaste el momento con tu intervención. Debí intervenir, pero no podía creer lo que dijo.

—No tiene filtro. Por fortuna su trabajo es impecable. Solo debemos mantenerlo alejado del CEO y su séquito. Wow, esto es hermoso.

Lo era, pensó ella, maravillada, observando alrededor. El césped cuidado con primor en verdes variados, los árboles cortados a la perfección con formas increíbles, y los jardines mantenidos al detalle no era solo algo que encantaba visualmente, sino que también representaba la perfección, y por tanto a lo que la realeza pretendía transmitir.

—Me fascina la capacidad que tienen de conectar la naturaleza con los espacios habitados por el hombre —murmuró Santo, y ella sonrió, pensando que el guardaespaldas tenía una veta romántica debajo de todo ese músculo.

—Estamos en una época del año magnífica para apreciar los colores de la naturaleza. Les recomiendo que visiten el Foso Chidorigafuchi. Es uno de los lugares más bonitos para el hanami en Tokio.

—¿Eso qué es? —preguntó Cillian, pero el guía ya iba adelante.

—Observar la belleza de las flores —le dijo—. En especial, el de los cerezos, que en abril

están en su máxima expresión. Es de una belleza arrebatadora, lo he visto en imágenes.

—Uhú —contestó él, y Ágata supo que lo había perdido.

Sí, contemplar las flores no debía ser lo que un millonario como O'Malley hacía por diversión. La curiosidad la ganó. ¿Qué haría él en su tiempo libre? ¿Tenía algún hobby, practicaba deportes? ¿Había... Había alguna mujer que pasaba esos instantes con él?

Probablemente, concluyó. Un hombre tan buen mozo y con tantas cualidades debía tener una larga fila de mujeres perfectas esperando. No existe la perfección, Ágata, recuérdalo. Solo quienes se ponen mejores fachadas.

*Si al menos pudieses arreglarte un pelín, con algo de gracia y garbo, podrías conseguir a alguien que te mantenga, Ágata. Enderézate, sonríe, deja de tartamudear, ponte una falda más corta, un pantalón más ajustado. Maquíllate... Y el consabido No tiene caso. Nunca serás lo que espero de ti.*

Viejos dolores en forma de palabras se le presentaron, y se detuvo, mirando el agua que corría con mansedumbre, acariciada por la brisa suave. Podía ser que no estuviese a la altura de lo que su madre pretendía, pero estaba en Tokio, tenía un trabajo importante que pagaría genial, y podía ver lo que siempre había querido. No todos lo lograban, así que no estaba mal.

Claro que no, Ágata. Has trabajado duro, te superaste, los dejaste atrás... Eso no era tan así, pero físicamente estaba a miles de kilómetros, aunque las finanzas los ataran. Detalles. No tenía el picoteo descontento recibéndola cada vez que abría la puerta, y la soledad de su apartamento era bienhechora.

—Ágata, ¿vienes? —la voz de Santo interrumpió su charla interna, y ella asintió, avanzando hacia el grupo, desde el cual Cillian la miraba con curiosidad.

Había elegido la segunda parada entre varias opciones, y además de que era super interesante y un gusto personal, no tenía duda de que el valor histórico y cultural además de simbólico sería apreciable por los cuatro hombres de la delegación.

—El Museo del Samurái —dijo el guía, y las sonrisas de Santo y Cillian fueron lo que esperaba, pero Sam y el contador no se quedaron atrás.

La recorrida les permitió apreciar artefactos antiguos como armaduras Samurái, cascos y armas, y era impactante. El guía se lució explicando las características del espíritu Samurái, cómo luchaban, quiénes eran y en qué creían.

La parte más divertida fue que se podía tomar fotografías y había disfraces disponibles, y a pesar de que el abogado la ponía de los nervios, no pudo parar de reír ante su excitación al vestirse como un guerrero samurái y al observarlo posicionarse como uno.

Las chanzas de los otros no le hicieron mella, y cuando tuvo sus imágenes en mano, las observó con orgullo y les hizo un gesto de que no le importaba nada. Tuvieron suerte de llegar en uno de los horarios en que se ofrecía un espectáculo que recreaba un combate y lo disfrutaron.

Santo compró una katana, y ella y Cillian se sentaron a conversar en un banco mientras esperaban que se procesara el pago de otros objetos que el contador, el abogado compraron.

—Me impresiona ver lo añeja que es esta civilización. Impone y nos obliga a ser más humildes. Los americanos tendemos a pensar que somos el centro del mundo.

Asintió. Solía considerarlo, y si bien no había tenido la oportunidad de viajar por el mundo, leer e investigar, actividades que su curiosidad potenciaban, le había dado perspectiva. Observó de reojo al millonario.

—Supongo que has viajado mucho, eso debe haberte dado una visión más amplia que el común de la gente.

—He tenido esa fortuna, sí —asintió—. Pero confieso que es la primera vez en la que tomo un tour y me dejo permear por lo más característico del lugar donde visito. Algo que debo agradecerte, porque me está gustando muchísimo.

—El retraso en las reuniones al menos se compensa con esto.

Él asintió, y su mano se posó en su rodilla, de manera casual, mientras su rostro mostraba que se había distraído. El leve latir de su sien le indicó que no eran pensamientos leves los que lo llenaban.

—Mm... ¿Está todo bien? —le preguntó, indecisa.

Su rol era claro y no quería mostrarse como una metomentodo. Él la miró y asintió.

—Eso esperamos. A mis hermanos y a Liam Turner se les hizo extraño este movimiento en la agenda. No es usual.

Ella lo consideró, y asintió.

—No lo es. Pero incluso las previsiones más rígidas y las estructuras más regladas están sometidas a los emergentes.

—En eso tienes razón. Eres muy inteligente, Ágata, me gusta hablar contigo.

Joder, lo que le hacía a su vapuleado yo interno ese tipo de halagos. Sanaba algo dentro de ella, reforzaba su autoestima. Algo no estaba bien en ella que necesitaba que lo hicieran, pero se permitía esa licencia sin juzgarse, considerando los abusos verbales que había sufrido la mayor parte de su vida.

*No está mal que te guste y te calme que te hagan saber lo bien que haces las cosas, lo bueno de tu trabajo, el cambio positivo que provocas cuando actúas*, le solía decir su terapeuta, y se esforzaba para aceptarlo.

Las siguientes dos horas estuvieron ocupadas con la visita al parque Ueno y la apreciación de las distintas atracciones que allí había, como el Museo Nacional, el de Arte Occidental, y el de Ciencia Nacional, así como el primer jardín zoológico. Los estímulos visuales eran increíbles, la mezcla de lo antiguo con lo contemporáneo era hipnótica y tenía a todos encantados, e incluso Sam la felicitó por la selección de lugares.

La última parada fue en la Tokyo Skytree, una gigantesca de 634 metros de altura, que sobresalía en el horizonte. El subidón que le produjo la vertiginosa subida en ascensor la dejó alelada; en cincuenta segundos los llevó a 350 metros de altura, y allí accedieron al mirador Tembo Deck, que permitía una vista de 360 grados.

Casi pegó la nariz al vidrio para apreciar el horizonte, en el que el Monte Fuji destacaba recortado en el celeste del cielo y blanco de las nubes. En esta imagen y este momento se condensaban una parte de sus sueños, pensó. Estar aquí se sentía increíble.

—El corolario perfecto para un paseo completo y muy bonito —dijo Cillian, y ella se despegó de la visión para observarlo, y asintió.

—Estaba pensando algo parecido —dijo en voz baja, volviendo a mirar al exterior y separándose para no volver a sentirse atraída como una tonta embelesada.

El guía los convocó y se reunieron para emprender el viaje de retorno al hotel, y al llegar se dispersaron, satisfechos pero cansados. Ella sentía que sus pies la estaban matando, pero a la vez estaba colmada. Había sacado muchas fotografías, y envió una selección a Minerva, que no estaba en línea, por la diferencia horaria.

Luego se abocó a mimarse y a disfrutar de las prestaciones de la enorme bañera y de las sales, y se relajó por media hora. O lo intentó, porque la imagen de Cillian se le filtró una y otra vez. Y con él una necesidad intensa de encontrar salida a la libido acumulada en estos días.

La bata absorbente la secó al instante, y la dejó caer a sus pies, caminando hacia el lecho, en el que se acostó de espaldas, y suspiró de gusto al sentir la sedosidad de las telas del edredón en su espalda.

Su mano derecha acarició su piel, bajando por su escote, sus dedos dibujando el contorno de susaréolas, y la piel se le erizó. Sus senos eran pequeños pero muy sensitivos. Continuó hacia su pelvis y envolvió su sexo, apretando levemente la colina, perfectamente depilada, y su índice y mayor trazaron una línea recta por encima de su vulva.

Se mordió el labio y lanzó un gemido al tocar el clítoris, en el que concentró sus esfuerzos, redondeando el pequeñísimo bulto una y otra vez, excitando a su cuerpo y creando un ritmo que elevó el placer y llevó calor a su piel y la enervó.

A la vez que sus dedos trabajaban, su mente afiebrada creó imágenes acudiendo al banco de la memoria. La sonrisa algo torcida y la voz grave de Cillian O'Malley sonó en su cabeza, y cada estímulo que él había logrado en ella pareció potenciarse y juntarse.

Sus miembros poderosos y músculos tonificados. Su abdomen perfecto y el bulto que el bañador mojado no disimulaba. El aire tibio que su boca hacía llegar a su oído las veces que le susurró, el aroma sensual de su perfume, la seguridad que exudaba, todo la envolvió y su mano actuó en consonancia, hasta que finalmente se corrió, su cuerpo temblando de placer.

Respiró con agitación, las hormonas aún llenándola, pero progresivamente su cuerpo se aflojó

y distendió, un grato cansancio completándola. Se incorporó para buscar toallas húmedas y alcohol en gel, y se limpió manos y coño con suavidad.

Lo que invadió su mente entonces no fue la culpa, sino la preocupación. Lo primero, había sido superado años atrás. Si había sido criada en la convicción de que el sexo era solo para procrear, esto había sido dejado de lado por una terapia sana que la alentó a descubrirse.

Su madre veía el sexo como una actividad necesaria para tener hijos, y en ese sentido lo que no encajara era negativo. Por ello la abrumó por años con la necesidad de mantener su virginidad hasta que llegara el adecuado, aspecto que boicoteaba por otro lado al señalar que ella no valía la pena.

Cuando Ágata se transformó en una mujer y sus primeros devaneos la llevaron a descubrir besos, abrazos y la necesidad creciente en su coño, la culpa la rodeó. Incluso la pérdida de su castidad, en un apurado encuentro con el que creyó el amor de su vida, fue vivida con remordimiento, y con el terror de quedar embarazada y ser el escarnio de la familia.

El conseguir su diploma y viajar, conocer a otras personas y mujeres que disfrutaban del sexo sin limitaciones le abrió la cabeza, y la terapia, que ella encaró para su trastorno, también colaboró en esto.

*A ti que te gusta encontrar un motivo para todo y el hacer listas, haz este ejercicio, le había dicho la psicóloga. Busca todas las razones favorables que puedas para justificar la autosatisfacción sexual. No sientas temor ni lo creas un pecado. Masturbarse, sí, así como suena, descarnado, tiene puntos a favor.*

Lo había hecho, y los pros superaban largo y tendido a los contras, que no encontró, salvo criterios religiosos. Los items estaban grabados en su memoria:

- ✓ Te permite descubrir tu cuerpo y sentirte cómoda y libre con él.
  - ✓ Es una manera óptima para la relajación emocional y física, como lo puede ser un masaje de un spa caro.
  - ✓ Alivia la soledad,
  - ✓ no tiene costo,
  - ✓ liberas endorfinas, dopaminas y oxitocina que te pone de buen humor
- y por tanto ayudan a conseguir un subidón de forma natural.
- ✓ No tienes riesgo de contagiarte con una enfermedad venérea,
  - ✓ no te quedas embarazada.
  - ✓ Y ayudan al descanso, porque agotan.

Que no suplantaban al sexo en el que dos o más participaban, era cierto, pero eran un sustituto interesante cuando no existía ese otro. Ágata soñaba con un amor de esos que cambiaban la vida,

aunque sin explosiones. Un romance en el que fuera vista, considerada, adorada, y que fuera la base para una familia.

Una para la que tenía altas aspiraciones. Dos hijos o más. Una casa con jardines que fuese un hogar. Un esposo que la quisiera y la dejara ser, sin restringirla ni creerla tonta o rara porque necesitaba rodearse de estructura. Todo lo que no había tenido, en realidad.

Por tanto, masturbarse estaba entre sus hábitos, no diarios, pero si semanal. A veces con juguetes, pero había desechado el traerlos.

Lo que le generaba un pelín de preocupación aquí y ahora era el combustible de su orgasmo. Que la imagen de su jefe fuese la que la hiciese estallar en un orgasmo casi cósmico no era lo más saludable, lo tenía claro.

¿Por qué cojones no usó a Santo? ¿Por qué el guardaespaldas, guapo y puro músculo, además de gentil, no era su opción y le robaba miradas? Pues aquí tenía que coincidir con su madre, mal que le pesara. Buscas la salida complicada a todo, Ágata. Eliges mal, lo difícil, lo imposible.

Solo en este caso podía haber algo de razón, se dijo. Pero tampoco iba a enloquecer. Era un hombre guapo, interesante, no en vano robaba miradas donde fuesen. Maude, Minerva, incluso Cheryl y Shirley lo habían mencionado. No era extraño pues.

Simplemente era cuestión de no hacerlo algo común y de mantener distancias. Hacer su trabajo, ser eficiente y dejar conformes a sus clientes. Conseguir referencias y futuras oportunidades. Seguramente los negocios entre ambas firmas se repetirían.

Ella podría ahorrar, pagar por adelantado sus deudas. Trabajar en crear un poco de espina y nervio para hacer lo que era necesario y posponía: decir a su madre y hermano que ya no sería la fuente de sus ganancias y el banco para sus necesidades.

—Eso vendrá, susurró, los ojos apagándose y el cansancio finalmente ganándola. Una siesta larga se imponía. No había obligaciones hasta el otro día.

## **DIEZ.**

Cillian dio un salto y se tomó de la barra de dominadas, doblando sus codos para comenzar el ejercicio, que repitió por doce veces, concentrado y procurando activar los músculos correctos. La calistenia se había convertido en parte de su vida desde hacía dos años, sustituyendo a los aparatos.

Había comprobado que ganó en resistencia, agilidad, equilibrio y coordinación, y si sus músculos no abultaban como los de Santo, que se afanaba levantando muchos kilos a diez metros, eran compactos.

El gimnasio era espacioso y los aparatos estaban distribuidos sin aglomerarlos. Había una atmósfera de tranquilidad y la decena de personas que estaba haciendo ejercicio, todos extranjeros, estaban respetando al dedillo las indicaciones establecidas en varios carteles e idiomas. Todo lo que Ágata les había comentado previamente.

Comenzó su rutina de sentadillas, y su cabeza se abocó a recordar el bonito paseo que habían tenido el día anterior. Había sido sincero cuando expresó que no hacía turismo en los viajes que realizaba, no en la forma de excursiones guiadas, al menos.

Sí, visitaba algún museo de importancia de tanto en tanto, pero en general pasaba de plazas, parques o lugares donde la gente se amontonaba a tomar fotos. Lo suyo eran los sitios más exclusivos, pensó, y aunque sonó vanidoso incluso para él, haber nacido en una familia adinerada venía con un estilo de vida. Los O'Malley no eran de los que dilapidaban su dinero, pero lo disfrutaban.

Por ello la experiencia del día anterior había sido pintoresca, pero muy, muy agradable. Era factible que se debiera a vivirlo a través de Ágata. Se había dado cuenta al llegar, mientras descansaba previo a la cena, de que había prestado atención a los lugares y las descripciones, pero sus ojos habían derivado constantemente a la traductora.

Había bebido de las expresiones de deleite, asombro e interés que ella dejó traslucir en cada locación. No le cabía duda alguna de que ella consideró cada momento maravilloso, como el sueño que decía que este viaje era para ella. La noción de que estaba ayudando a cumplirlo lo entibiaba.

Se enderezó y estiró sus músculos, y se preparó para las flexiones. Las voces en la entrada lo atrajeron. Santo ingresó seguido de Sam, que ya venía monologando. Dios, que cateto tan cansino que era. Ayer había sentido deseos de asestarle un mamporro más de una vez, aunque hubo alguna ocasión en la que le provocó diversión también. Verlo en personaje samurái había sido risible.

—Buenos días, O'Malley —san —le dijo, y Cillian le devolvió el saludo con un menear de su

cabeza, sin dejar de flexionar—. Hoy es el gran día, ¿eh? Estos japonesitos no van a saber qué les pasó por encima.

Cillian detuvo sus movimientos y lo miró, adusto. ¿De verdad? ¿No quería gritarlo más fuerte? Este tonto tenía que tener personalidades disociadas. Era muy bueno en su labor, pero espantoso en la socialización.

*Por ello es abogado comercial y no penalista*, pensó. Haría que sus clientes fueran directo a la silla eléctrica de otro modo.

—Sam, cállate —gruñó, y este lo miró y se encogió de hombros, para luego dirigirse a la prensa de 45 grados.

—Solo espero tu autorización para caerle a mamporros —gruñó Santo, y Cillian sonrió.

—Es un gilipollas, pero lo necesitamos.

—Si tú lo dices... —indicó, encaminándose a la bicicleta fija, y Cillian sonrió al verlo intentando dominarla, pequeña como le quedaba.

Lo vio sonreír abiertamente, y frunció el ceño. ¿Qué provocaba ese gesto abierto en el cabrón guardaespaldas? Se dio la vuelta y vio que Ágata caminaba hacia las bicicletas. Pasó a su lado, le sonrió y saludó sin detenerse, y se encaramó en la estática al lado de Santo, al que saludó con calor y con el que comenzó a platicar. Eso lo molestó más de lo que quisiera reconocer.

No había nada que destacara de manera especial en Ágata, se dijo, repitiendo algo que ya había pensado. No era una belleza extraordinaria, ni tenía un cuerpo de infarto. Resopló bajito. Difícil saberlo debajo de esas ropas deportivas anchas que estaba usando, por cierto.

Comenzó a hacer zancadas, y aunque intentó no mirar, le fue imposible. Ella tenía su cara despejada sin los lentes, y los rasgos finos destacaban más. El cabello estaba recogido en un moño flojo que había dejado caer algunos mechones y reconoció que el look le sentaba. Descontracturada, sin tensiones, hablando fluida y sin una tensión, ella se volvía más atractiva, decidió.

¿Desde cuándo Santo gastaba tanto tiempo en la bicicleta? De habitual era solo para calentar, cinco minutos, pero estos habían pasado largamente. ¿Estaba el marrano interesado en Ágata? Entrecerró sus ojos, que clavó en el guardaespaldas. Sus miradas se cruzaron, y el cabrón esbozó un rictus de malicia que lo fastidió.

Habría que hablar sobre la inconveniencia de la confraternización entre el personal. No era bueno y conspiraba contra los resultados, distraía. Y tan confundido como estaba con las sensaciones nuevas que vivía estos días, estaba seguro de que el único que quería distraendo a Ágata era él.

La idea era ridícula, pensó de inmediato, y se colocó de espaldas para seguir con su rutina. No podía estar haciendo este tipo de consideraciones cuando su cabeza tenía que estar en las negociaciones que comenzaban esta tarde. Había mucho en juego, y representaba intereses muy

fuertes como para distraerse.

Tenía que repasar la estrategia. Volver a mirar las ofertas, releer los contratos. Ensayar las frases de cortesía que Ágata le había enseñado y las reverencias. Asegurarse de que las tarjetas estuviesen en el bolso de su ordenador portátil.

Se dio la vuelta, su cabeza por fin en el camino correcto, y realizó los estiramientos finales. Casualmente, su mirada volvió a las bicicletas, donde Ágata pedaleaba con ritmo, su cabeza meciéndose al ritmo de lo que sonaba en sus airpods. Santo ya no estaba allí. Bien.

Caminó de salida, pero se detuvo al pasar a su lado, y le sonrió. Ella parpadeó, y se quitó los airpods, uno de los cuales se resbaló de su mano, y cayó.

—¡Oh, pero qué torpe! —susurró ella, y Cillian se apresuró a ir a su lado y arrodillarse para tomar el pequeño objeto.

Al incorporarse, rozó la pierna de la joven, y luego su mano maniobró para colocar el auricular en la oreja de Ágata, con gentileza, sus dedos anular y pequeño rozando la fina piel detrás del lóbulo. Hubo un ligerísimo, casi imperceptible estremecimiento en ella, que se ruborizó.

Cillian sonrió, internamente encantado de provocar esa reacción en Ágata. Le gustaba el juego de la seducción, jodido que era, y si sus movimientos no tuvieron esa intención, le gustó movilizarla.

Había momentos en que era dificultoso leerla, pero cuando se entusiasmaba o ponía nerviosa, bajaba la guardia y dejaba traslucir emociones y sensaciones que Cillian consideraba más que atractivas. Era como develar la presa que había en ella frente al depredador que él gustaba de ser.

Los ojos imposiblemente grandes y tan claros, ventanas de un alma ingenua, lo enfocaron, y entonces algo se movió en su estómago. Joder, había tanto en esa mirada. No la conocía como para interpretarla con certeza, pero ... Lo llamaba en silencio. Se aclaró la garganta.

—Ágata, saldremos a las 13.30. La reunión es a unas pocas cuerdas.

—Perfecto —le respondió—. Estaré lista.

—¿Descansaste? —le inquirió, retrocediendo un paso, dejando de invadir el espacio personal de Ágata, porque tanto como le gustaba, no era correcto seguir imponiéndose.

Ella estaba sonrojada y miraba de soslayo a los lados, probablemente inquieta de que esto sería visto como incorrecto. No hay nada de malo en estar cerca de un empleado y conversar sobre trabajo, buscó justificarse, pero de igual modo retrocedió.

—Sí, dormí muy bien. El paseo fue precioso, pero tanto estímulo visual y caminata me dejaron agotada. Totalmente recuperada, por cierto.

—Coincido en que fue un muy lindo tour. Tal vez podemos salir otra vez en alguno de los días próximos, cuando haya un hueco en las reuniones.

No había pensado hacer este ofrecimiento, que fluyó natural, pero no se arrepintió. Le gustaría

salir otra vez con ella, pero la próxima vez se aseguraría de que fuera con menos gente.

El contador era una persona que no molestaba, hacía la suya, pero no tenía deseos que la verborragia de Sam lo arruinara, o de tener al silencioso Santo pisándole los talones. Aunque este tendría que ir, pensó.

Estaba aquí para asegurarse de que nada le pasara, y si Cillian no creía que algo fuese a acontecer, tampoco era tan tonto como para exponerse de forma innecesaria.

—Eso sería fantástico —El rostro femenino se iluminó, y Cillian se felicitó por la sugerencia—. Queda muchísimo por ver, mi selección fue difícil.

—Y más que adecuada —le dijo, obteniendo ese brillo que llenaba sus ojos cuando le dirigía un halago, por pequeño que fuese.

La reacción no le hacía perder compostura, pero estaba ahí, y él la leía. Cillian sentía su curiosidad crecer. ¿Qué podía haber debajo de tanta compostura? Mucha pasión acumulada, tal vez. Deseos embotellados añejándose. La idea no debería hacerle sentir tanta excitación, pero... Ningún O'Malley retrocedía frente a un desafío.

Difícilmente la bonita Ágata lo desafiaría, al menos de manera verbal y explícita. Pero él, cabrón dominante como era, se alimentaba de las pequeñas migas de pan que eran algunas de sus reacciones, que llamaban a su lado más cavernícola.

Cillian extendió la mano para señalarle que pasara adelante, caballeroso como era, y Ágata ingresó al lobby de la torre de negocios en el complejo Toranomom Hills. Era de los edificios más altos de Tokio, y reverberaba con actividad.

Hora del espectáculo, pensó, deteniéndose para esperar a los demás, que se detuvieron alrededor suyo. No pasaron más que unos segundos que dos hombres se acercaron y comenzaron las presentaciones de rigor, para luego guiarlos al ascensor.

Se conminó a estar atenta a todo lo que surgiese, y el primer emergente fue la presentación formal con el que fue introducido como el vicepresidente de Shimiso, que vino a recibirlos a la entrada de la enorme sala de conferencias.

—Reverencia —susurró, y Cillian atendió de inmediato a su comando. Ella hizo la introducción de sus compañeros—. Señor O'Malley —san, CEO de O'Malley Corporated y Vicepresidente de la filial Este de O'Malley and Turner Co.

El japonés hizo una reverencia, y su mirada se dirigió luego a los otros, que ella introdujo con fluidez. Lo que siguió fue la invitación a pasar y sentarse, para lo que los lugares estaban rigurosamente preestablecidos, y el resto de la gente fue presentada.

Hubo unos minutos de conversación en los que se deslizó que el CEO de Shimiso llegaría en breve, y así fue. Nuevamente hubo reverencias y presentaciones, y los intercambios de regalos y

tarjetas fueron realizados en esta primera parte. Le encantó ver que Cillian cumplía al dedillo lo que le había aconsejado.

Luego de ello comenzaron las conversaciones formales, y si bien desde afuera podría decirse que era aburrido y tedioso, ella estaba en alerta máxima, procurando resolver las lógicas dudas que surgieron con términos técnicos y expresiones.

Si bien era obvio que los ejecutivos japoneses dominaban el inglés en su mayoría, no necesariamente estaban versados en la parte más específica, que era el lenguaje específico del área de la construcción.

Aquí entraba su importancia, y ella se enorgulleció de haberse tomado el tiempo de repasar términos y leer varias páginas aburridísimas sobre la historia de los edificios y la industria de la construcción en Japón, haber entrado en la página web de proveedores de insumos y en otras de arquitectura.

Cuando ella se metía en un proyecto, lo hacía a fondo, y siempre buscaba cubrir los detalles. Es por ello que no solo ayudó a Cillian y su equipo, sino que atendió a algunas dudas de los mismos japoneses, incluso una del CEO, lo que se ganó un gesto de reconocimiento.

Para su enorme alivio, Sam parecía otra persona. Nada de su compuesto exterior y hablar sereno y pausado cuando se le requirió daba cuenta del gilipollas que había mostrado por fuera de este recinto. Gracias por las pequeñas misericordias, pensó.

La reunión se extendió por una hora y media y en realidad sentó el comienzo de las negociaciones, habiéndose tocado por encima los aspectos más grandes del proyecto conjunto. Cillian se movió con fluidez y eficiencia, demostrando el avezado hombre de negocios que era.

La media hora final se dedicó a la charla informal en un espacio adjunto donde fueron servidos distintos dulces e infusiones. Ella se retrajo a uno de los rincones junto a la secretaria y traductora de la empresa, e intercambiaron algunos halagos mutuos. Aprovechó para observar a Cillian y deleitarse en la imagen masculina.

Era tan guapo que lo que vistiera le quedaba de maravillas. En su atuendo deportivo en el gimnasio que perfilaba sus bíceps, torso y muslos, o en este traje italiano de corte impecable, destacaba.

En esta habitación, rodeado de hombres más bajos y grises, él era un espécimen perfecto. *Tía, estás loca. No hay nada de gris en estos ejecutivos importantísimos que juegan con millones a diario. Y usar la palabra espécimen para describir a alguien es raro.*

Bien, borraba lo que había pensado, salvo la parte de que era perfecto. O lo parecía. *No te dejes llevar por las apariencias, lo que importa no es el físico, sino la esencia.*

No sabes nada de él, salvo que tiene buenas maneras, es el maniquí deseado por cualquier prenda y tiene millones. Deja de estar obsesionada con él, Ágata, esto no va a terminar bien.

El gesto de él desde el otro lado, llamándola, la movilizó, y procuró caminar con calma y no

mostrar precipitación. El CEO de Shimiso estaba con Cillian, y apenas ella llegó, la traductora colega estuvo también a un lado.

Escuchó al hombre hablar con rapidez, y la mujer tradujo:

—El señor Shimiso —san desea invitarlo a una fiesta...

—Cena —dijo Ágata quedo.

—... En su casa. Hoy a la noche. Es un evento informal, pocas personas. Sus servidores pueden acompañarlo, por supuesto.

El CEO la señaló justo antes de que la traductora diera cuenta del mensaje, y Ágata hizo una pequeña reverencia. Miró a Cillian y notó que su rostro estaba serio, por lo que elevó sus párpados en silencioso pedido para que respondiera con gentileza a la invitación. Este reaccionó.

—Agradezco infinitamente, y allí estaré.

El japonés habló nuevamente, expresando que se enviaría un vehículo para llevarlos a su casa. Después de un breve intercambio de saludos, estuvieron afuera.

Cuando el ascensor los llevó abajo, la charla de Sam llenó el espacio, exultante, y por una vez el contador acompañó. Santo se mantuvo en silencio en un rincón, seguramente aburrido terriblemente, porque había estado en un sillón por horas. Cillian sonrió y acordó que había sido una buena reunión de apertura.

Cuando llegaron al hotel se dispersaron con rapidez y ella se retrasó levemente, tomando luego camino hacia el espacio verde que estaba en uno de los lados del hotel. El silencio y la calma la rodearon, y se sentó en uno de los bancos, disfrutando de la vegetación y sus colores.

Desde que había llegado a Tokio su ánimo estaba alto y sus habituales manías estaban sujetas. No había experimentado ansiedad ni se sintió acuciada por la necesidad de arreglar su entorno a satisfacción. Es que estás en un contexto y una cultura que se ajusta a lo que necesitas y deseas. Equilibrio, relajación, orden.

Lo único excitable eran sus fantasías con su jefe, decidió. Mas no tenía que preocuparse. El hombre estaba debidamente fuera de su alcance, así que era seguro que solo desarrollaría pensamientos atrevidos pero utópicos, y mientras estos no trascendieran las fronteras de su mente, nadie sufriría.

*Disfruta y paladea las bendiciones que te son puestas en el camino. Hoy irás a una cena tradicional japonesa en un lugar que de seguro será bonito.* Habrá más momentos para conocer otros aspectos de la ciudad. La calle del animé, se recordó, y sonrió con ilusión. Vería mañana o pasado qué tiempo tenía.

El vestido negro iría bien, era ideal para la oportunidad, se dijo. Elegante, sentador y discreto. Recordó entonces que no había comentado a Cillian que era necesario llevar algún presente a la esposa del CEO. Era un detalle a considerar.

Tomó su móvil y escribió un mensaje para hacérselo saber.

ÁGATA: Sería un buen gesto el llevar un regalo a la esposa de Shimiso.

Dejó el teléfono y se concentró en seguir los patrones que el agua dibujaba al chocar contra los pilotes que sostenían el coqueto y minúsculo puente sobre el ojo de agua. La vibración le anunció la respuesta.

O'MALLEY, C: Tengo varios reservados y extra que la buena de Gertie se ocupó de comprar. Creo que son todas piezas únicas de arte minimalista contemporáneo, así que imagino que estará bien.

ÁGATA: Sí, es lo apropiado.

O'MALLEY, C: No me pareció adecuado la manera en la que el CEO te catalogó como mi sirviente. Lamento eso.

Oh, ¡qué adorable! Ágata se sintió invadida por la tibieza de estas palabras, que pretendían disculpar algo que no era responsabilidad de Cillian, y que ella no había malinterpretado. En la mente tradicional japonesa, servir a alguien de la jerarquía de Shimiso era un honor, y no se usaba de manera despectiva.

Se apresuró a contestarle, porque le sabía mal que él estuviese preocupándose por una nimiedad. *Corazón, no latas rápido, esas palabras son la de una persona íntegra y de un caballero, no hay nada más detrás.*

ÁGATA: No hay nada que lamentar. Es algo normal en estas esferas.

O'MALLEY: Me parece que me va a gustar esto de ir a una celebración sin tener que soportar a Sam. *Emotición de guiño de ojo.*

ÁGATA: Estuvo muy bien hoy, hay que reconocerlo. Nos vemos en un rato.

O'MALLEY: ¿Cuán formal debería vestirme?

ÁGATA: Mucho. Seguramente veremos a la familia de Shimiso completa.

Él le envió un emoticón y Ágata se incorporó, mirando la hora. Tenía tiempo suficiente, incluso para disfrutar de la sesión de spa que había reservado. Realmente estaba en la cúspide de su carrera, decidió.

Cuando estaba llegando a su habitación, escuchó el sonido del mensaje entrante, diferente a los otros. Era el tono que había elegido para anunciar las comunicaciones de su hermano, que de habitual eran... desagradables, y le dejaban un retrogusto amargo.

JUSTIN: Hubo un inconveniente con la electricidad. Necesitamos dinero para resolverlo.

Ni un *hola, ¿cómo estás? ¿Dónde estás?*. Directo al grano y a lo que les importaba de ella. Frunció el entrecejo y apretó sus labios hasta que estos dibujaron una línea delgada y tensa.

Tienes que terminar con esto, Ágata. Te están succionando viva, y no solo dinero. No, no era solo eso. La realidad es que le agriaban el ánimo y despertaban lo peor en ella.

Las ganas de gritar y decir que no tenía por qué mantenerlos. Que ya bastante la sangraban. Que tenían que dejarla en paz. Pero eso no iba a pasar hoy, decidió. Cuando ocurriera, la

atosigarían de manera imparable, sin cuartel, y ella tendría que estar preparada y sola.

Hoy y aquí, con un trabajo tan importante en sus manos, no podía proceder. Se detuvo un momento y volvió a leer el mensaje, dudando qué hacer. No tenía manera de hacerles llegar el cheque, y esa era la forma en que le hacía los pagos.

Su mirada fue a la mesa del lobby, y notó que los adornos estaban mal alineados. Se sentó enfrente y dejó el móvil, y movió las decoraciones, y luego otra vez, y otra. Maldición, algo estaba mal con el patrón, no encontraba manera de que quedaran simétricos.

—Ágata, ¿estás bien?

Se dio la vuelta y encontró a Santo observándola con atención, y trató de sonreír, dejando los objetos y echándose atrás, asintiendo.

—Sí... Sí, sí. Nada más... Estaba por subir. Nos vemos más tarde —respondió, y se dirigió al ascensor.

—Ágata, el móvil —le dijo Santo, y ella se sobresaltó y asintió, y se encontraron a medio camino, él con su teléfono extendido.

—Gracias.

Debía parecer una idiota desconcertada, pensó, y suspiró, recostándose contra la pared del ascensor.

## ONCE.

Abotonó el chaleco y enderezó la corbata, su favorita, una en tonos azules y negros de finísima seda. Italiana, como todo lo que vestía. Le encantaba la alta costura de ese país, aunque su hermano Brian solía bromear que eso lo calificaba como el mafioso italiano clásico.

No le importaba. Nada como la sutileza de un traje azul oscuro de tres piezas de Boggi Milano y zapatos Testoni en color ébano. La camisa blanca suavizaba lo oscuro, y el lujoso Patek Philippe que portaba en su muñeca aportaba el toque de lujosa y aparatosa sofisticación.

Nada gritaba dinero a raudales como la elegancia discreta salpicada de toques de derroche. No era lo que Cillian solía pretender, pero esta noche le pareció adecuado.

No solo tenía que ser el estandarte de un conglomerado que unía capitales monstruosos, como era el de Turner —O'Malley, también tenía que parecerlo.

Se acomodó el cabello frente al espejo, procurando domar las ondas que tendían a formarse en la parte alta. Tenía que cortarlo, pensó. Cuando estaba colocando su billetera y móvil en el bolsillo, hubo un toque en la puerta, y elevó la voz para permitir la entrada.

Sabía que Santo estaba en camino, y en efecto, el hombrón entró con la fluidez que lo caracterizaba, impensada en alguien de su tamaño. Era uno de los rasgos que lo volvía eficiente en lo suyo, probablemente.

—Vaya, qué elegante estás. Tu jefe invierte, ¿no es así? —inquirió, una ceja levantada.

El traje del guardaespaldas no era de los baratos, y envolvía la masa muscular con tanta precisión que volvía elegante un cuerpo que estaba trabajado para la lucha y de habitual se mostraba disuasivo.

Una parte de proteger a millonarios y famosos implicaba parecer letal e instar a los atrevidos, curiosos o con malas intenciones a abstenerse de acercarse. No era lo que necesitaban esta noche, por cierto, y Santo lo entendía a la perfección. Todo el equipo de Seguridad Pipen era astuto, empezando por su jefe.

—Por supuesto que lo hace, es el mejor en lo suyo —argumentó Santo con orgullo.

—Algo que Matt Turner podría contrastar —pinchó Cillian con una sonrisa torcida que provocó un rictus en el otro.

Los dos equipos eran jodidamente buenos, y a pesar de una sana competencia que no venía mal para mantenerlos atentos, solían colaborar cuando los asuntos de la costa Este y Oeste colisionaban. Algo que había pasado algunas veces estos años.

Santo no cayó en el ardid, dejando de lado el comentario, y silbó al ver el reloj.

—¡Joder! ¿Cuántos órganos debería vender para poder comprar uno como ese?

—Probablemente dos o tres, y a muy buen precio —respondió sonriendo—. ¿Parece mucha ostentación? —Lo que le pareció perfecto se le volvió ahora duda—. No quiero parecer un nuevo

rico jactándose ante élite añeja. Esto de tener que ser tan cuidadoso con lo que uno dice, hace y muestra puede ser agotador.

—No creo que sea demasiado. Saben que es millonario y puede pagarlo. No les extrañará que use algo así, de hecho, probablemente no esperan menos.

—Mm. Le preguntaré a Ágata, ella debe tener más idea.

—Sí, la mujercita es inteligente y muy eficiente —coincidió—. Bonita además —soltó al pasar, acomodándose la corbata.

—Espero que no te estés haciendo ideas raras —le dijo, dispuesto a cortar cualquier jueguito que Santo estuviese pensando en realizar con Ágata—. Estamos trabajando y los necesito concentrados.

—No hay un momento en que no lo haya estado —contestó con seriedad.

—No, lo sé —reconoció Cillian, molesto por haber dejado caer el comentario—. Es solo que ...

—Ella te interesa —dijo Santo, mirándolo fijo, y la primer reacción de Cillian fue negar, pero el guardia lo miró fijo y sin aceptar el gesto—. No lo niegues, estoy acostumbrado a observar a la gente, a los detalles grandes, pero los nimios en especial. Los gestos inadvertidos, las miradas ... Eso delata más que una frase.

—Es ... Es muy buena en lo suyo y necesito su guía para no cagarla aquí. No he negociado con japoneses antes, y ya ves que se rigen por cientos de formalidades no habituales para los occidentales.

—Sí, sí, y además te gusta Ágata. Me iría con cuidado, de todas maneras. Ella no es el tipo de mujer... En realidad que ella te atraiga es una sorpresa en sí misma.

—¿Y eso qué implica? —arqueó su ceja—. Es hermosa, inteligente, eficiente en ...

—Las dos últimas cualidades no te han importado antes, y me remito a pruebas. ¿Polly? ¿Andrea? ¿Georgette? Y esas solo las que yo conocí.

Jodido sabelotodo que se las daba de psicólogo. Sí, las mujeres que lo habían atraído en el pasado eran en general exuberantes rubias de poco seso, o que lo tenían pero para obtener deseos materiales inmediatos. Joyas, viajes, cenas caras, regalitos. Pero él no había estado en busca de una relación, de una mujer para comprometerse. Lejos de ello. No es que lo esté ahora, pensó con alarma. No es que piense en Ágata en ese sentido. Lo intrigaba, él también era de estudiar la conducta humana y ... Miró a Santo con acritud, y el gilipollas sonrió, divertido.

—Ágata es una mujercita encantadora, pero no estoy interesado.

—Es bueno saberlo, porque yo podría estarlo —indicó, mirando sus uñas—. Con relación a la seguridad esta noche...

No, no, no, esto no iba a funcionar.

—Santo, no creo que me hayas entendido. Ágata está fuera de tu rango. No trates de acercarte

a ella como no sea para cuidarla —sentenció con voz más grave de lo normal.

Idiota, esto sacaba por pincharlo. Tenía que comportarse como el cateto jefe que le prohibía avanzar sobre una colega. Eso eran Santo y Ágata, empleados suyos, y no podía correr el riesgo de que se enfocaran en ellos y no en él. Y no por complejo de pavo real.

—Lo entiendo, jefe —la voz sonó burlona—. Y sé que es solo por profesionalismo de tu parte.

—¡Pues así es! Profesionalismo que espero esta noche. No creo que haya inconveniente en que ingreses a la mansión, pero no estoy seguro de que nos permitan estar en la misma habitación. Seguramente no verán con buenos ojos que vaya con un guardia. Podría hasta interpretarse como un insulto. Y no siento deseos de explicar por qué podría necesitar tu apoyo. Echaría tierra sobre la reputación de la corporación que represento.

—Mm. Tal vez pueda ingresar hasta donde sea la cena y hacer un rápido chequeo visual y técnico. Incluso poner algún micrófono que me permita monitorear desde los jardines. Debería sacarlo al salir.

—Oh, puedo hacer eso. Es algo en lo que ya incursioné al ayudar al equipo de Matt con un mafioso ruso.

—Perfecto. Este es el aparatito —le mostró un pequeñísimo botón—. Lo pegas debajo de la mesa y tendré oídos en la sala. Si hay peligro, solo debes decir mi nombre.

Asintió. No esperaba problemas de este tipo, o de ninguno. Estaba aquí por negocios, fríos y millonarios contratos. Atrás había quedado el pasado en el que estuvo inmerso de hampones, codicias y vendettas. Los O'Malley estaban limpios, y así pretendían seguir.

—Bien, esto será pan comido —gruñó Santo, y luego se detuvo y lo miró con mayor seriedad—. Escucha, volviendo al tema Ágata... La vi extraña hace un buen rato en el lobby. Como en trance, ordenando los objetos de una mesa con obsesión. Dos miembros del personal se acercaron, y no intervinieron porque yo les hice gesto de que me ocupaba.

Cillian frunció el ceño, y luego meneó su cabeza.

—No me corresponde decirlo, pero tú eres discreto, y no es como si lo que le pasa fuese un problema serio o que nos involucre. Me han dicho que ella tiene un trastorno obsesivo compulsivo, aunque está bajo control. Y lo está, porque sin ser eso que cuentas, ella ha trabajado de manera impecable.

Santo asintió, pensativo.

—Había notado que le gusta el orden a su alrededor y tiende a revisar los procedimientos más de una vez, pero no esperaría menos de una perfeccionista o persona detallista. Pero hoy... Fue diferente, y lo que dices ... Ella parecía obsesionada, y cuando la llamé, fue como si despertara de un trance.

Chasqueó la lengua, pensativo. ¿Sería que el estrés comenzaba a ganar en ella? Esto lo

preocupó, considerando que hoy había sido la primer reunión. Pero Minerva le había asegurado que Ágata florecía en su labor.

—Espero que esto no complique... —se detuvo, de inmediato considerando lo desconsiderado de sus palabras—. Espero que ella no la esté pasando mal. Habrá que mirarla con atención y ...

—Esos trastornos se disparan con la ansiedad —dijo Santo, pensativo—. Ella tenía un mensaje en su móvil, y antes de que me digas nada, lo leí porque era bien visible, ella lo había dejado a un lado.

—Bueno, cotilla, dime, ¿qué era ese mensaje?

—Le pedía dinero... Un tal Justin. Le daba una excusa que me sonó cutre, porque un hombre no le pediría a una mujer que está a miles de kilómetros recursos para pagar la electricidad.

Justin. ¿Sería su pareja? Entrecerró los ojos. No sabía nada de ella. ¿Estaría en problemas económicos? No, si el hombre le demandaba dinero, el problema era del otro, Pero coincidía con Santo, era improcedente. Un hombre que se precie no haría planteos para que le pagaran sus facturas.

No juzgues, Cillian. Tú naciste en el seno de una familia con recursos amplios y nunca te faltó nada. No sabes en qué situación está ese hombre, ni qué representa para Ágata. Puede estar enfermo, imposibilitado.

—Quien sea o su situación provocó ese estrés en Ágata, es lo más factible —señaló—. Tendremos que ayudar a que ella se sienta cómoda y no presionarla. Tal vez pueda ofrecerle ayuda... Aunque el salario que acordó es excelente, Santo, te lo aseguró. Muy por encima del laudo.

—Tengo muy claro que tu familia es de las que cuidan a sus empleados, descuida. Coincidió en la idea de tratar de no estresarla, aunque con el cateto de Sam en el equipo... —suspiró, torciendo la boca.

Cillian asintió.

—Puedo mantenerlo a raya. Bien, no perdamos más tiempo, ella debe estar esperando y no es bueno que esté sola.

Esta noche le haría bien, decidió. No estaría sola, charlaría y debería traducirle algunos términos y apoyarlo para que no cometiera errores de protocolo. Pero él se aseguraría de que también se divirtiera un poco.

Como había pensado, ella estaba en el lobby, y su figura aparecía pequeña recortada contra el ventanal inmenso tras el cual se veía el paisaje iluminado por los últimos destellos del sol que se ponía.

A medida que se acercó fue bebiendo de los detalles de su figura, que aparecía exquisita

envuelta por un vestido negro de corte muy clásico que la favorecía largamente. Su cintura y caderas se marcaban en curvas hermosas, y la más bella de estas era la que resaltaba su trasero.

El cabello recogido en un moño del que colgaban estratégicos mechones enmarcaba el rostro maquillado con toques de rubor, sombras oscuras que realzaban sus ojos y un rosa que más que color daba brillo a los labios. Boca tentadora, ancha, que debía sentirse suave y dulce cuando...

—Buenas noches, Ágata. Estás espectacular —se le adelantó Santo, y lo miró de reojo, recibiendo la mirada risueña y casi desafiante de vuelta.

Jodido cabrón.

—Gracias —contestó ella, ruborizada, y bajando brevemente su vista, que luego clavó en él—. El coche de nuestro anfitrión espera.

—Bien, justo a tiempo. ¿Está todo bien? ¿Algún consejo de último momento que se te ocurra?

—El regalo... —musitó ella, y Cillian se golpeó la frente.

—Santo, ¿podrías ir por él? Lo dejé sobre la mesa de noche.

—Sí, como no, Pipen nos entrena como asistente personal además de guardias —gruñó por lo bajo, pero procedió a cumplir el pedido.

—Estás muy bonita, Ágata —le dijo apenas el otro estuvo fuera del rango de escucha—. Elegante pero sofisticada.

—Muchas gracias. Usted está muy bien, señor O'Malley. En cuanto a consejos... No creo que deba decir mucho, lo ha estado haciendo excelente.

La miró y cabeceó para agradecer las palabras, pero trató de ver algo de la ansiedad que Santo comentó. Su faz aparecía calma. Entonces ella carraspeó, y extendió su mano.

—Si me permite —susurró, y le tomó el nudo de la corbata para enderezarlo unos milímetros, y luego sus dedos fueron a su cabello y lo ordenaron, y él se quedó quieto, sorprendido de que ella lo tocara.

No molesto, no, para nada. Esos dedos eran como alas de mariposa, sutiles, livianos. Ella retrocedió y meneó su cabeza.

—Lo lamento, mi mente se molesta cuando ve algunos detalles que no congenian con su idea de cómo deben estar. Mi TOC, ya sabe —se disculpó, retrocediendo.

—No hay problema, Ágata, aprecio tu interés en que muestre mi mejor aspecto —le indicó, procurando alivianar su turbación—. Es un punto a favor que nuestro niñato, Sam, no haya sido invitado. Habríamos tenido que estar en alta alerta.

Ella rio brevemente, y sacudió su cabeza.

—Me envió un mensaje hace un rato. Quería saber dónde podía ir para encontrar una geisha.

—No lo puedo creer —susurró, aunque luego pensó que sí, podía—. ¿Qué le contestaste?

—Que no tenía dinero ni contactos como para acceder a una, y que no hacen lo que él se estaba imaginando. Creo que fue esto último lo que lo disuadió, porque no me escribió más.

Lanzó una risa, divertido ante lo ingenioso de la respuesta. Ella no se había ofendido ni respondido como una pacata, sino que lo puso en su lugar con solvencia.

—Ahí está Santo. ¿Nos vamos?

Le colocó la mano en el bajo de su espalda y la dirigió a la salida. Accedieron a la calle y allí estaba una majestuosa limusina, cuyo chofer se adelantó e hizo reverencias varias, abriendo la puerta para ellos. Cedió el paso a Ágata y luego subió, sentándose a su lado, y Santo lo hizo al frente.

El trayecto tomó casi una hora, y los llevó a las afueras de la ciudad, dejando detrás el brillo de las luces para dejar paso al verdor de la vegetación y casas suntuosas. Cuando el vehículo maniobró y tomó un camino de grava, accedieron a la propiedad de Shimiso.

Una cerca de madera hecha de tablas de cedro delimitaba el acceso a la casa, y el chofer detuvo el vehículo justo afuera, invitándolos a entrar.

Al acceder por un portón, tuvieron una vista entera de la construcción, que era muy tradicional.

—Joder, ¿esta es una casa o una pagoda? —susurró Santo, y Cillian pensó que no se equivocaba mucho.

Pero lo que sabía de estructuras japonesas tradicionales no era mucho, y si bien él representaba a un conglomerado de la construcción, no era un arquitecto.

—Es bellísima —susurró Ágata, y tuvo que coincidir.

Simplicidad, elegancia y la armonía, eso era lo que la casa desprendía, y la conexión con el entorno era obvia. El jardín la rodeaba y abrazaba, consideró, mientras hacía el correspondiente saludo al asistente que los saludó e invitó a ingresar transitando el camino de piedras.

El techo estaba cubierto con tejas de cerámica y voladizos profundos. Había una terraza amplia, y ventanas que daban al iluminado jardín, que seguramente era disfrutable desde el interior. Había una elegancia modesto y no orgullo llamativo en el conjunto.

Al ingresar fueron recibidos por el CEO y la que presentó como su esposa, una delicada mujer de mediana edad y sonrisa medida vestida en un exquisito kimono labrado. Había dos jóvenes que fueron introducidos como los hijos del matrimonio, y los primeros minutos transcurrieron con saludos y entrega de obsequios a la mujer, que los recibió con una sonrisa.

Ágata tradujo y estuvo muy activa, ya que la señora solo hablaba en japonés y los hijos no tenían dominio fluido del inglés.

—Le mostraré mi casa, O'Malley —san —dijo el CEO, que aparecía más distendido y Cillian lo agradeció.

—Puede llamarme Cillian, señor Shimiso —san.

—Lo haré, y soy Daisuke. Por aquí.

Los guio y el orgullo fue evidente en su voz mientras discurrían por las habitaciones. Estas se

dividían en un área netamente tradicional y otra más occidental. La primera le pareció bella e ingresar le permitió entender el concepto de minimalismo japonés.

La paleta de colores era de neutros, suaves, principalmente blancos, cremas, en tonos de madera y grises. Las líneas rectas horizontales predominaban, y colaboraban para guiar la vista a través de la habitación.

Suaves alfombras cubrían los pisos y se sentían esponjosas, disfrutable.

—Tatamis, hechos de paja de arroz tejida —susurró Ágata.

Los espacios se separaban con biombos y paneles corredizos, y se dijo que la intimidad aquí no podía ser muy ruidosa. La idea lo divirtió, pero se contuvo. Se concentró en el mobiliario, y recordó la idea del micrófono.

No, no funcionaría si la cena era en este recinto, concluyó. Había una mesa baja larga elevada a pocos centímetros del suelo, rodeada por cojines grandes.. En un mueble también bajo había objetos decorativos: un bonsái, arreglos florales.

—Por aquel lado tenemos un espacio más occidentalizado, digámoslo así. Mis frecuentes tratos con americanos y europeos me han permitido entender que encuentran más cómodos los muebles altos.

Cillian sonrió y asintió.

—Su hogar es hermoso, Daisuke —san. Agradezco nuevamente su gentil invitación, y me siento honrado.

—Me pareció buena la oportunidad de conocernos mejor y charlar más distendidos y sin tantos oídos —respondió con un tono casi críptico que desconcertó a Cillian.

—Estoy abierto al diálogo —asintió.

—Pero eso será después de la cena y de que disfrutemos de la música y la tibieza de la noche. El jardín es mi sitio en la casa, para ser honesto.

Los condujo allá, y Cillian vio que habían algunos miembros de la junta directiva presentes, a los que saludó. Su mirada se abocó a buscar a Santo, y lo encontró en un extremo del jardín, procurando no resaltar. Encontró a otros como él en otros puntos del paisaje, incluso uno a pocos pasos de Shimiso.

—Ese guardia —susurró Ágata, elevando su vaso de sake para hablar detrás de él—. Tiene un tatuaje en el brazo. Lo vi cuando se le subió la manga.

—¿Eso es extraño?

—No es usual. Los tatuajes no están bien vistos. Se asocian con la mafia, la yakuza —su voz era un hilo quedo, y Cillian debió inclinarse hacia ella para escuchar.

La fragancia dulce y envolvente lo rodeó y aspiró con fruición, y la línea sugerente de su cuello, el elegante tendón que unía su quijada con la clavícula y que el vestido dejaba libre, lo atrajo. Un súbito deseo de recorrer ese suave trayecto con su lengua lo enervó y su polla se

hinchó levemente.

El sonido de música instrumental, suave y relajante, se extendió, y se enfocó en olvidar su jodida libido y observar al guardia con languidez. No vio lo que Ágata le decía, pero no dudó de su palabra.

El tiempo transcurrió con rapidez a caballo de un servicio de comida impecable con exquisitos platos, entre los que destacó el sushi más fresco y delicioso que hubiese consumido. La conversación discurrió liviana y hubo sugerencias de lugares que no podía dejar de visitar.

Cuando finalmente Shimiso lo invitó a entrar, asintió, e hizo un gesto para que Ágata lo acompañara, pero el CEO le hizo saber que no sería necesaria la traducción. Asintió, y apretó la mano de Ágata con delicadeza, acariciando su piel en un gesto que juzgó imperceptible para los otros pero se ganó la suave sonrisa de ella.

Siguió al hombre hasta un living más amplio y que correspondía a la descripción realizada. Se sentaron y otro hombre se aproximó, que fue presentado como el jefe de seguridad del conglomerado Shimiso y guardia personal del CEO.

—Mi hombre de confianza. Mi amigo, además. Hemos pasado por mucho juntos, en situaciones... especiales. Dado la historia de su familia, creo que entenderá, Cillian —san.

La implicancia era obvia, y Cillian se aprestó a responder con cautela. No sabía qué quería este hombre, pero no dejaría fluir ninguna información que no fuera imprescindible. Una súbita sensación de inseguridad lo llenó, y la imagen de Ágata golpeó el frente de su mente. ¿Estaría segura?

—Si me ilustra a qué se refiere con exactitud —dijo, sin demostrar nada en su rostro.

—Relájese. Lo sé todo sobre su rama de la familia, sus conexiones con la mafia irlandesa y lo que les costó desprenderse de esta. Justamente, eso tenemos en común, Cillian —san. Mi familia perteneció a la Yakuza por años. Yo mismo me integré al clan a mis 18 años. Luego de años, mis convicciones cambiaron, y finalmente mi falta de obediencia y fe hizo que me excomulgaran. Algo que para un yakuza es un deshonor, para mi fue la liberación. Sin embargo, hay un pequeño sector que no acepta mi salida, celosos de mi poder y dinero... Creen que debí devolver lo que dicen acumulé gracias a ellos. La dirigencia no los avala, doy fe de ello, pero mis enemigos tienen poco honor. Creí que me habían dejado definitivamente en paz, pero ayer hubo señales de lo contrario.

—Por ello reagendó la reunión —dijo Cillian, y Shimiso asintió.

—Quería saber qué ocurría, quién hacía la amenaza que me llegó. Comprobé que no es el jefe del clan, pero se deslindaron de ayudar a contener a los que llaman rebeldes. La amenaza señaló que mi deshonor es aún mayor al negociar con americanos. Es un sector muy nacionalista.

La noticia sentó como una bomba en el interior de Cillian, pero una vida de enfrentar situaciones como esta hizo que pudiese mantener su faz impassible.

—Esto es... inesperado. ¿Cómo podemos ayudar, sin hundirnos en ese fango? —inquirió, procurando ordenar sus pensamientos.

—Este es mi problema, Cillian —san, pero quiero ser claro para evitar complicaciones. Mi empresa valora a la suya, y creo que podemos crear buenas cosas juntos. Quiero seguir adelante, pero estoy procurando solucionar... desbrozar el camino para que nuestra fusión sea limpia. Mi equipo de seguridad es el mejor, algunos de ellos salieron conmigo del clan. Queremos colaborar para que su estadía en nuestro país se realice sin inconvenientes.

—Tengo a mi guardaespaldas, y es muy bueno.

—No lo dudo, pero un hombre solo puede ser poco frente a un peligro eventual

—¿Debo sentirme amenazado? —arrugó el entrecejo.

—No por mí, por favor, Cillian —san —El CEO hizo un gesto de humilde contrición—. Quiero asegurarme de que usted y los suyos estén bien. Fuera de peligro. Ni siquiera estoy convencido de que este exista, pero ...

—Acepto agradecido la protección que quiera brindarnos.

No iba a cometer la imprudencia de rechazar algo que intuía necesitarían. Y apenas salieran de aquí se comunicaría con Aidan. Este jodido negocio acababa de convertirse en algo similar a lo que había vivido antes, y de lo que había pretendido escapar.

## DOCE.

Ágata subió al vehículo para emprender la vuelta al hotel, y detrás de ella lo hizo un silencioso Cillian. Había estado casi mudo desde que salió de su reunión con Shimiso, y era evidente que algo pasó o se dijo en la reunión para provocar el mutismo de un hombre de habitual no generoso con las palabras, pero tampoco parco.

Acomodó la falda del vestido para que no tuviese arrugas y colocó sus piernas bien derechas, sus manos sobre las rodillas. Había una tensión obvia en el pequeño espacio de la limusina, y este no se rompió cuando se movieron.

Santo lo intentó, pero Cillian le hizo gesto de que callara y cerrase la pequeña ventanilla que comunicaba con el chofer. Así lo hizo el guardaespaldas, más tenso, y se inclinó luego hacia adelante para quedar a escasos diez centímetros del rostro de Cillian, que también se había adelantado. Ella hizo lo mismo, como atraída por un imán.

—Surgió un inconveniente —susurró—. Shimiso me informó que es un ex miembro de la Yakuza.

Santo enarcó sus cejas y lanzó una breve imprecación, apenas audible, y Ágata admiró su templanza, que no era la suya, porque la información la golpeó con fuerza. Sus ojos se desmesuraron y sus palpitaciones aumentaron, ele temblor de las manos in crescendo.

Yakuza. Mafia. Crimen organizado. Tenía fama de ser de las más inclementes, las más duras... ¿Cómo era posible que vinieran a caer justo en un nido de criminales?, pensó, agitada.

—Ágata, calma —escuchó la voz de Santo, pero los nervios comenzaban a traicionarla y una nube le impidió ver bien.

Entonces, unos brazos firmes y fuertes rodearon sus hombros y una mano gentil tomó su barbilla y la giró. Los ojos intensos de Cillian se fijaron en ella, y sus palabras firmes en esa voz sexy que había comenzado a adorar la guiaron a sujetar el inicial ataque de pánico.

—Tranquila, Ágata. Respira con calma. A mi cuenta, inspira. 1, 2, 3, eso... Ahora, exhala, largo. Muy bien, buena chica —Sí, lo era, ¿verdad? Para él, la mejor—. Otra vez ... Eso, lo haces bien, Una vez más. Eso es, querida, ya estás mejor. No tienes que preocuparte por nada, estamos acá para ti. No voy a permitir que nada te pase, que nadie te dañe, ¿me escuchas?

Ella asintió con énfasis, encantada de oír lo que siempre había soñado, que alguien se mostrara interesado en ella y su salud, su bienestar. Respiró, arrebuñándose subrepticamente contra él, rogando que no se diera cuenta de que se aprovechaba de su amabilidad, pero no le importó nada cuando su nariz colisionó con el costado de su garganta y olió la deliciosa fragancia. Aquí y en este instante, todo estaba bien.

Dejó que el resto de la conversación fluyera entre ambos hombres, y le encantó que Cillian no

se apresurara a dejarla, a soltarla, como hubiese sido lógico. Probablemente temía que entrara en pánico total, pero ella comenzaba a razonar más.

—Dice que fue excomulgado del clan al que pertenecía, y que eso fue lo que buscaba.

—Eso es bueno —musitó—. Se considera un castigo muy serio y peor que la muerte; de hecho, es como si muriese en vida. Si es lo que quería, lo beneficia.

Cillian posó su cabeza sobre la suya y Ágata sintió el movimiento que asentía. Sus ojos encontraron los de Santo, que se entrecerraron, y hubo un ligero guiño que la hizo sonrojar, y pretendió incorporarse.

Estaba comportándose como una niñaata. Mas Cillian solo hizo un sonido y la apretó levemente, conminándola a seguir contra su pecho. ¿Quién era ella para disentir?

Debes estar despeinada, tu vestido se ha subido de manera asimétrica... —Calla, mente, estar en estos brazos bien lo vale.

—No entiendo cuál es el problema, entonces. Te digo que yo estaba preocupado, porque Shimiso tiene mucha gente y están armados hasta los dientes. Como si esperase una invasión de su espacio.

—Me dijo que hay un grupo de rebeldes que no quedaron conformes con los términos de su excomulgación. Que pretendieron que saliera del clan sin un yen.

—Revancha, o ambición entonces. Quieren quedarse con sus bienes.

—Hay reglas en la Yakuza. Robar o tomar cosas de otros no es honorable.

—Buena parte de estos catetos tatuados probablemente las rompen. El honor se corrompe fácil ante el dinero —argumentó Santo.

—Hay un componente nacionalista incluido. Parece que el hecho de que Shimiso quiera fusionarse con americanos es motivo de desagrado.

—Carajo, eso podría ponerte como foco —Santo se hizo atrás, y Ágata desorbitó sus ojos otra vez.

—¿Estás en peligro? —le dijo, desprendiendo su rostro del cuello y mirándolo a los ojos, muy preocupada.

—No, no lo creo. Shimiso me lo dijo porque quiere cubrir todas las aristas de este trato. Es claro que es lo que más aspira a lograr, y no está dispuesto a dejarse amenazar. De igual forma, acepté su oferta de seguridad extra —informó a Santo, que asintió.

—Bien, pero nadie está cerca tuyo sin que yo lo supervise. Y me pondré en contacto con Pipen. Va a saber qué hacer.

—Pues yo debo comunicarme con Aidan y con Liam, además de Brian. Nadie pensó que esto podía tener complicaciones de estas características. Escapar de lo que nos rodeó por años para venir a caer en un pozo con una mafia igual de compleja y peligrosa es como una burla.

Él estaba molesto, preocupado, pero lo disimulaba. O lo intentaba. Ágata no era valiente ni

creía en el honor de quedarse en un lugar donde el peligro era obvio, por ello su sugerencia no tardó.

—¿No sería mejor viajar de vuelta a Boston? Allá estarías más seguro, rodeado de tu gente... Quiero decir, no implico que dejes este negocio, pero digamos que el señor Shimiso no fue totalmente honesto al no exponer la situación que lo rodeaba.

Eso la molestaba. No era honorable, no condecía con el protocolo y la honestidad que debía existir entre pares. Ella había pasado un buen tiempo enseñando a Cillian acerca de la honorabilidad, compostura, postura zen de los japoneses, y aquí venía uno importante y lo metía de lleno en una situación compleja.

—Shimiso me explicó que no fue consciente del problema hasta que recibió una amenaza ayer. Por ello el cambio en la agenda. Ha de haber estado haciendo llamados, averiguaciones. Dice que el jefe de su ex clan le dijo que ellos no están detrás de la amenaza, pero no descartaron que haya miembros involucrados.

—Muy cómodo por parte del cabrón —gruñó Santo—. Que sus subordinados hagan, él se lava las manos y goza del resultado.

—Como sea, veremos qué dicen Aidan y los otros. Yo creo que ya que estamos aquí, debemos terminar las negociaciones y firmar lo que sea necesario para que esto quede laudado. Una vez que esté consolidado, no pueden hacer nada.

—O sí. ¿Tu familia y Liam están dispuestos a invertir cuando pueden tener problemas? —indicó Santo, y Ágata coincidía.

—La mafia japonesa tiene imbricación con el sistema político y con empresas muy importantes que parecen muy legales. Si quieren complicar las cosas, pueden. La corrupción existe, a pesar de que por fuera todo parece organizado y muy ajustado a las normas.

—Shimiso me pareció honesto y preocupado. Podría no haber dicho nada, dejarnos a oscuras, pero eligió la frontalidad. Suelo ser un buen juez de carácter —intercedió Cillian, pensativo—. Además, mi pasado me enseña lo difícil que es extraerse del submundo en el que nacemos y nos criamos. Estas organizaciones son tentaculares, complican la vida legal. Sería hipócrita que justo nosotros, los O'Malley le neguemos a alguien la oportunidad de rehacerse.

—No es como si el señor Shimiso no tenga para comer o no pueda sostener a su familia —gruñó Ágata, molesta por la porfía de Cillian.

¿No se daba cuenta de que podía ser el blanco de alguno de esos locos tatuados? Seguramente ella o los otros no importaban, pero Cillian era el CEO, el americano que representaba valores que esos desgraciados no compartían. Miró a Santo a ver si este estaba tan molesto como ella. Tal vez podía hacerlo entrar en razón. Mas este estaba con su móvil, de seguro comunicándose con su jefe, el tal Pipen.

—Estaremos bien, Ágata, no te inquietes. Puedo cuidarte —le susurró al oído, y sintió

cosquilleo con la vibración y el aliento tibio—. No soy tan bueno como Santo, pero me defiendo con armas y con artes marciales.

Asintió y se incorporó, apartándose de su cuerpo, renuente por dentro pero firme por fuera. Había mostrado una debilidad que podía estar justificada por el miedo, pero este no podía disfrazar la excitación que la ganaba al estar pegada a él.

—Espero que el señor Shimiso resuelva esto cuanto antes.

—Probablemente lo hará. Seguiremos la agenda planteada como estaba previsto, en principio, y hasta que Aidan o Liam me digan lo contrario.

Descendieron del vehículo y agradecieron al chofer, y luego ascendieron. Ágata necesitaba estar en la intimidad de su habitación, a solas, para poder pensar y evaluar las cosas. Tomaron el ascensor y cuando llegó a su piso dio un buenas noches de despedida.

No contó con que Cillian la siguiera, por cierto. El desconcierto la ganó y miró como las puertas se cerraban y lo último que vio fueron los ojos de Santo, curiosos.

—Te acompaño hasta tu habitación. Quiero asegurarme de que estás bien.

—No es necesario.

—Pero quiero hacerlo.

Una vez en la puerta, le tocó la barbilla y la envolvió con su mano, mientras sus ojos no la abandonaban. Luego, ambas manos se posaron en sus antebrazos y la acariciaron, como uno hacía para confortar a otro con frío.

—Lamento si me puse ansiosa, me preocupé... Que estés como blanco de un grupo así...

—Y agradezco tu preocupación por mí —él bajó su cabeza levemente, sus manos ahora en la cintura, envolviéndola, y a ella se le secó la garganta.

Joder, qué guapo, tanto. No se daba cuenta de que tocarla era crearle adicción, ¿cómo se suponía que iba ella a resistir caer?

—No te inquietes por nada —le susurró, su boca casi sobre sus labios, y ella se quedó muy quieta, congelada.

El roce de sus labios fue fuego, sin embargo. Sutil, breve, pero candente y recorrió sus nervios y rompió la sinapsis de sus neuronas en un instante.

Cuando se separó, ella parpadeó y llevó dos dedos a sus labios, sin creer lo que acababa de pasar.

—Dulce, como supuse —indicó él, y esta vez se inclinó para besar los nudillos de los dedos que cubrían la boca femenina—. Descansa, Ágata. Piensa que estoy aquí y nada va a pasarte, ni a mí.

Lo miró alejarse, sin reacción, y cuando el elevador cerró sus puertas y lo quitó de su vista, parpadeó. Joder. Cillian O'Malley la había besado. Y le había dicho que la cuidaría.

Su mano temblaba mientras usaba la tarjeta para ingresar, y caminó como autómatas hasta el

lecho. Largos minutos pasaron mientras ella miraba el techo, el contacto en bucle en su cerebro, provocando nuevas reacciones de su mente y su cuerpo.

Un baño, agua muy caliente la haría reaccionar y salir de este trance en que Cillian la había dejado. Lo hizo, con éxito regular. Por un lado, lo bueno es que su preocupación por la Yakuza estaba ahora en segundo plano.

Lo malo es que su mente fértil ya la estaba poniendo en un altar con Cillian de traje, y ambos a las risas con un niño en brazos. Mira que eres niñata y poco mundo. De seguro esto no fue nada para él. La manera de calmarle, mañana no se va a acordar. Y tú vas a actuar como si nada, eh.

Tibia en sus pijamas, desmaquillada y las luces muy bajas, tomó su antifaz, dispuesta a hacer el esfuerzo de dormir. Recordó que su móvil estaba en silencio y lo tomó para programar su alarma y ver si tenía mensajes.

Desgraciadamente no los que quería, de Minerva. Había algunos de Sam en el grupo, mostrando fotos de la salida nocturna con el contador, que parecía más aburrido que entusiasmado. Y había tres más de su hermano Justin, al que no había contestado todavía.

JUSTIN: *Ágata, sé que leíste el mensaje. Envía el dinero, es urgente.*

Una hora más tarde.

JUSTIN: *¿QUIERES QUE NOS DESALOJEN?*

Idiota. ¿No sabía que las mayúsculas equivalían a gritar?

JUSTIN: *Mamá está enferma, necesita medicinas. ¿QUIERES QUE SE MUERA?*

JUSTIN: *¿ASÍ PAGAS LO QUE HIZO POR TÍ?*

¿Y qué hizo por mí además de parirme?, pensó, chocando sus dientes. No importa cuánto quisiesen manipularla o hacerla sentir culpable, no quitaba que ella sabía que no tenía por qué mantenerlos. Lo hacía porque quería, porque le era difícil romper el cordón que la ataba a esos miserables que más que familia eran pesos.

Hacerlo era romper definitivamente con un pasado feo pero que era suyo, y flotar en un mundo sin nadie a quien acudir. ¡Qué absurdo que sonaba! Si sabía que no podría contar con ellos si necesitaba ayuda.

Tienes que decidir qué harás, se dijo. Es el momento de pararte y dejarlos. De decir basta. Estás lejos, mucho, pero cuando vuelvas, también puedes estarlo. Podrías cambiar el número de teléfono, mudarte de casa, incluso de ciudad. Tu trabajo te da esa posibilidad.

Es lo que tienes que hacer. No tengas miedo, Justin no va a encontrarte, y si lo hace, puedes acudir a Minerva y a la agencia en la que trabaja. Son guardaespaldas, pueden ayudarte.

Tembló al pensar en la violencia en la que su hermano solía estallar por las más nimias razones. El consumo de drogas le había ido carcomiendo. Su madre no tenía esa excusa, pero usaba a Justin para extorsionarla.

Pedazo de mierda, ¿como estudiaste y tienes trabajo crees que puedes tratarnos como si

fuésemos basura? Lo que eres me lo debes. No habrías podido hacerlo sin mí, solía decirle.

Era a pesar de, eso era obvio. Y gracias a su abuela y la crianza que ella le dio en los años que compartieron antes de morir. La imagen de su nonna le llenó la cabeza y la confortó.

Había sido lo único dulce de su infancia, la que le dio esperanza, la valoró, le dijo que valía, que era inteligente, que apretara los dientes y siguiera, siguiera, siguiera, porque los túneles terminaban en algún momento y la luz derrotaba a la oscuridad.

Así había logrado lo poco que tenía. Estudiando mientras otros festejaban. Comiendo salteado. Trabajando medio tiempo. Acudiendo a becas que gente caritativa le sugirió y ayudó a aplicar. Tomando préstamos. Siempre con esos dos apareciendo para tomar lo poco que tenía.

Otro mensaje. Suspiró, pero no lo miró. Hasta que no se aguantó. Para su sorpresa, era de su jefe.

CILLIAN: Espero que puedas dormir. Cierra tus ojos con la convicción de que te cuidaré, bonita.

CILLIAN: Hablé con mis hermanos. Confían en mi evaluación de que Shimiso dice la verdad. Uno de ellos vendrá para apoyarme, y con más seguridad. Estaremos bien. Dulces sueños.

Ella tragó saliva y suspiró. ¿Qué decía de la personalidad de ese millonario con fama de seductor irreverente el que fuese tan gentil con ella? Que es un buen hombre. Protector.

ÁGATA: Sé que le preocupa la gente con la que trabaja, y voy a dormirme con la tranquilidad de que estaremos protegidos. Hasta mañana.

Hubo unos minutos de silencio, y luego otro mensaje.

CILLIAN: Estaba pensando...

CILLIAN: ¿Qué dices de salir los dos mañana temprano, sin compañía? Sin escolta, sin preparativos, de incógnito? La idea de la guía de ver los cerezos en flor se me quedó grabada.

Ella parpadeó. ¿No era esto una locura, considerando lo que acababan de saber? Les ofrecieron seguridad extra, venía más gente para protegerlos, y ¿él sugería salir solos?

ÁGATA: ¿No es lo contrario a lo que dicta el buen juicio? ¿Tiene siquiera algo para vestir de incógnito?

CILLIAN: Lo tengo. No visto de traje todo el días, todos los días. No se gana nada sin riesgo, y honestamente, no creo que este exista si nos cuidamos. Salimos por la puerta lateral, nos fundimos con la multitud, y nos volvemos turistas comunes.

La tentación era grande, y ella se mordió los labios. Finalmente, cedió, y envió un *Okay*, que fue respondido con emoticones de aplausos, y una nueva despedida y promesa de afinar detalle después del desayuno.

## TRECE.

No era un riesgo, se repitió, sepultando la molesta idea debajo de argumentos irrefutables. Era un ciudadano norteamericano con mucho dinero en su cuenta corriente y representando los intereses de una corporación muy grande.

La Yakuza tenía sus ojos en Shimiso, su problema era con él. Tal y cómo tenía planeado salir, estarían protegidos en un mar de gente y haciendo actividades normales y nada llamativas.

No estaba exponiendo a Ágata. Quería ayudar a relajarla, a que se sintiera a gusto y fuera de peligro, y esto no se lograría encerrándola en el hotel y rodeándola de guardias. Si acaso, esto potenciaría su ansiedad y haría que afloraran sus obsesiones.

Se había tomado el tiempo de leer las características del trastorno y ejemplos de casos. Así de interesado estaba en ella, al parecer. No era errado decir que se sentía tan extrañado como cualquiera que lo conociese.

Pero el cuestionarse y debatir internamente las razones por las que procedía empujado por su instinto no era para él. Algo en Ágata Valentini llamaba a su costado más sensible; algo en ella despertaba el deseo de cuidarla y escudarla de inquietudes o potenciales disparadores de tensión.

Ese algo también tenía un componente físico, por supuesto, y fuerte. El beso de anoche había sido espontáneo y a pesar de que apenas fue un toque de labios, se le antojó el más breve pero intenso en mucho tiempo. Era ridículo que un pico tan fugaz hubiese abierto la puerta a fantasías tan ... extensas y detalladas.

No, no era el beso, o no solo él. Era el combo que ella representaba. La suma de su figura deseable, de su rostro bonito, su eficiencia y responsabilidad, la sonrisa cuando estallaba, los ojazos que lo miraban y desnudaban vulnerabilidades... Joder. Lo ponía como ninguna otra.

Había sido llegar a su habitación y masturbarse como un niño cachondo, sin siquiera quitarse la ropa. Su mano y su polla trabajaron conjurados por su mente, que se hizo una fiesta con la bella en el vestido negro, reaccionando con belleza a sus halagos de buena niña, imaginándola a sus pies, arrodillada, el cabello suelto, y los labios envolviendo su miembro, recibiendo sus enviones... Imposible no correrse...

El problema ahora, más que una eventual y poco creíble ataque de los Yakuza, era actuar con templanza y moderación a su lado cuando había entendido cuánto la deseaba, cuánto quería que ella estuviese en su cama, debajo suyo, gimiendo por él.

Era más que capaz de mantenerse estoico y esconder sus emociones o pulsiones, después de todo, era un hombre avezado en altos negocios y tenía en su espalda la experiencia de haber sobrevivido a momentos muy peligrosos. Mas no era lo mismo.

En los negocios, primaba el desapasionamiento, la idea de ganar en el juego o enfrentar

desafíos. En su vida dentro de la mafia, la pulsión de sobrevivir y proteger a los suyos, a su familia, era lo que había guiado sus acciones.

Con las mujeres que habían pasado sin dejar huella en su vida, la regla había sido disfrutar y explorar sus pulsiones sexuales. Con Ágata ... No lo sabía bien. La conocía hacía bien poco, pero parecía que había estado esperando por alguien así por años. ¿Sería porque lo intrigaba?

Le llamó la atención desde el minuto uno, aunque al comienzo no lo vio como algo positivo, o siquiera la entendió bien. Sumar los minutos entre ambos le asustaba. ¿Cómo en tan poco tiempo se le había colado así?

La noción hasta lo mareaba, pero su madre no había criado a un cobarde. Sonrió al pensarlo. La matriarca O'Malley era una mujer diminuta con el don de mando de un comandante.

Así que aquí estaba, mirándose al espejo, y apreciando lo inocuo de su presencia en esos jeans oscuros, capuchón al tono y un gorro con visera encasquetado. Un turista occidental cualquiera. Se encaminó a la salida y tomó el ascensor hasta el piso de Ágata.

Ella le recibió en un look similar al suyo, y le encantó ver que el cabello suelto caía por su hombros y espaldas. La hacía más natural, descontracturada, incluso más joven, si cabía. La sonrisa dibujada en sus labios era leve, como si ella no se atreviese a soltarla del todo.

—Buenos días, Ágata. Te extrañamos en el desayuno —indicó.

—Preferí pedir servicio a la habitación. No me veía capaz de ocultar mis nervios frente a Santo. Él parece verlo todo.

Sí, el cabrón era bueno en lo suyo, debía reconocerlo. Había inquirido en voz baja qué le había dicho a ella anoche cuando la acompañó a su habitación, como si oliese que estaban gestando algo.

—Es su trabajo observar. ¿Estás lista?

Ella parpadeó.

—Paso al baño y ... Entra —le indicó.

La siguió, quitándose el calzado. Las cómodas zapatillas eran ideales para la tarea, que deberían hacer varias veces hoy.

—Haz lo que debas sin apuro —le indicó, y ella asintió, pero antes de dar dos pasos se detuvo.

—No sé si... No me siento bien al pensar que cometo una irresponsabilidad al exponerte a ...

Levantó una ceja, imponiendo autoridad al gesto. Que ella creyese que estaba a cargo y él era su responsabilidad era encantador, pero no iba a funcionar.

—Bonita, yo hice la invitación y la responsabilidad de cuidarme y de protegerte es mía. Aprecio tu preocupación, pero es innecesaria, lo prometo.

Le sonrió y se hizo atrás, extendiendo una pierna y cruzando la otra para que su tobillo descansara sobre la rodilla. Ella asintió y entró al baño, sin más. Obediente. Un subidón. Oh,

cómo podrían jugar con ello, fantaseó, y su mano fue a su entrepierna para acomodar la polla que se le sublevaba.

Su mirada recayó en el móvil, que estaba al lado de la bolsa con forma de bandolera. Las palabras de Santo volvieron a su cabeza. Tendría que indagar un poco para saber qué pasaba con ella y quien fuese que le había escrito para demandar dinero.

—Estoy lista —señaló ella, cogiendo su bolsa y cruzándola por encima de su cabeza.

—Perfecto. No te preocupes por nada. Estuve mirando un poco en Internet y tengo un itinerario ya previsto. Todo bastante cerca, por lo que aprovecharemos para caminar un poco y nutrirnos de la energía de la ciudad.

Ella meneó su cabeza y se movió en su lugar, dejando libre la sonrisa, obviamente encantada de la oportunidad, a pesar de los temores iniciales. Él se aseguró de que tomasen el ascensor que sabía los dejaba en la parte cercana al parque, y escurrirse no les tomó nada.

La tomó de la mano con suavidad y la condujo a ritmo ágil por los caminos rodeados de verde, y la inicial tensión en sus dedos se disolvió. La miró de refilón y notó que ella estaba embelesada con el paisaje.

Él también se fue distendiendo, y la posibilidad de caminar en libertad y al lado de una bella mujer que no lo miraba catalogando qué podía obtener de él, además de sexo, se le antojó preciosa. Libertad, eso sentía con Ágata.

No tenía memoria cercana de disfrutar de la manera en que lo hicieron en la siguiente hora, y por las cosas más nimias. Fotografiaron lo extraño, lo tradicional, lo cultural, lo bizarro, incluso hubo fotografías de ambos haciendo caras. Y si su mano se detuvo más de lo necesario al abrazarla para la selfi, o si fue muy atrevido besar su mejilla para otra, no hubo protestas.

No se podía ser más turista que esto, supuso, caminando por Tokio como si fuesen una pareja que veía todo por primera vez. La coartada perfecta, que coincidía con el mejor tiempo que hubiese pasado con una mujer en ... Nunca.

—Oh, ¡esta es la famosa calle del ramen! —exclamó ella—. Dicen que no hay nada como un humeante tazón de ramen para animarte. No es mi plato favorito, pero donde Roma, haz lo que los romanos —dijo, riendo.

—Es increíble cómo se las arreglaron para crear una calle con restaurantes bajo el mismo techo y en una estación de trenes —señaló.

—Dicen que las estaciones son los lugares a los que hay que ir para conseguir la mejor comida en Japón.

—Por eso las colas, ¿eh?

—Mm —asintió, mientras ambos se paraban y miraban la cantidad de personas en fila en los distintos locales.

—Tomémoslo como una señal de calidad —dijo ella, con un guiño, y Cillian se sorprendió de

lo relajada que se veía y cómo esto la embellecía sobremanera.

Hostia puta, los minutos que pasaban juntos no hacían más que enfatizar lo mucho que le gustaba.

—Bien, así lo haremos entonces. ¿Vamos por un tazón?

—Pues sí, confieso que a mí me encanta.

Se ubicaron en una de las colas y se dispusieron a esperar con paciencia.

—¿Siempre te interesó lo oriental?

Ella rio.

—Bueno, digamos que mi pasión devino en relación a otro de mis gustos, el animé. Confieso que conocí el ramen por Naruto, un personaje al que le encantaba devorar cuencos de sopa de fideos con ingredientes variados a gran velocidad.

—Animé, entiendo —asintió—. No es mi taza de té, como dicen.

—Oh, quedó claro desde el principio —dijo ella, con una mueca pícara, y él echó la cabeza atrás y rio.

—Fui un cateto total, lo admito. ¿Ese interés tuyo por el animé y ...

—Brujas, zombis, la fantasía histórica —completó ella.

—¿Es producto de un hogar de lectores, adictos a los videojuegos, o qué?

Su expresión cambió, volviéndose seria, y sus ojazos se velaron. Pareció como si ella se retrajera físicamente, y Cillian quiso darse una hostia. En su afán de saber más de ella, la presionó y parecía que había un tema ríspido allí.

—No tienes que ...

—Es complicado...

—¿Qué no lo es en las familias? —sentenció él, y tomó su mano, apretándola con suavidad—. Si has indagado en la mía un poquito, sabes que estuvimos conectados con la mafia irlandesa hasta no hace mucho tiempo.

—Eso... Digamos que Minerva dejó entrever algo, pero no sé, realmente más que algunos detalles.

—Tienes ante ti a un chico malo, Ágata. Reformado, eso sí —sonrió, y se acercó más a ella, tomándola por la cintura con aire posesivo que no tenía justificación, pero ella no protestó.

—Sí sé que te precede una fama de seductor y mujeriego —deslizó, mirando hacia otro lado.

No lo dejó pasar, porque no quería que quedara la impresión de que eso era lo que hacía con ella. Sí, eso pretendía, cada vez más convencido estaba de que ella y su lecho deberían tener una cita muy pronto, pero... Era complicado, ella tenía razón.

—Los rumores no tienen tanto fundamento. Aprecio lo importante y único cuando lo encuentro.

Sí, ella era un raro ejemplar, casi exótico en su mundo, de belleza natural sin estridencias ni

artificios, ni ambiciones desmedidas. Lo primero que había visto de ella habían sido algunas imperfecciones: boca muy grande, nariz demasiado pequeña, torpeza social.

Todo eso se le antojaba hoy risible, y se habían vuelto fortalezas. Estaba prendado de las posibilidades de placer que yacía en esos labios, brevemente paladeados.

—Respondiendo a tu pregunta —cambió ella de tema, ruborizada—. Mi familia es mi madre y un hermano, y sus intereses distan mucho de los míos. Tanto que podríamos haber nacido en polos opuestos y tiempos distintos.

La tensión y el disgusto permearon su voz, lo entendió sin necesidad de palabras más claras.

—Y dime, ¿hay algún pretendiente esperando por ti en Los Ángeles?

Ella negó con vehemencia. Avanzaron para alcanzar el mostrador y se concentraron en hacer sus pedidos, tarea en la que ella llevó la voz cantante. En breve estuvieron con sendos cuencos de sopa de fideos preparado con un caldo muy aromático, y a modo de topping, el suyo tenía pescado y el de ella vegetales.

—El secreto de esto es el caldo, que lleva gran parte del tiempo y cuidado, de sazón y hervor. La salsa también, los fideos son de trigo. El conjunto es rico, conforta y ...

—Es sabroso. Confieso que tenía mis reservas... —señaló—. Pero es como una pieza con partes bien distintas. Mm... —usó los palillos para levantar fideos, y pretendió envolverlos.

—No, no. Esto no es pasta italiana. Usa el palillo para llevarlos a tu boca. No te preocupes por ceremonias. Disfruta. Muchos toman el cuenco y lo empujan al final.

Los minutos siguientes fueron de degustar, sonreír, compartir mutuamente carne o vegetales, y se sintió natural. No era que ella estuviese desinhibida y contenta, él también. Era una novedad luego de tanto estrés, de tantos años de responsabilidades grandes, emociones variadas y relaciones que no lo eran.

—Mira, mira, tienes algo en ...

Extendió su mano y con su dedo limpió la comisura del labio, y el gesto se alargó y se hizo caricia por su barbilla. Ágata se inmovilizó, pero su rostro se torció levemente, como siguiendo a su mano.

Luego se retiró y su lengua rosa mojó el labio inferior, llevando la mirada de Cillian allí. El instante se sintió electrizado, pero fue cortado por el sonido de la llamada entrante en su móvil.

—Es Santo —le dijo, y tomó la llamada, haciendo un movimiento de retroceso cuando el grito del otro lado lo sorprendió.

—¿Dónde carajos estás, Cillian?

El tono grave era casi ominoso, y Cillian podía suponer lo tormentoso que debía ser el semblante del guardaespaldas.

—Tranquilo, no te alteres. Estoy bien, sin problemas.

—¿Cómo sales sin mí, gilipollas? —gruñó Santo, y Cillian respiró hondo para no contestar

con un exabrupto.

El reclamo del guardia tenía razón, y si bien no consideraba que estuviese en peligro, sabía que la tarea del otro era hacer esa evaluación. Lo entendía, lo sopesó, pero la urgencia por estar con ella a solas, sin testigos molestos, había pesado más.

—No dramatiques. Estoy haciendo un tour por la ciudad.

—Hostia puta. Pipen no me paga bien para tolerar esto —sentenció el otro—. ¿No fuiste tú el que me dijo que la Yakuza está rondándonos? Te creía más listo.

—Ronda a Shimiso. No van a reconocerme, me aseguré. Mira, me disculpo, no dudo que te ocasioné un mal momento.

—¡Un mal momento! No tienes puta idea. Eres la persona que vine a cuidar, y te me escabulles, Cillian. No puedo protegerte si haces eso. Tu evaluación del peligro es, por lo menos, parcial, ¿no crees? Deberías ser más cauto.

—Tranquilo, regresaremos pronto y ...

—¿Regresaremos? ¿Con quién estas....? No, no, no. No me digas que arrastraste a esa mujercita contigo, Cillian. Sabía que estabas caliente con ella, pero no...

—No hables así, cabrón. Cuida tus palabras —cortó, la voz fría—. Te dije que está todo bien. Vuelvo pronto.

Cortó, y cuando levantó la vista la vio parpadeando, preocupada, sus dedos tamborileando suavemente en el borde de la mesa, que ya había limpiado de trastos.

—Está enojado, pero se le pasará. Terminamos aquí, así que vamos al Foso.

—Mm. Yo... Estamos cerca de... Me encantaría ver los cerezos, pero estamos muy cerca de la calle del animé, y es uno de los lugares que no quiero dejar de visitar. Le prometí a Minerva que le haría videos y tomaría fotos.

—Apuesto a que sí —sonrió—. Pues ese es entonces nuestro destino. Los cerezos pueden esperarnos algún día más. Me gusta la idea, me da la excusa perfecta para volver a invitarte.

Ella sonrió.

—No es como si me fuera a negar. No tengo corazón para dejarte circular por Tokio sin buen manejo del idioma. Quién sabe qué podrías terminar comiendo.

—Ágata, esto no es trabajo, bonita, y me parece que ya te diste cuenta de que cuando estamos juntos y solos, no es la traducción lo que me interesa.

No le dio tiempo a aturdirse, incorporándose y extendiendo su mano para que ella la tomara.

—¿Hacia dónde?

Ella miró el móvil y consultó el mapa, estableciendo el punto al que debían llegar.

—Es aquí, a la vuelta. No puedo creer que voy a ver esto —parpadeó con agitación, y sus pasos ganaron velocidad, aunque las zancadas de Cillian lo mantuvieron a su lado.

—Tokio character street. También en el complejo de la estación. Dios, esto es tan grande y da

tantas vueltas. Bueno, para que entiendas... Si eres fan del animé o te gustan los dibujos animados y cosas así, esto es como el Cielo.

—Ahá. Y el resto nos contentamos con ver a la persona a nuestro lado volviéndose loca con estímulos visuales y merchandising, supongo.

—Eso creo. Oh, aquí estamos. Mira, Winnie the Pooh. No es que me guste especialmente, siempre me pareció muy ... meloso, no sé.

—Considerando que es su principal alimento, es entendible —argumentó, riendo, y ella resopló.

—Sabes qué quiero decir. ¡Oh, por Dios!

Se adelantó para cruzar y entrar a uno de los sitios donde lo que predominaban eran los Pokémon. Allí la perdió por largos minutos, en los que recorrió el sitio, miró los productos exhibidos, se tomó fotos e hizo un video.

La observó disfrutar, y la calidez de verla iluminada y sin una sola sombra de ansiedad compensó el hecho de que para él esto era aburridísimo. El área era básicamente una calle techada que alojaba dos decena de locales, cada uno de ellos vinculado a un personaje o animación. Hello Kitty, Sonic, One Piece (lo que fuera que esto fuese), Moomin.

Y con ellos como tema, lo que sea: paraguas, juegos, ropa, toallas, y mucho más. Las bolsas fueron creciendo a medida de que Ágata ingresaba a los locales, y cuando los gritos de éxtasis de Minerva se unieron al hacer una videollamada, la perdió.

Se contentó con ser el portador de sus tesoros, siguiéndola de cerca, bebiendo de sus expresiones de gozo y agitación entusiasta. Transcurrió una hora hasta que finalmente pudo sacarla del lugar, y cuando ella se dio cuenta de que se acercaba la hora de las reuniones, se disculpó con vergüenza.

—Nada de eso. La pasamos muy bien.

—Sí, en especial yo —hizo un gesto de disculpa—. Perdona, yo llevo esas bolsas.

—¿Y privarme de la oportunidad de ser tu caballero andante? Ni hablar —rio cuando la vio roja—. No sé cómo puedes ruborizarte tanto, pero me parece adorable. Me lleva a preguntarme por cuánto sitio tu piel se pone carmín.

—Atrevido —susurró ella, y él sonrió, pasando todo a una mano para tomar con la otra la cintura de Ágata, y atraerla hacia sí.

—Déjame que te disfrute un poco más. Cuando lleguemos, tendré a Santo en mi cuello, y probablemente también a Sam.

—No habrá demasiado tiempo. En dos horas tenemos que estar en la Torre Toranomón.

—Así es. Pero tenía razón, ¿no es verdad? Nos hizo bien descontracturarnos y pasear.

—Sí, así es.

La entrada del hotel estaba apenas a metros, pero él se detuvo y la atrajo más, tomando su

boca en un beso más largo y profundo que el de la pasada noche. Ella se sintió maleable y delicada en el abrazo, pero sus labios respondieron con firmeza, sin dudas, devolviendo el beso.

Entreabrió los mismos con la lengua, que acarició la piel suavísima y rosa, y mordisqueó el labio inferior, arrastrándolo, y con gula volvió por todo, comiéndole la boca, los gemidos de ella un afrodisíaco fenomenal.

Cuando la soltó, sus ojazos estaban cerrados, y dio un beso leve a la punta de su nariz.

—Bonita y encantadora, Ágata. Me gusta besarte. ¿Me vas a dejar que lo repita?

Ella batió sus pestañas, como ahuyentando la indecisión, y asintió.

—Probablemente... Pero no me gusta estar en ascuas y no saber qué...

—Lo hablaremos —prometió—. Ahora ve, descansa, alístate. Esta tarde tendremos que estar muy atentos en las reuniones. Tratemos de no distraernos mutuamente.

Asintió y se dividieron, él dirigiéndose al restaurant donde Santo había mensajado que lo esperaba. Lo que el cabrón dijera no quitaba que había sido una mañana y almuerzo fantástico.

## CATORCE.

Si había esperado que la tensión estuviese por las nubes en la sala de conferencia, se había equivocado. El CEO y su séquito se mostraban impávidos y retomaron las negociaciones donde se habían pausado la tarde anterior, como si la pasada noche no se hubiese tirado la bomba acerca de la amenaza Yakuza.

Cillian respondió de la misma forma, permitiendo que Ágata percibiese un poco más del hombre firme y decidido que era. Cualquier otro ejecutivo no hubiese dudado en frenar las conversaciones, rechazar el proyecto conjunto, o al hacerse a un costado y dejar que otros negociaran con él. Él no.

No tenía miedo, al parecer, o sabía controlarlo. *Su pasado, Ágata, él te lo contó.* Creció en el seno de una familia vinculada... Cabeza de una de las mafias más fuertes de Boston. ¿Cuántas amenazas habían recibido, o proferido? La idea no le supo bien, pero se dijo que eso estaba atrás.

Habían trabajado duro para retirarse, para cortar amarras. Lo escuchó de boca de Minerva, y en algún caso de Brianna, en un reunión. No conocía detalles, pero su amiga no hablaría tan bien de él si creyera o supiera de esqueletos en su closet. Y Minerva tenía la habilidad para averiguarlo. Eso la tranquilizó.

Era admirable, consideró, su mirada volviendo a él cada vez que podía, por una vez disfrutando de la posición de tercer plano que le era adjudicada en la mesa de empresarios poderosos y machistas.

Que reconociera que respetar las jerarquías y no alterar las aguas de lo esperable en tratos donde los millones parecían danzar en el aire era lo que debía hacerse no implicaba que ella estuviese de acuerdo.

Ágata podía tener una crianza jodida que erosionó su autoestima, pero había leído y mucho, así como vivido distintas situaciones donde el racismo y el clasismo predominaron como para no distinguir de qué lado estaba su cabeza y su corazón.

—... y la inversión del primero de los edificios será importante, pero será amortizada con las ventas de manera rápida. La demanda de metros construidos es elevada y la rentabilidad asegurada —dijo el contador de Shimiso, y Cillian asintió.

Los números habían sido chequeados varias veces antes de llegar, por supuesto, aunque algunos emergentes habían sido incorporados y charlados. No habían llegado aun a la consideración de reglas, normas y tiempos, y no es que ella estuviese especialmente interesada.

La calma la relajó y el ser más testigo que participante activa, salvo cuando surgía algún vocablo o frase compleja, la llevó a revisar la mañana. La ¿cita? Con Cillian. Sí, sonaba absurdo y grandilocuente, pero a la luz de lo que habían hecho y de las palabras finales, antes de

separarse al llegar, la salida había sido una.

Incluyó pasarla a buscar, almuerzo, paseo, pagar la cuenta, e incluso un beso que ... Joder, solo de recordarlo se derretía. *No te distraigas, te lo dijo, y así debe ser. Diferencia ámbitos, te están pagando muy bien por esto.*

Se enderezó más en su asiento y se abocó a escuchar y a concentrarse en la pantalla de su monitor enfrente, donde se proyectaban los documentos que se leían y discutían. Las carpetas con la misma versión, pero impresa, estaba al frente de cada asistente, aunque ninguno las había consultado. Los dispositivos sustituían al papel, y eso era bueno para los bosques, pensó.

Abrió su carpeta con cuidado, decidida a usarla ya que se había gastado en ella, y una parte natural había perecido para que ella tuviese algo que hacer. Separó las hojas que detallaban lo que ya estaba laudado de lo que estaba pendiente, y en el proceso algo no le cuadró.

Entrecerró sus ojos y contrastó la información impresa con la digital. Había discrepancias. Chequeó otra vez, esta vez volviendo al principio de las carpetas, y fue hoja por hoja. Ahí estaba. Habían agregados en la impresión que no estaban en la versión digital.

Algunos contradecían de manera flagrante los acuerdos que se habían tomado. Frunció el ceño, y su mente no le permitió dar a conocer el tema sin volverlo a chequear, olvidando totalmente lo que se discutía al momento en la mesa.

La inquietud la ganó. Estos documentos serían firmados al final de la lectura y no se revisarían, eso creía. Se daría por sentado que era lo mismo. ¿Era prudente interrumpir la reunión y ...?

No, no, impensable. Sería interpretado como un atrevimiento y una disrupción intolerable de su parte. Miró la hora. Faltaba media hora para el corte pautado.

Su mirada se posó en Sam, en el contador y luego en Cillian, y todos estaban imbuidos en la presentación que uno de los asistentes de Shimiso mostraba en la pantalla grande. Aspectos vinculados a seguros y préstamos, financiaciones.

Se removió en su asiento y miró la mesa, frustrada. Quince eran aquí, y contó igual número de ordenadores y de carpetas. Mismo color, misma letra. Quince bolígrafos. Sus dedos se aplicaron a ordenar las hojas de su carpeta de manera perfecta, y la enderezó para que se ajustara a la línea de la mesa.

Entonces se fijó en sus uñas y enarcó las cejas. Había una más cortita, y el esmalte no había quedado perfecto. Tendría que quitarlo todo y pintar para que estuviesen prolijas.

La presentación era importante. Definía cosa. *No piensas que esa gente te va a aceptar cuando se te nota de dónde vienes, ¿eh, Ágata? ¿Te crees mejor que nosotros?*

—¿Ágata? —el susurro de Cillian hizo que cortara sus digresiones, y su mirada la centró.

No era reprobatoria ni molesta, a pesar de que claramente había dejado filtrar su estrés y él lo había percibido.

—Es... —se calló y decidió escribirle.

Rebuscó en su bolsa y extrajo el pequeño bloc de pósito de colores, en el que escribió: *Algo está mal con los documentos. Hay una discrepancia entre lo escrito y los que aparecen en las pantallas.*

Deslizó el papel hasta él, agradeciendo que los demás estaban de espaldas, mirando la pantalla, y vio que Cillian leía y arrugaba el entrecejo, tras lo cual hizo el mismo procedimiento que ella había realizado momentos antes. Sin dudar, tomando su palabra.

Ágata no estaba acostumbrada a las formas de Cillian O'Malley, definitivamente. Y había mucho más en él que su glorioso aspecto físico. Sí, su juicio estaba definitivamente comprometido, pero, ¿cómo no?

El ceño ahora estaba fruncido, y él no disimuló el ruido que el manejo de papeles implicó, trayendo la atención de la habitación hacia sí.

—¿Lo aburrimos, señor Cillian —san? —dijo el CEO, con voz suave que sus ojos duros delataban.

Sí, no había apreciado la interrupción, pero que se jodiera, pensó ella, y la virulencia de su exabrupto interno la desconcertó. De habitual era más templada y menos emocional, pero...

*Por norma no te involucras en nada que no sea la traducción literal de lo que se dice, y no es lo que pasa aquí. Has desarrollado otros... intereses, y te has vuelto protectora.*

—Daisuke —san, lamento si distorsiono la reunión, pero mi asistente acaba de hacerme ver que hay algo extraño y preocupante.

La miró, reafirmando su posición con un leve gesto, dibujando un *gracias* con sus labios que la reconfortaron.

—¿A qué se refiere, Cillian —san?

La voz y la expresión del CEO mostraron intriga, y cuando Cillian comenzó a desgantar lo que pasaba con la documentación, la agitación que no había existido se desató. En los rostros japoneses ella leyó sorpresa, confusión, y luego turbación.

La voz del CEO, cáustica y demandante, exigió explicaciones, que claramente el personal presente no podía dar, por lo que fueron convocados los técnicos informáticos, que ingresaron en cuestión de minutos.

Dos jóvenes que no podían tener más de veinte años con sendas portátiles, que se abocaron a analizar la presentación mientras Shimiso pedía disculpas y pedía tiempo para detectar qué estaba pasando.

Cillian, Sam y el contador tenían sus cabezas unidas y susurraban, probablemente pensando implicancias de esta situación, o causas. Ágata no podía imaginar qué podía querer decir esto, o para qué hacerlo.

Pretender un engaño tan burdo no podía estar en la cabeza de alguien tan inteligente como

este empresario. Algo más debía haber ocurrido, aunque no podía imaginar qué.

—Señor Shimiso —san, hay un problema —dijo con voz queda uno de los chicos, y el aludido desorbitó los ojos.

—¿Cómo?

—Alguien adulteró la documentación, y no solo estas. Una brecha de seguridad.

—Pero... —Era la primera vez que el gran empresario parecía fuera de su eje—. No tiene sentido.

—El de dañar, claramente —intervino Cillian, calmado—. Si se fija, están retocados los aspectos más controversiales y que habían sido modificados a pedido de Liam Turner. Algunos aspectos son absurdos, incluso.

—Quieren dañar mi credibilidad —dijo Shimiso, sentándose, pensativo—. Hoy en la mañana dudé de nuestra conversación, Cillian —san, pero creo que esto... Esto es una maquinación en mi contra. Busca arruinarme, afectar mi honor. Crear discordia. Y quien sabe qué más, porque...

—Si la señorita Valentini no me hubiese puesto en alerta y no estuviéramos mirándonos a la cara y ambos preocupados por igual, podría creer que se actuó de mala fe. Daisuke —san, creo que es bueno que hagamos un párate para analizar mejor lo que está pasando.

El CEO asintió, y dio órdenes con velocidad para que su equipo se dispersara, además de exigirles silencio. Cillian se incorporó y les pidió a ella, Sam y el contador que salieran, cosa que hicieron.

—¡Put a hostia! —susurró Sam—. Esto sí que es inesperado. Un lío de cojones. Si hubiésemos firmado los documentos confiando en que la pantalla y la impresión coincidían... No quiero pensar en los quebraderos de cabeza y el problema en el que estaríamos sin percatarnos.

—Un punto para ti, Ágata, bien hecho —dijo el contador, y ella asintió, aliviada de que su ansiedad, por una vez, hubiese conducido a algo bueno.

—Señores, les puedo ofrecer una oficina para que estén más cómodos. Les llevaremos té —ofreció la asistente del CEO, con una reverencia profunda.

—Café —dijo Sam, que asintió y ella le indicó el camino, seguido por el contador.

Ella quedó atrás, y prefirió refugiarse en una salita de espera. Poco fue lo que estuvo sola, porque Santo estuvo a su lado de inmediato, sentándose a su frente, el ceño fruncido.

Conversación Santo queriendo saber qué paso adentro. Luego sobre la salida. Cillian interviene y lo ve celoso. Dice que está aliviado que venga Liam porque esto se complica. Habrá nuevo encuentro mañana, les dará tiempo para reestructurarse.

Acababan de esquivar una bala y se lo debían a Ágata. Cillian no cabía en sí de inquietud, y la charla con el CEO Shimiso no había ayudado. Sí, creía que el hombre no tenía responsabilidad

en el asunto, se notaba su aflicción y vergüenza, y esas no afloraban entre desconocidos y partes en los altos negocios.

Las emociones se dejaban a un lado, en especial las que lo mostraban a uno vulnerable. Esto era lo que Daisaku le mostró a solas: desconcierto, rabia contenida apenas, y humillación, todo lo que él se apresuró a hacer a un lado. Tenían que resolver asuntos, no quedar atados al mal momento.

—Daisaku —san, ¿quién pudo haber hecho esto? Porque el ataque es no solo a la empresa, sino a su figura, y tiene que haber sido hecho por alguien cercano.

El CEO arrugó el entrecejo, aún conmovido, y por ende sin atar todos los cabos, como Cillian creía haber hecho.

—Confío en mi gente, no me traicionaría. Dependen de mi, de que la empresa continúe prosperando.

—Los alterados fueron los documentos impresos, no los de pantalla. Alguien que tenía acceso a los archivos los modificó, sabiendo qué tocar, y los imprimió y facilitó para que estuviesen en la mesa de negociación hoy.

Shimiso quedó como petrificado y por unos segundos no reaccionó, pero entonces hizo un breve gesto de asentimiento con su cabeza y se sentó en el sillón frente a Cillian, poco a poco recuperando compostura.

—Lo que dice es cierto, Cillian —san. Es triste, pero no hay otra conclusión qué sacar. Alguien en este edificio trabajó para arruinarme, y tiene que estar conectado con los que me quieren enterrado.

—Esa facción de la Yakuza que me mencionó.

—Ichiro —el gesto de tristeza fue fugaz, pero Cillian lo percibió—. Crecimos juntos. Ingresamos a la Yakuza al mismo tiempo, y fuimos escalando merced a logros... Reprobables, por supuesto, usted me entiende —Hubo un largo suspiro—. Pero luego yo conocí a mi esposa y mi vida... Mi percepción de las cosas cambió. No quería lo mismo para mis hijos. Ichiro no me perdonó por abandonarlo, como dijo. Por traicionar los valores y al clan. Se convirtió en mi enemigo, algo que me dolió en su momento, pero... Ha estado tratando de derribarme por varios años, llegando incluso a ser un incordio para el jefe del clan.

—Pero usted es un hombre muy importante, lidera una corporación de las primeras en Tokio. Obviamente ha logrado esquivar esos intentos.

—Ha sido trabajo duro y constante, y rodearme de gente con la misma disciplina. Y mantenerme fuera de distritos donde mi ex clan actúa. La excomulgación es como un exilio, pero lo acepté. Ni Ichiro, sin embargo.

—Debe tener aliados aquí.

—O ha logrado chantajear a alguno de los míos —dijo, pensativo—. Le aseguro que mi gente

está dentro de las mejor paga de Japón.

—Cuanto más se tiene... —señaló, encogiéndose de hombros.

—Sí, pero ... —meneó su cabeza—. No puedo pensar en alguien que querría boicotear así nuestros esfuerzos por expandirnos. Hemos apostado gran parte de nuestro capital en este proyecto, y ...

—Tal vez por ello es buen momento —comentó—. Que el proyecto falle y que sea en medio de un escándalo internacional y financiero...

El hombre se demudó.

—Mi ruina sería total y no podría recuperarme, incluso... Moralmente, sería mi destrucción.

—Es maquiavélico —asintió lentamente—. Pero lo sabemos ahora. ¿Qué haremos al respecto?

El CEO levantó su cabeza y lo miró, muy serio.

—Cillian —san, es usted un hombre honorable, y le agradezco su franqueza y comprensión. Me congratulo de haber sido abierto con usted a tiempo, y reitero mis deseos de trabajar juntos, mi empresa y la que representa.

—Los O'Malley hemos vivido situaciones angustiantes y sabemos lo complejo que es dejar atrás a la mafia. El proyecto es excelente, y nos beneficia a ambos, en la medida en que se cumpla lo que se acordó.

—Así será. Haré la denuncia hoy mismo, y lo haré en persona. Tenemos las pruebas, y son ellos quienes deben proceder. Trabajaré con mi equipo para que haya una revisión del archivo madre, que será impreso y cuando esté listo, nos reuniremos y lo leeremos y firmaremos. Aceleraré los trámites para que no tome más de su tiempo del pensado.

—Ya tendremos a mi hermano Aidan y a Liam Turner aquí para ello. Aún no conocen esta situación de hoy, pero estoy seguro de que coincidirán conmigo.

—Es oprobioso que deban dejar sus responsabilidades y familia por algo que se fue de mis manos. Contará negativamente en la descripción de mis virtudes.

—Usted ha sido abierto y honesto, y le aseguro que eso es lo que más valoramos.

El CEO hizo una reverencia profunda, a la que Cillian correspondió. Lo siguiente, apenas Shimiso dejó la habitación, fue hablar con Brian y Aidan en conexión simultánea, lo que implicó a Liam también, porque su hermano mayor y el mayor de los Turner estaban reunidos en ese preciso instante.

Como esperaba, avalaron sus palabras después de escuchar su relato, aunque hubo preguntas varias sobre su perspectiva de la situación, del carácter de Shimiso, de la eventualidad de algún ataque físico. Desalentó esto último haciendo confianza en las palabras del CEO.

—Hay seguridad por todos lados, y hombres a los que se nota preparados para repeler cualquier agresión, si el tal Ichiro llegara a planear algo alocado. Pero no creo, realmente. Me da

la impresión que sus tentáculos no son largos, y es probable que Shimiso tenga razón y lo que pudo hacer es convencer o apretar a alguien importante aquí para que llevara adelante esta treta.

—Pues ese alguien debe estar ahí todavía, y debe haber vigilancia alrededor de Shimiso.

Él había pensado lo mismo. Quien fuera el responsable de la modificación de los contratos, y en especial si estaba siendo presionado, debía estar siendo monitoreado. Alguien más estaba involucrado.

—Viajamos mañana en mi avión —señaló Liam, y Cillian se alegró de que esto no estuviese moviendo un pelo en el multimillonario.

El negocio era muy rentable y si salía bien, ganarían mucho, pero sobre todo, se expandirían y el concepto de construcción Turner saltaría el océano. Eso era la manzana que atraía a Liam y sus hermanos.

—Eso dará tiempo a Shimiso para reordenar todo. Me aliviará que los pesos pesados me quiten responsabilidad de los hombros —bromeó.

—No creas que vas a dedicarte a hacer turismo mientras nosotros sacamos las papas del fuego —gruñó Aidan—. Ya me enteré que estabas haciendo de las tuyas.

—¿Oh? ¿Tengo una rata a bordo también? —bromeó.

—Santo estaba fuera de sí. No vuelvas a desaparecer sin avisarle, Cillian. Sé que te crees intocable, pero no se jode con la Yakuza. Cuídate.

—Lo hago. Nos vemos.

Cuando finalmente salió de la sala, encontró a Ágata y Santo esperándolo, ambos sentados y charlando en voz baja. La expresión de ella era... No supo si afligida, avergonzada, o molesta, pero había tensión en sus hombros. Nada de la actitud laxa que había tenido con él en el paseo, y el instinto protector lo llenó.

Santo lo vio antes que ella, y Cillian le hizo sentir todo el peso de su desaprobación con la mirada y un gesto de su cabeza, invitándolo a separarse de ella, al que el cabrón respondió con un rodar de ojos.

Ágata lo miró entonces, y hubo alivio en los ojazos y el desarrugar de su frente, y eso lo hizo sentir... orgulloso. Joder, que lo llevaba mal.

—Santo, hay novedades que debemos discutir, pero lo haremos en el hotel.

—Algo de eso me contaba Ágata.

—Nos vamos, adelántate para asegurar que el vehículo nos recoja.

—Sí, eso ya está hecho. Ya tomé contacto con los custodias que nos fueron adjudicados. Son seis. Nos seguirán, y harán guardia del hotel y los alrededores las veinticuatro horas desde hoy hasta que nos vayamos.

—¿Seis? Eso es una exageración.

—Rotación de guardias, pero considerando lo que viene ocurriendo, ser extra precavidos no

está de más. Y se van a agregar Aidan y Liam.

—Estos van a venir con guardias de la agencia de Matt Turner, eso es seguro. Esas son palabras mayores —no perdió la oportunidad de pinchar a Santo en su orgullo, y el resoplido demostró que había dado en el blanco.

—Sí, sí, tal vez el simpático Hawk o el bromista Joe.

—Ágata, lo tuyo fue... —se sentó a su lado y apretó su rodilla con suavidad, dejando que los muslos se tocaran.

Rubor, parpadeo, adorable cortedad la envolvió, y él sintió ese pinchazo de necesidad. Lo ponía esa inefable vulnerabilidad que ella exudaba a su lado, pero que no escondía el deseo, hasta la necesidad de que la tocara de alguna manera, de que le hablara y halagara.

Le provocaba envolverla para protegerla de todo y todos, excepto él. Quería descubrir todo lo que la hacía vibrar y latir, para provocarlo. Quería devorarla y pervertirla, quería... Hostia... Hostia puta, se le había colado hondo.

—Lo que descubriste fue gigante. Te mereces el mayor bono de la historia de la corporación, bonita. Gran trabajo, excediendo mis expectativas.

Ella sonrió, agradecida, disfrutando del halago. Tengo muchos más para ti, bonita, y más íntimos, más atrevidos... No puedo esperar a tener la oportunidad de decírtelos.

Carraspeó, y se incorporó, extendiendo su mano para ayudarla, y conduciéndola al ascensor con su mano posesiva en su espalda, ignorando por completo la expresión seria y desaprobatoria de Santo. Gilipollas metomentodo.

## QUINCE.

Avanzó con seguridad, partiendo el agua, pausada pero segura, concentrada en cada brazada, apostando a que el ejercicio aflojara sus músculos y distrajera su mente.

Era tarde en la noche, la cena había pasado hacía al menos dos horas, y no había podido conciliar el sueño. Su cabeza no había parado de enviar un torbellino de imágenes y se había sentido sobrepasada, en urgente necesidad de gastar la energía que brotaba por sus poros y que, mal encauzada, la fijaría en detalles nimios.

No sería la primera noche de su vida que se la pasaba ordenando y reordenando objetos, y no se le antojaba. No. Tenía asuntos... Alguien en quien pensar y en quién focalizar. Concentrarse. Obsesionarse.

Cillian era su nueva manía, aunque pretendiese lo contrario. Y no era una idea loca, un pensamiento que pretendía manifestar deseos al aire, no. Él la miraba, la tocaba, la besaba, y si no había entendido mal la situación en más temprano, la celaba.

¿De qué otra manera tenía que interpretar el gesto hosco con el que su jefe había hablado a Santo, el hecho de que la tomase de la mano y se interpusiese entre ambos?

Podía ser que fuese un deseo el suyo, pero no lo creía. Y eso disparaba decenas de posibilidades, todas las cuales la ponían loquita de ansiedad. Esos dos besos habían abierto un hambre en ella que se le antojaba desconocido. A ver, si, ella tenía una libido regular, y dificultades para drenarla, normalmente.

La constante en esos años había sido o la falta de candidatos que le interesaran, o que el que le gustaba no respondiera igual. Por tanto, su mano y los juguetes, gracias a la industria de la autosatisfacción por ellos, habían sido la norma.

Le bastaba con algunos de los dedos de una mano para contar las veces que alguien la invitó a salir y la noche derivó en sexo. La reseña histórica de sus experiencias era desoladora, porque tampoco habían sido citas gloriosas.

Esta época de aplicaciones de citas donde el dedo índice gobernaba deslizando a izquierda o derecha no la favorecía. Le entraban dudas cuando veía las fotos o descripciones de los que le escribían. Ni lo pensaba cuando lo que aparecía era una foto de alguna polla.

¿Qué ser humano en sus cabales creía que presentarse con su pelvis era de buenas costumbres? Joder, no era una pacata, pero un poco de sentido común. Los seres humanos tenían miles de años de evolución, el tamaño del cerebro aumentó y sería bueno usarlo.

De hecho, generalmente enviaba un artículo con ese título a los idiotas que creían que iba a caer de rodillas al ver su miembro. Y bloqueaba, porque no estaba para meterse en discusiones improcedentes.

Su mano chocó con el borde y se enderezó en el agua, quitando sus lentes y respirando profundo. Cuatro largos había nadado y estaba un poco más laxa, pero el esfuerzo de voluntad que eso implicaba era feroz. Lo que era bueno, porque cansaría a su mente y haría que durmiese mejor, consideró.

—Veo que tuvimos la misma idea —escuchó, y la voz ronca y grave de Cillian lo anunció antes de que sus ojos lo descubrieran.

Parpadeó y tragó saliva, mientras su cabeza giraba y sus ojos se clavaban en la figura atlética y sexy del millonario, que estaba sentado en una de las tumbonas colocadas en uno de los extremos. Cuánto hacía que estaba allí, desconocía.

—Es un buen ejercicio para distenderse —dijo ella, cruzando sus manos en el borde de la pileta y colocando su barbilla sobre ellas—. Imagino que... con lo que está ocurriendo, debes necesitarlo.

—Mm, así es. Era esto o el gimnasio, y me alegro haber hecho la elección apropiada.

Se incorporó y estiró, brazos por encima de la cabeza, luego alternó llevando talones a su trasero, y cada movimiento lo siguió Ágata con el deleite de un felino que veía verterse leche en un cuenco.

No había desperdicio en el cuerpo de Cillian, era fibroso, compacto, sensual, y las yemas de sus dedos quemaban por tocar, por acariciar esos planos y líneas masculinas. No había deseado a nadie con la fuerza y la claridad con la que lo hacía con este hombre, pensó.

—¿Está tibia el agua? —le preguntó, su mirada clavada en su faz, y su semi sonrisa traviesa le dijo que él tenía muy claro el efecto que poseía sobre ella.

Suponía que no debía ser difícil percibirlo. No podía disimular lo que le pasaba, en general, y por eso era tan mala en algunos juegos. Su rostro la delataba, y si no, lo hacían sus manías expresadas en acciones de repetición obsesivas.

*Sí que eres tonta. Nadie quiere a alguien aburrido y seguro que te persigue como perrito faldero,* le había dicho su hermano Justin una vez, cuando lloraba porque su primer novio la había dejado por mensaje. *Encontró a alguien más interesante, es obvio. Eres demasiado intensa, necesitada.*

Necesitado él, su madre, que no la dejaban tranquila con exigencias de un dinero que no ganaban, pensó con encono, pero la semillita que aquellas frases habían sembrado en ella permanecía, y la acosaron con dudas mientras él se sentaba a su lado, sus pies en el agua hasta las rodillas, y la miraba con una ceja levantada.

—Está... Está calentita, sí.

*Contrólate. Que no vea que te gusta a morir y que te está costando pensar con corrección.*

—¿En qué piensas? —su mano vino a su rostro, y lo acunó, haciendo que lo mirara,

impidiéndole bajar su vista—. Puedo notar que no son ideas muy agradables.

—No me conoces tanto como crees —respondió, por instinto, tratando de esconderse detrás de la desarrollada fachada de sequedad que solía funcionar, pero él meneó su cabeza.

—Tal vez no, pero he visto tu rostro cuando estás en calma y relajada, y es muy distinto a este. No me malinterpretes, es igual de bonito... —la yema de su dedo pulgar acarició su labio inferior, y su mirada cobró un tinte más oscuro, más intenso—. ¿Qué pasa por esta cabecita tuya, bonita?

La boca reseca sentía bajo el peso de esos ojos que no daban espacio para esconder nada. *Eso es absurdo. Puedes irte cuando quieras. Tomar tu bata y esconderte en tu habitación. Él no te detendría.*

¿A quién engañaba? No quería irse, ni esconderse. Tenía una vida para seguir haciéndolo. Pero no tenía la elegancia para mostrar su deseo sin que se viera... barata. Sin glamur, ni experiencia.

Era un manojo de nervios que explotaría apenas él la tocara, y se volvería pura necesidad en sus brazos. No había posibilidad de que Cillian O'Malley mantuviese su interés cuando descubriera que era un sin fin de grises. Cuerpo promedio, rostro normal, manías muchas, el peso de una familia de abusadores.

—Mucho, ese es el problema —dijo muy quedo.

Él estuvo en el agua en un santiamén, y su presencia la envolvió, literalmente, cuando él la dio vuelta para que quedasen frente a frente, ella entre la pared de la pileta y su pecho, apenas a centímetros, los brazos musculosos a cada costado de sus hombros.

—Si lo que te preocupa es lo que pasó hoy, el negocio, la Yakuza, olvídalos. Está controlado. Tenemos guardias más que suficientes, escuchaste a Santo. El señor Shimiso ya convocó a las autoridades. Nuestra embajada está al tanto —ella abrió los ojos grandes—. Sí, ese detalle es nuevo, pero me pareció pertinente. Así que no puede haber miedo, Ágata.

—Eso es... bueno —contestó, bajando su vista, incapaz de tolerar el fuego que la quemaba cuando lo miraba, que no podía ser más que su propio deseo proyectado en él.

Las dos manos se movieron a la vez y la envolvieron, y ella dio un pequeño gritito cuando el envión de Cillian los deslizó por el agua. Él la colocó sobre sí para nadar de espaldas, y ella cerró sus ojos, sin poder creer la tibieza líquida y la dureza del cuerpo succulento que se apretaba contra ella.

—Relájate, Ágata, confía en mí. Cierra tus ojos y déjate conducir.

Era extraño, impensado, pero ... Oh, era exhilarante. Se dejó ir, aflojando sus miembros, y por largos minutos no pensó en nada que no fuesen esos brazos, esa voz que le susurraba palabras bonitas y relajantes.

—Eso es... Mi propia sirena... Mi bonita detective... ¿Ágata?

—¿Mm?

—¿Eres consciente de que me gustas mucho? —le susurró, y ella parpadeó, ahora haciendo la plancha sostenida por sus dos brazos.

—Lo he estado manifestando —contestó—. Pero mi mente me tironea en varios sentidos. Una parte de ella no es mi mejor amiga.

No pensó que era raro que le confesara esto a su jefe. La situación toda era bizarra, y no la había comenzado ella. De hecho, él ... Acababa de decir que le gustaba. Joder. ¡Joder! Perdió pie por un momento.

—¡Shh, tranquila!

La abrazó contra sí, y rio bajito, y el contacto de pieles semidesnudas llevó las vibraciones de su pecho por el de Ágata.

—¿Que le gusto?

—¿Manifestar?

Las dos preguntas se cruzaron.

—Claro que me gustas. ¿Crees que hago la danza del agua con cualquiera, bonita? —le susurró en la oreja, y sin más, tomó su lóbulo entre los labios, y tironeó de él, soltándolo con un plof audible.

Ágata estaba sin palabras.

—No, pero... yo...

—¿Qué es manifestar, bonita?

—Como...visualizar. Soñar...

—Me gusta la idea de que me sueñes, te confieso.

Él la había llevado hacia uno de los vértices de la pileta, y allí volvió a encajonarla, casi con sentido propietario.

Se sentía bien, más que agradable. Poderoso. Enervante. Y la polla en estado de dureza creciente se percibía empujando su muslo.

El beso que siguió fue de esos que ella solía ver en las comedias y nunca había vivenciado. Como si los dos rostros se fusionaran en su parte baja, los labios succionándose como si quisieran comerse.

En él había pasión, fuego, deseo obvio. En ella igual, pero también una mezcla de alivio con desesperación. Porque lo soñado se alcanzaba, pero no sabía cuánto podría mantenerlo.

Se aferró a él, sus manos húmedas resbalando por su cuello y tomándose luego de su nuca, entrelazándose allí para apretar las bocas y alargar el contacto, en el que las lenguas ya participaban danzando una con otra.

Una de las manos masculinas la sostenía y empujaba contra el pecho ancho y la otra se coló por el medio de los cuerpos y envolvió su coño, haciéndola gemir, sorprendida y excitada por el

atrevido movimiento.

Él se desprendió de su boca, pero no fue lejos, sino que murmuró sobre ella:

—Estamos haciendo toda una escena digna de reprobación. ¿Qué diría Santo, o Sam, si viesen cómo dejás que te bese y te toque así?

Ella quiso contestar, pensar con claridad y reaccionar con la vergüenza que esto ameritaba, pero no encontró cómo. Él la tenía a su merced, ahora mordisqueando sus labios, mientras su mano se colaba por el bañador y la acariciaba en su lugar más íntimo.

—¿Está bien esto? ¿O estoy yendo más allá de lo que quieres?

Ella sacudió su cabeza, incapaz de responder, su garganta estremecida, toda ella vuelta reacciones físicas al toque que anhelaba como respirar.

—Palabras, bonita, necesito que me digas sí o no.

—Sííí —gimió, alargando el consentimiento, y habilitando que los dedos cometieran actos más traviesos.

—Imagina que llegan y te ven así, en mis brazos, transida de deseo y pasión... Tan jodidamente hermosa y entregada. Puta hostia... —murmuró él, sus labios bajando por su garganta, labios abiertos, la lengua trazando la línea central.

—Oh... Oh...

Había perdido capacidad de modular, al parecer. Sentía, vibraba, temblaba, colgada de él con entrega, mientras dejaba que él construyera placer en su coño, que acariciaba y estimulaba con sus dedos con habilidad.

—Escucharían cómo gimes de placer... Si hay algún empleado cerca, o cámaras, tal vez puedan percatarse de lo que te estoy haciendo... De que te estoy complaciendo y no falta nada, nada, para que te corras en mis brazos.

Estas palabras tenían que hacerla despertar del delirio e incitarla a correr a su habitación y comportarse. No obstante, la ponían más y más.

No había sido consciente de que había un lado voyeur en ella, pero claramente Cillian O'Malley despertaba costados de ella que no había explorado.

—Estás tan mojada, y es obvio que no es el agua de la piscina, bonita. Te estoy abriendo muy bien —Él ya no solo estimulaba su clítoris, sino que también introducía su dedo en su cavidad—. Tenemos que entrenarte. No veo la hora de follarte entera, Ágata. Me tienes loquito, preciosa. Vas a correrte toda para mí, y mañana habrá más. Tenemos tiempo. La agenda se ha modificado, y me encantará llenar esos huecos. Dicho con toda intención, bonita.

No podía pensar, y ese discurso largo y quedo se le perdía, el orgasmo en plena construcción. Cada sensación hacia la explosión final fue tejida con maestría y conexión de palabras y toques, más besos candentes.

Como el que ahogó su grito al finalmente correrse sobre la mano de su jefe. Laxa y sin

fuerzas, él la sostuvo contra sí, gentil, besando su frente y su nariz, y luego, se tensó.

Ágata demoró en darse cuenta, pero la cordura regresó mientras él la ayudaba a apoyarse en el borde. Cillian le envió un beso, y luego se separó lentamente, para dejar un buen espacio entre ambos, justo cuando el sonido de pasos y el saludo de Santo les hizo saber que ya no estaban solos.

Cillian lo había escuchado y por ello se movió y la escudó con su cuerpo hasta que volvió en sí. La posibilidad de que Santo les hubiese descubierto, de que hubiese visto algo de lo que acababa de pasar, le cortó la respiración.

—¿No es algo tarde para nadar?

—Puede ser, pero Ágata y yo coincidimos aquí, y ahora tú. Los sucesos nos dejaron a todos conmovidos.

El guardaespaldas gruñó y se quitó la bata, ingresando a la piscina con calma. Ágata no podía hablar todavía. No podía creer lo que acababa de pasarle. Joder, lo que había hecho. Lo que se dejó hacer. Lo que ... Como fuera.

—¿Estás bien? —le susurró Cillian, atento, mirándola con atención, y luego su mirada hacia Santo, que nadaba con velocidad.

—Estoy... —carraspeó—. Sí, estoy... bien.

—Claro que sí —sonrió, sus ojos entrecerrados—. He descubierto algunas cosas interesantes de ti, mi bonita Ágata. No tienes idea... —la voz bajó hasta hacerse casi inaudible, a la vez que Santo retornaba hacia ellos, y no habló otra vez hasta que se volvió a alejar.

—No te haces una idea de lo mucho que me atraes... Esa fragilidad tuya, me convoca, me desafía. Todo lo que vamos a hacer, si así lo quieres, hermosa.

—Sí, sí —señaló ella, con fervor.

—Buena chica —dijo, y le hizo un guiño, y luego nadó para alejarse y salir de la pileta al lado de donde estaba su bata. La anudó con calma, y luego caminó para donde estaba la suya, que extendió y sostuvo, cerca del borde.

Ella salió y se dejó envolver, esperando que Santo interpretara este como un gesto de caballerosidad, aunque el que Cillian se inclinara sobre su oreja y le susurrara fuera menos justificable.

El ascenso a su piso fue en una nube, de la que solo despertó cuando Cillian besó su mejilla y le deseó buenas noches. Su mente siguió obnubilada mientras se desvestía y preparaba para dormir.

No creía que esto fuese posible luego de ese orgasmo. Después de esa escena increíble, que más parecía una de película no apta para menores. ¿Cómo es que algo tan fuera de lo común, tan placentero y al límite le había pasado a ella?

Se recostó y se cubrió hasta la barbilla, los ojos abiertos pero llenos de imágenes. Danza en el

agua, había dicho él, y aunque a ella probablemente le debió faltar gracia, y tal vez parecía más un manatí que una sirena, había sido hermoso.

Él la vio tensa y la ayudó a relajarse. Aunque no le bastó con nadar con ella, no. La elevó y la estremeció. Tomó posesión de su boca, desarmándola, y luego de su coño, demostrando que podía excitarla a voluntad. Y ella respondía, obnubilada. Él la tuvo apenas al presentarse en la piscina.

Suspiró. ¿Qué pasaría mañana? ¿Cómo seguiría esto? Estaban en medio de una situación muy particular. Él era su jefe, había otros muy cerca que podían pensar lo peor de ella, su reputación podía arruinarse si se filtraba que... que... tenía sexo con quienes la contrataban.

*Nunca lo has hecho, se dijo. Tienes años moviéndote de corporación en corporación, codeándote con cientos de hombres, y ninguno te provocó esta reacción. Ninguno. Cillian es particular, y él dio el primer paso. Es soltero, no tenemos contratos permanentes. No hacemos mal a nadie. No perjudico a nadie.*

Tenían que hablar. Lo que pasara con ellos fuera de lo profesional debía estar reglado para que tuviesen las reglas claras. No reglas, pensó, pero algunos tips, algo. Ella necesitaba algunas seguridades para navegar una relación, aunque fuera casual.

No había tenido una antes, pero por Cillian, no lo dudaría. Estaba demasiado metida en esto, demasiado interesada en él como para decir que no a estar con él, aun cuando el tiempo entre ambos fuese limitado.

Deseó no estar sola y tener a alguien para poder hablar, discutir lo que rebotaba en su cabeza en círculos viciosos. Minerva. Tenía que hablar con Minerva.

Se incorporó y buscó su móvil, y volvió a envolverse en el cobertor, tipeando.

**ÁGATA:** *No tengo idea de qué hora es allá, pero cuando puedas, necesito hablar, amiga. Estoy en un dilema. O no, en verdad, porque tengo decidido qué hacer.*

**ÁGATA:** *Pero necesito que me escuches y me digas con sinceridad si estoy cometiendo una locura. No puedo pensar en nadie que me conozca mejor, y que me entienda.*

Esperó unos minutos, el móvil contra su pecho, pero como sospechaba, la respuesta no llegó. El calor del lecho, el ejercicio, el cansancio del día y muy probablemente, las endorfinas del orgasmo, la vencieron y el sueño llegó misericordioso, apagando la turbulencia y agitación que era su cabeza.

## DIECISÉIS.

*No, váyase, ahora no puedo. ¿Quién en su sano juicio estaría tocando a su puerta en medio de la noche? Tenía que ser el zombi que había visto acosando a aquel hombre al salir del bar. Lo vio desde la piscina.*

*No parecía raro el que hubiese una piscina en el centro de una calle del viejo Oeste cuando llegó, pero ahora... Mmm, ahí estaba otra vez ese golpeteo. Tonto. ¿Creía que ella le iba a abrir? Zombi molesto e insistente. Toc, toc, toc.*

Su cerebro embotado reaccionó con lentitud, y aunque instó a sus ojos a abrirse, estos no respondieron, y cuando finalmente lo logró, lo que vio fue oscuridad. Joder, ¿quién jodía en la noche?

Confusa, se sentó, adormilada, y entonces fue consciente del antifaz que llevaba puesto, y resopló, levantándolo.

Hostia, pensó, la luz colándose por los visillos. Era de día. Dos golpes sonaron otra vez, y esta vez la voz de Cillian se escuchó clara:

—¿Ágata?

Parpadeó y bostezó al mismo tiempo, y se movió como autómatas para alcanzar la bata, que ató, sus movimientos lentos y descoordinados, y fue hasta la puerta.

Solo cuando abrió y lo vio en su glorioso esplendor, magnífico en sus chinos negros y camisa italiana, pensó en su apariencia, y suspiró con desmayo. Era una idiota.

RIP a la posible continuidad de orgasmos. Adiós a lo que pudo ser. ¿Por qué fracasó tan rápido?, se preguntarían. Sencillo.

Aliento mañanero sin resolver, cabello como nido, cara hinchada y ojos encapotados de sueño, estupidez grado infinita. Implosión, provocada por la protagonista y su falta de cerebro, pero su vagina la va a castigar por siempre recordándole lo que tuvo y perdió.

La risa baja y la mirada divertida que la recorrió de ida y vuelta la hizo resoplar y ruborizarse, escondiendo su humillación tras sus manos.

—Buenos días, dormilona. Tienes los ojos muy hinchados, pero supongo que van con el verde.

Ella parpadeó, sin entender, y él llevó su mano a su cabeza, quitando el antifaz de la Rana René y observándolo con seriedad. Ágata rio, espontánea, relajando su postura con el chiste.

—Buenos días —respondió—. Yo... ¿Qué hora es?

—Probablemente tarde para lo que acostumbras, pero temprano para cualquier actividad que decidamos ejecutar. Las 9 am.

—¿Qué? Me dormí, hostia —dijo, la alarma sonando en su cabeza, alertándola de que su

agenda había sido desvirtuada.

Llevó sus manos al cabello, intentando domarlo, y se dio la vuelta para precipitarse adentro y comenzar una agitada preparación de ropa, y luego fue como una flecha al baño.

Tarde, era tarde. Estaba retrasando a todos. *Ineficiente. Inútil. Estás destinada a hacer las cosas mal, querida*, resonó en su cabeza.

Dientes, doble cepillado. Lavado de cara, primero con agua fría para despertarse más, luego tibia. Rutina de limpieza, sin la que su piel se sentía tirante. Limpiadora, agua micelar, hidratante. Cepillado de cabello. ¿Suelto, moño, cola de caballo? Lo último, decidió, y la hizo rápido.

A vestirse. Cuando volvió al dormitorio, encontró a Cillian sentado en el borde de la cama, y esto la detuvo en seco. Joder, cómo le costaban las mañanas. De otra forma no se explicaba que su rutina hubiese primado sobre la presencia masculina.

Y que se hubiese dejado permear por las palabras viles que la ninguneaban. No solían funcionar cuando estaba bien despierta y en control. No retrasaba a nadie. No había reunión planeada. Todo estaba en espera de lo que Shimiso resolviera, y de la llegada de Aidan O'Malley y Liam Turner.

Al menos estaba presentable y fresca. En bata, sí, y desnuda bajo ella, pero... La idea envió un temblorcillo a su entrepierna, que recordó sin problemas lo bien que la había pasado anoche.

La sección modesta y con pátina social de su mente también, y fue esta la que envió rubor a su rostro y cuello.

—¿Lista para charlar? —le preguntó él, sin un gesto en su rostro o actitud de que acababa de ver a una mujer con manías.

Por el contrario. En calma, sonriendo, y guapo. Condenadamente guapo. Su mano casi le picó de ganas de recorrer la línea de su mandíbula y subir por su cabello, acariciando su nuca, quedándose allí a vivir.

—Sí, perdón que te hice esperar. Estaba muy dormida.

—Es entendible. Ayer fue un día intenso, y la relajación final... —sonrió, y ella aclaró su garganta, removiéndose en el lugar.

Él golpeó a su lado, indicándole que se sentara, y ella así lo hizo, dejando unos centímetros entre ambos, pero él le envolvió la cintura y la atrajo hacia él, chasqueando la lengua.

—Pasemos de las tonterías, Ágata. Sé que eres tímida, pero entiendo que hemos superado el estatus jefe —empleada —Ella intentó hablar, y él le colocó un dedo en la boca—. Sí, existe y lo mantendremos frente a los demás, no te preocupes, no quiero ponerte en evidencia. Pero en privado podemos estar cerca, hablar sin tapujos ni rodeos, expresarnos. ¿No te parece?

No quería ponerla en evidencia. Bueno, eso era amable. *¿O no quiere que vean que le interesas, aunque sea para follar? ¿Quiere que seas su ligue secreto porque crees que no das la*

*talla para alguien como él?*

Movió la nariz, arrugándola, y miró alrededor en busca de sus lentes. Estos la ayudaban a focalizar, raro como sonaba. No era tanto lo que los necesitaba para leer, que sí en ocasiones puntuales, como en el caso de la letra chica de contratos o para las pantallas.

Era más que le ayudaban a construir su fachada seria, la que la escudaba y permitía atravesar situaciones estresantes sin quebrarse frente a todos. No eran solo los lentes, obviamente, pero sumaban.

—Mis lentes... —susurró—. No sé dónde los dejé.

La habitación estaba echa un desorden. Su ropa no estaba doblada, la lámpara estaba torcida, la cama... Miró atrás... Tenía que ...

—¿Los necesitas? Estoy seguro de que me ves bien. Ágata, quiero que te concentres en mí y dejes de pensar. Noto que te estás poniendo ansiosa.

Ella resopló y asintió.

—Perdón. Cuando me siento insegura...

—No quiero que te sientas así conmigo —dijo, su voz exudando calma, y también un pelín de mando—. Me gustas, Ágata, mucho.

—Estoy echa un desastre. Esto de que me veas así...

—No podría pensar en alguien que hiciera parecer a sexy a la Rana René como lo logras tú —indicó, soltando la risa, y ella coreó la misma, dejando fluir una parte de su estrés.

—Es una niñería, pero ...

—Te gusta lo que te gusta, bonita, y eso está bien.

Bueno, eso era dulce, y le creía. ¿Por qué no iba a hacerlo? Cillian O'Malley no tenía por qué mentir. Podía tener lo que quisiera, y eso incluía tal vez, a quién quisiera.

Si le molestara cómo era ella, sus manías, se lo haría saber. O la ignoraría, de plano, exigiendo rendimiento en el trabajo y nada más.

Pero aquí estaba. Sin un cuidado, acariciando su cabello y mordisqueando su lóbulo, y luego besándola largo, sus labios envolviendo su boca y demandando respuesta activa, que ella activó tímida, para luego involucrarse con intensidad.

Este beso despertaba. Drenaba ansiedades. Activaba emociones y sensaciones, y traía el recuerdo de la noche anterior, y el hambre de repetición. Este beso fundía neuronas, pero algunas de las suyas estaban intoxicadas con recuerdos de desamores y abusos emocionales, así que no era gran pérdida.

La ciencia había demostrado que se regeneraban, por otro lado. Que las nuevas suyas surgieran esperanzadas y con la experiencia de que había hombres que valía la pena disfrutar. Eso era Cillian, y su boca. Sus manos. Un disfrute.

—Rico —dijo él, apartándose—. Un gozo. Me tientas tanto —suspiró, sus dedos acariciando

la piel de su cuello y el comienzo de su hombro—. ¿Estás desnuda debajo de la bata?

Ella asintió, y los ojos masculinos parecieron oscurecerse, las cejas anchas moviéndose al unísono del apretar de su mandíbula.

—Puedo vestirme en el baño y volver —sugirió.

—De ninguna manera. Puedo controlar mi lujuria, pero quiero que te sea claro que me cuesta, porque eres un mujercita sensual y preciosa.

Ella mordió un costado de su labio inferior. Esas palabras... Él no debía tener idea de lo mucho que la confortaban. Lo que le hacían sentir. Reafirmación, Un bálsamo que contrarrestaba las que la habían herido.

Ella solía trabajar en premiarse y hacerse saber cuándo hacía las cosas bien, cuando merecía un halago, pero el afuera contaba, y más cuando era este hombre seductor que la miraba con lujuria no exenta de gentileza, y la trataba tan bien.

—Gracias —susurró.

—No lo digo por seducirte, Ágata. Eres hermosa y me gustas muchísimo. No es mi costumbre enredarme con quienes trabajan conmigo, y no digo enredarme en el mal sentido. Y te aseguro que no he tenido esta conversación con alguien antes.

Ese era un halago aún mayor, y su interior danzó de gusto y alivio. La idea de ser su ligue era intensa y la aceptaba, porque quería a este hombre con ella, en ella, así de cruda era su lujuria.

—Bien, tampoco yo, pero supongo que eso es evidente.

—Me complace, y básicamente reafirma mi idea de que hay muchos cabrones que no aprecian una joya fina cuando la ven. O, no te ruborices, no hay nada de falso en lo que te digo, Ágata. Eres especial.

—Rara —sentenció.

—Mi tipo de rareza —señaló él, tomándola por la cintura con ambas manos y colocándola sobre su falda, y ella respingó.

—Hum...

—Quiero tenerte bien cerca para hablar con seriedad. Y esos ojazos no mienten, así que, a falta de palabras, trataré de leer en ellos.

—Esto me resulta... Digamos que debo procesar mis emociones antes de ponerlas en palabras, y no siempre lo puedo hacer con velocidad.

—Bien, iremos despacio. ¿Puedo asumir que te interesa explorar esto entre ambos? No le pongamos otra palabra más que atracción, si te parece.

—Sí, quiero hacerlo.

Muero por. Necesito explorarlo.

—¿A qué ritmo?

*Velocidad warp*, pensó de forma automática, y sus labios se distendieron ante su tontera.

—Mm, esa sonrisa alegre me gusta. ¿Qué pensaste?

—Un bobada. Algo sobre viajes espaciales.

—Okay, pero eso no me responde.

Suspiró, y asintió.

—Mira, parezco niñata porque mi ansiedad enmascara lo más adulto de mi persona cuando se dispara, pero te aseguro que no soy pacata, o que ...

—No necesito que me asegures nada, bonita —besó levemente su nariz—. Me gusta lo que veo hasta ahora, y mucho. Me preocupé anoche, luego de... Ya sabes... —él suspiró, y notarlo dubitativo fue nuevo—. Temí haber ido demasiado lejos, muy rápido. Confieso que dejé que mi deseo me guiara, y ...

—No hiciste nada que yo no quisiera. Por el contrario —murmuró, su mano tocando la mandíbula y tocándolo como había querido desde que entró.

—Es bueno saberlo.

Su mano se posó sobre sus muslos, pero no hizo nada por colarse por la fácil entrada que su bata entreabierta representaba.

—Quiero que estemos en la misma sintonía.

—Vibramos en la misma noche —susurró ella, posando su cabeza en su hombro, y el breve agitar de su pecho dio cuenta de su risa.

—Lo hicimos, concuerdo. Pero hay más. Lo primero que necesito es que acordemos términos. Una palabra que frene lo que sea que ocurra entre ambos.

—Pero... —ella se hizo atrás, ojos grandes—. Eso es del BDSM, y te digo desde ya que a mí no me gusta ni que me aten ni mi den nalgadas.

Se agitó, joder, pero es que... La idea de estar restringida la ponía en alerta.

—No, no, no, tranquila, preciosa. Nada de BDSM, yo tampoco estoy en eso. Pero sí me parece de rigor que entiendas que entiendo que puede haber momentos en que te sientas abrumada. No nos conocemos bien, y soy posesivo, un pelín controlador en la cama, me gusta el sexo con condimentos y algunos kinks... Fetiches...

Ay, joder, con qué rapidez pasó de la preocupación a estar cachonda. ¿Fetiches? ¿Y de qué tipo de condimentos hablábamos?

—Uh... Este... ¿Qué clase de...?

Él sonrió, haciéndose levemente atrás para observarla.

—No te impresionó como pensé. Hay una mujercita atrevida que no teme riesgos ahí adentro. Si cuando digo que eres perfecta...

Sonrió con amplitud, y su brazo la atrajo más hacia sí, otra vez contra su pecho, mientras los dedos de la otra mano se colaban y comenzaban a acariciar la parte interna de uno de sus muslos, llevando calidez allí.

—Mi palabra podría ser... —pensó, y desechó las primeras que se le ocurrieron—. Yameru. Detente.

Él asintió.

—Bien. Yameru será. Nunca dudes en usarla conmigo. Sigamos —sus dedos parecieron acatar la orden, trepando un pelín por la pierna y acercándose, peligrosa y deliciosamente a su entrepierna—. Anoche me quedó claro que algo de voyerismo no te incomoda...

Parpadeó, y tragó saliva.

—No... O sea, sí sé que pareció que me gustaba, pero no podría...

—Tranquila, jamás voy a exponerte ni a humillarte. Me refiero al juego, a alimentar la fantasía e ir al límite, sin cruzarlo, de vez en cuando. No soy de los que les gusta que alguien mire lo suyo o tenga ideas equivocadas —murmuró, su tono serio.

Eso era un alivio, y sí podía coincidir en que el juego con límites la ponía. Pero lo más grueso aquí, un elefante que no se animó a evidenciar, era que Cillian hablaba como si estuviesen estableciendo reglas para una duración de larga duración. Eso era exhilarante, si real.

—Estoy de acuerdo, en esos términos.

—Bien. ¿Juguetes?

Okay, no te avergüences, muchas mujeres usan y es un mercado en expansión. Joder, ella invertiría si tuviese capital.

—Mmm.

—¿Es un sí?

—Sí.

—Me encantaría verlo. ¿O es plural, Ágata?

Agradeció no tenerlo aquí, porque su confianza todavía no era tanta como para que rieran observando un consolador y consideraban sus pros y contras.

—Sí, pero no los traje.

—Una pena. Pero se puede solucionar.

—Ni se te ocurra —dijo con rapidez—. Moriría de vergüenza si Santo o Sam te ven comprando algo así.

—No lo haría. Tranquila, Ágata —Tomó su barbilla y la elevó, mirándola con seriedad—. Somos tú y yo en esto, nadie más. Sé que tengo que ganarme tu confianza, pero te aseguro que jamás pensaría en exponerte. De todas maneras, y para que lo tengas claro desde ahora, no hay nada de malo en que ambos disfrutemos de nuestra mutua atracción. No tengo que rendirle cuentas a nadie, no tengo amante, prometida, a nadie esperando por mí. ¿Qué hay de ti?

Sus palabras la calmaron, y notó la curiosidad en sus ojos.

—No tengo a nadie.

—¿Tu familia no es de esas tradicionales a las que le pueda molestar que tengas una relación

informal?

—Mi familia es nada tradicional, y estarían encantados con la idea de que yo tenga un amante millonario si eso significa que tendrían una tajada —contestó con acritud, sin cortarse, pero luego palideció —¿Cómo tiraba eso sin filtro? Él iba a pensar que era una interesada, que ...—. No es lo que quiero, ni lo pienso así, te lo juro.

—Lo sé. No es el discurso habitual de una mujer interesada en comer la billetera de su pareja —Acarició su mejilla con suavidad—. Suena muy complejo, tú y los tuyos...

—No lo sabes bien. Esta ansiedad mía, mi TOC... No surgió de la nada. Amplia colaboración de esos dos para minar mi auto estima.

—Hace que tus logros sean más brillantes, bonita. La resiliencia es una cualidad que me parece fundamental, y en ti se ve comestible —añadió, y su boca la asedió, la lengua trabajando en acariciar y humedecer sus labios, y luego entrando en su cavidad y tocando su apéndice, incitándolo a bailar juntos, mientras sus labios se devoraban.

Se movió sobre él para profundizar el contacto, y el gruñido sordo la detuvo, mientras sus manos la enderezaban, y lo sintió removerse, el bulto distinguiblemente duro bajo su trasero. Tragó saliva.

—Lo lamento —susurró.

—No lo hagas. Está en ese estado desde anoche, a pesar de que mi mano trató de aliviarlo, y mi cabeza lo alimentó con el recuerdo de tus gemidos y expresiones.

—No creo que este tipo de diálogo nos vaya a calmar, por el contrario.

—¿Quién dijo que quería calmarme, Ágata? No me gusta limitarme, y estar duro como roca porque tengo una mujer divina en mi falda y a la que planeo hacerle de todo, a su debido momento, es un dolor —placer que acepto encantado.

—Suena masoquista.

—Nah, solo paciente con lo que vale la pena. Y tú, tú lo vales, no tengo duda.

—Pones mucha responsabilidad sobre mis hombros, expectativas que no sé si...

—Deseos. Y lo que veo, física y espiritualmente, me satisface. Esta química entre ambos, solo va a mejorar, ya verás.

—¿Cuándo...? Digo, esta charla define... situaciones... Posibilidades que no sabemos cuándo se podrán cumplir. No quiero complicar nada, y la situación es volátil.

—Para eso están Sam, Conrad, y vienen los demás. Yo puedo lidiar con los negocios y dedicarme a ti. Requiere una logística, por supuesto, si queremos ser discretos.

—Eso quiero.

—Pues eso tendrás —Miró su reloj—. En media hora tengo una videoconferencia con Brian. Desayuna, descansa. En la tarde iremos por ese paseo prometido en el Foso. Esta vez llevaremos a Santo, porque de lo contrario va a matarme, y habrá esos guardias a nuestro alrededor.

—¿Sam y el contador irán también?

—Les invitaré, si así lo deseas.

—No, pero parece necesario. Se vería extraño de otra forma.

—Oh, les haré llegar la idea, pero con desestimulo incluido. Ya veré.

Se incorporó, sosteniéndola sin problemas, y ella sonrió. Le gustaba esto que él proponía entre ambos. Era honesto, no había pretensión de engaños, y se rodearía con la discreción necesaria para que ella no se avergonzara ni los demás imaginaran que su trabajo se debía a su ligue.

Solo tenía que mantenerse firme en su idea de que la meta era el disfrute, el placer, el sexo, y no podía cometer el error de mezclar sus aspiraciones y esperanzas románticas en este proceso.

*¿Sabes qué, Ágata? Si se mezclan, a la mierda. Sufrirás, penarás por no ser correspondida, pero al menos habrás vivido una historia bonita y tendrás recuerdos para atesorar.*

Eso de vivir con estructuras y planificando todo para evitar dolores y pasiones no era sano.

## DIECISIETE.

—No tienes paz, hermanito. Te marchas a miles de kilómetros en busca de calma y relax por unos días y terminas con la Yakuza a tu espalda.

—Parece un chiste, pero estamos enterrados hasta los cojones en una situación compleja.

—Una que es de ese japonés, no nuestra. Es él quien tiene que resolver sus problemas con la mafia local. Hicimos lo que debíamos con la nuestra, hace años.

—Coincido. Pudimos haber estado metidos en un lío mayor de no haber sido que Ágata detectó la situación y la atendimos a tiempo. Imagina los líos económicos, legales... Uff —suspiró.

—Ah, Ágata. Veo que hemos alcanzado un nivel de intimidad interesante. ¿Hay algo que debas contarme al respecto?

Cillian no tenía secretos con su hermano, y si bien había prometido reserva a su bonita traductora, en su cabeza decirle a Brian no contaba cómo una traición a esa confianza.

—Me gusta. Me gusta mucho.

—Mm. Y como el bastardo imparable que sueles ser, la debes tener bajo asedio.

—Vete al cuerno, Brian —se quejó—. No es verdad, puedo ser insistente, pero es normal. Nadie gana quedándose quieto.

—Ten cuidado. Recuerda lo que Minerva nos contó.

—Estar en contacto directo con ella me ha permitido observarla, y ver cómo es. Nada de esas manías, que las tiene, son graves, y no van en detrimento de lo mucho que me interesa.

—Hostia puta. No lo puedo creer. No te había escuchado hablar en esos términos desde que eras un adolescente. Rectifico, no te he escuchado decir esas palabras antes. Tú sí que sabes mezclar situaciones —gruñó.

—Lo tengo todo controlado —aseguró—. Hemos hablado, he sido muy claro con ella acerca de lo que debe esperar. Somos personas adultas y sabemos distinguir el plano personal del profesional.

—Cuando lo sepa Brianna —indicó.

—¡Te prohíbo expresamente que le cuentes nada! Esa cotilla va a atomizarme con llamados y va a hacer lo posible para hablar con Ágata. Eso no puede pasar. Acordamos que lo nuestro va a ser privado. Ella no quiere que nadie la mire raro ni crea que tiene su puesto...

—Por acostarse con el jefe, claro. Pero tal vez lo mantenga por ello —dijo con tono zumbón.

—¡No seas cabrón!

—Señalo cómo se puede percibir desde afuera. No diré nada, pero recuerda que mañana tendrás allí a Liam, y con él algunos de los guardias de Max. Probablemente Hawk, y sabes que

él no se guarda nada con Brianna.

—Seré discreto.

—Cuida a esa mujercita. Me pareció un tanto frágil, no sé cuánto de tu intensidad podrá soportar, en especial cuando la dejes atrás.

—Te estás adelantando —se defendió, molesto con la idea.

—Me sorprendería mucho si actuaras de otra manera. Confieso que tu interés es novedoso, pero...

—No es uno de mis ligues ocasionales.

—Pero tampoco es tu novia. En fin, no te distraigas mucho. Hay asuntos graves entre manos. Cuídate.

—Eso haré, descuida.

Cuando la conexión se cortó, se mantuvo pensativo por uno cuantos minutos. Brian tenía un poco de razón al recordarle que solía ser inestable en sus vínculos con las mujeres, pero Cillian sentía que esta situación era distinta.

No iba a apresurarse a poner nombre a esto. Ligue, relación casual, algo más duradero, se vería cómo fluía.

De lo que estaba convencido es que no le bastaría con estos días en Japón y ansiaba la vuelta para poder establecer una relación en términos menos restrictivos, donde ellas se sintiera más cómoda, y donde no estuviera bajo la mirada de otros todo el tiempo.

Para ello tendría que asegurarse de que siguiera en Boston. Joder, el cateto de Brian tenía razón, podría ofrecerle un puesto en la empresa. Difícil saber si lo aceptaría.

Probablemente no. Ella era muy buena en su función, y sus servicios muy requeridos. La logística podía ser difícil. Por lo pronto, estaban aquí y juntos, y eso debía aprovecharse.

Debían disfrutar de lo mejor que Tokio tenía para ofrecerles y estas horas de inacción en relación con los negocios tenía que ser aprovechada.

Recordando lo que había dicho sobre la compañía en la próxima excursión, escribió un mensaje al grupo de trabajo para hacer saber que irían a visitar el Foso que había sido recomendado por la guía.

En una jugada hábil también se adelantó a decir a Sam y al contador que probablemente no estaban interesados en algo como eso y que estaban disculpados si ya tenían planes armados para conocer otros rincones de Tokio.

El contador contestó rápidamente haciendo saber qué iría a ver una demostración de sumo y para alivio de Cillian, el abogado demostró interés en acompañarlo.

Almorzaron todos juntos, Ágata y Santo incluidos, y le hizo saber a este que saldrían en una hora. Aprovechó para inquirir sobre la seguridad que Shimiso les había provisto.

—Están en su sitio. Les haré saber nuestro destino para que puedan tomar las precauciones

correspondientes. Ha estado todo en calma y no ha habido ninguna amenaza o acción sospechosa.

Este diálogo lo mantuvieron una vez que los demás se marcharon. No estaba en el espíritu de Cillian sembrar el pánico entre sus empleados. La hora de la salida llegó rápido, entre conversaciones telefónicas con Aidan, Liam y el mismo Shimiso, que le aseguró que la policía tenía una buena pista sobre la intervención en su empresa.

El ánimo del CEO estaba más elevado, con lo que se distendió el de Cillian aún más. La distancia al Foso Chidorigafuchi era poca, por lo que emprendieron el camino a pie, él y Ágata en la delantera, seguidos de cerca por Santo, y más atrás y adelante, de acuerdo al guardaespaldas, se distribuyeron los tres guardias japoneses.

El camino al foso mismo eran unos setecientos metros, y si probablemente fuera bonito el año entero, al ser la época de floración de los árboles, adquiriría ribetes de espectacularidad.

El largo recorrido estaba pavimentado de rosa por los pétalos de cientos de cerezos, de modo que parecía que caminaban sobre un río rosa, y al mirar el agua a su costado, también flotaban pétalos, y el viento levantaba y arrastraba los mismos.

Era como estar en un lugar mágico, y la multitud de personas que recorrían, como ellos, tenían la misma expresión de maravilla. El rostro hermoso de Ágata era de incredulidad y encanto.

—Es tan impresionante como me contaron, y aunque había visto fotos, vivirlo, apreciarlo en persona es una experiencia superior. Digno de una película romántica.

—Parece una escena de una, sí. Me provoca caminar de la mano, y lo haría de no estar Santo detrás. Es increíble. No suelo detenerme para apreciar la naturaleza, y eso no está bien, porque lo disfruto.

—Probablemente trabajas demasiado entre el hormigón y el acero —dijo ella, sonriendo—. Me gusta que te tomes tiempo para disfrutar de esto conmigo. Aunque estemos tan acompañados —agregó.

—Conuerdo.

Se acodaron a mirar el agua correr, y Santo se colocó un metro más lejos, pero de espaldas, su mirada siempre en la gente, en el entorno, serio.

—¿No te gusta la naturaleza en su esplendor, grandote? Relájate. Deja a los otros cuidarnos.

—No me puedo relajar cuando sé que hay una amenaza latente.

—Eventual, no directa.

—Mi tarea es cuidarte, y no elucubrar qué porcentaje de peligro puede ser el que te acecha. Ante la duda, protejo. Y este sitio abierto, rodeado de árboles y gente. Podría salir un yakuza detrás de cualquiera de esos jodidos cerezos y no lo veríamos. Llega, te apunta, y zás. ¿Cómo crees que voy a relajarme, joder?

Ágata lanzó un sonido ahogado de temor, y Santo hizo una mueca y levantó las manos en disculpa. Cillian se acercó más a Ágata y le apretó la mano para confortarla, aunque le hubiese gustado besarla largo y bonito.

Miró de reojo al cateto de Santo, y este hizo un gesto con su cara que lo dijo todo. Estaba arrepentido de asustarla, pero el clima ya estaba roto.

Habían sido sin embargo una buena hora de caminata y no exageraba al valorarlo como un momento que quería repetir. Había tantas maravillas en el mundo por conocer, tanto por ver y apreciar, sin apuros. La idea hacerlo en la compañía de Ágata no le desagradaba nada, no. Por el contrario.

La vuelta al hotel fue rápida, y mientras Ágata iba a su habitación, él aprovechó para instar a Santo a descansar. Necesitaba a su guardia de buen ánimo y sin estrés.

Él fue a hacer lo mismo, pero pasadas dos horas, claudicó a la necesidad de ver a Ágata y continuar lo que habían iniciado ayer por la noche. Esperaba que ella estuviese dispuesta, pero si no, estar a su lado sería suficiente. Le gustaba charlar con ella.

Esta vez no tuvo que esperar para que le abriese, y casi no hubo palabras cuando lo recibió. El mismo hambre que lo acuciaba a él se leía en su rostro, y sus manos sobre él, aferrándose a su camisa para besarlo con pasión, sin un pelín de cortedad, fueron la habilitación que necesitaba.

Enredados, sus brazos envolviéndola, las piernas femeninas colgándose de él, las bocas conectadas como si se necesitaran sorbiéndose para vivir, cayeron en el lecho suave.

Ella encima de él, se restregó sobre su polla sin cortarse, y Cillian sintió que podía explotar por la forma en que sus testículos pulsaban, llenos de semen que quería depositar en ella, sobre ella.

Con movimientos torpes sus manos desprendieron el botón de su pantalón y bajaron la cremallera, y bajó su bóxer para que su miembro enhiesto y rojo se rozara directo contra la pelvis apenas cubierto por los finos leggins que ella vestía.

El gemido complacido de Ágata elevó la temperatura, y la movió para quitar la prenda, sus dos manos llevándola hasta la mitad de los muslos, y volviendo luego a los redondos glúteos, que apretó y acarició, mientras su pie derecho hacía de gancho para eliminar la prenda de las piernas femeninas, y su boca mordisqueaba la femenina.

—Cillian... Dios...

—Eres preciosa, joder. Mira estos globos —pellizcó ambos, y ella dio un gritito, que se hizo gruñido cuando él tomó la parte de atrás del tanga y lo despegó de su raja.

—Mira lo que traes puesto... ¿Es esto lo que usas debajo de tus prendas como algo habitual? Porque si así es, mi concentración va a estar destruida en cada reunión en que estés.

—No es mi intención, pero sí uso ropa interior sexy la mayor parte del tiempo —susurró, su lengua trazando el contorno de su boca.

—Supongo que se me volverá una costumbre comprarte nueva, porque esto se me volverá habitual —Tironeó con fuerza y la diminuta prenda se rasgó, y él la tomó y la llevó a su nariz, ganándose su gesto de desagrado—. Es la parte animal de mi cerebro.

Ella gimió, y él repitió el sonido, porque estaban ahora piel a piel, polla sobre coño, y aquel se deslizó por la vulva con facilidad, abonado por la humedad que permeaba su intimidad.

—Mojadita... Divino. Preparada para mí... ¿me deseas?

—Sí, sí... ¿Tú?

—¿Qué te dice tu instinto? —guiñó el ojo, y rio cuando la vio rodar sus ojos—. Claro que sí, hermosa. No he pensado en otra cosa.

Sus manos de deslizaron por debajo de la blusa, acariciando su espalda, y aprovechando para desprender el sujetador, gozando de la suavidad de esa piel crema que descubrió con pecas al retirar la prenda.

Sus senos medianos, bien formados, rebotaban con suavidad producto del movimiento arriba-abajo que la fricción de sus pelvis implicaba.

La boca de Cillian se movió presta para deleitarse en los pezones, su lengua pegándose a uno, dando pequeños toques rítmicos, mientras sus dedos mayor y pulgar formaban una pinza que atenazaba el otro botón rosa y lo hostigaba.

Los ruidos de Ágata eran deliciosos, adictivos, y progresaban en la medida que el roce de la boca, dedos y polla de Cillian se volvía más y más persistente.

La agitación crecía en ella, su humedad, y el ligero temblor de su garganta y de su cuerpo todo le informó que ella se aprestaba a explotar, y justo entonces se detuvo, ganándose un chillidito de exasperación que lo hizo reír abiertamente.

—¿Qué haces? —demandó ella, y Cillian no cabía en sí de placer.

Le gustaba verla en esta posición de mando e imperio, exigiendo su desahogo.

—Orgasm delay-le dijo—. Me gusta. Postergar la liberación, alargarla, hace que cuando esta ocurra, sea brutalmente satisfactoria.

Ella chasqueó la lengua y entrecerró sus ojos, no convencida, pero él comenzó a trabajar su vulva con dos dedos, y a succionar sus pezones con gula, poniéndola otra vez a gozar.

—Gira, preciosa —ordenó, y ella miró, sin entender—. Sesenta y nueve, Ágata. Mi polla necesita tu boca, ve con ella.

Su entrega era divina, un subidón. Observarla girar sobre él, su deliciosa anatomía a disposición, podía hacer correr a uno menos entrenado, pero Cillian estaba decidido a tomar todo lo que podía, y no cometería una tontería de inexperto. Todavía estaba en control.

—¡Joder!

No por mucho, al parecer, porque la manera en que ella lo tomó en su boca, comiendo su verga hasta la mitad de un envión, le anunció que Ágata no tomaba prisioneros.

Él no era un hombre poco dotado, de hecho, superaba el promedio, más en espesor que en largo. Pero allí estaba ella, degustándolo con ruido como si fuese el chupetín que había estado pidiendo.

Creándole sensaciones que se le iban por los nervios desde la base hasta su cerebro, nublándolo un poco, poniéndolo cerca del borde.

No era experiencia la que la guiaba, pero si un entusiasmo embriagador, y uno que le haría correr. Pero no se iría solo, por supuesto.

Su lengua se volvió pala, y atacó la raja con lametazos de hombre poseído, bebiendo de sus jugos, insertándose en sus pliegues y descubriendo la maravilla que era el coño de Ágata.

Sujetándose a sus nalgas, la devoró, mientras era consumido. La corriente de gemidos y sonidos de succión permeaba el aire, y la inminencia de la explosión mutua lo puso en alta tensión.

Ella lo había tomado casi hasta la raíz, increíblemente, y él no hacía movimiento de follarle la boca porque no la veía y no quería lastimarla. Pero estaba al borde.

Con renuencia, se retiró, para advertirle, pero ella gruñó, y él se tentó, y sus miradas se encontraron, en un ángulo raro.

—No me gusta esto de la demora... —sentenció ella, y él rio.

—No quiero terminarme en tu boca y perderme la posibilidad de gozar de tu coño, preciosa. Anda, gira —le dio una palmada en la cola y ella se quejó.

—No nalgadas.

—No dar órdenes —agregó él, y mientras se incorporaban, le preguntó—. ¿Estás bien?

—Perfecta. ¿Cómo...?

—Tú de espaldas, cola al borde, y piernas levantadas —sentenció, buscando la protección del látex que tenía en un bolsillo, que colocó con rapidez, sin dejar de mirarla—. Mm, qué imagen para guardar en mi memoria. No hay algo que me guste más que verte así, toda para mí —anunció, y viniendo hasta ella, se colocó entre sus piernas.

La corona de su polla tomó lugar en la entrada de su coño, y Cillian observó la faz de Ágata mientras la penetraba con suavidad, insertándose en su ajustado canal, sintiendo la manera perfecta en que lo envolvía como una segunda piel, invitándolo a seguir y a clavarse profundo.

—Joder, que apretado estoy, y ¡cómo me gusta!

—Sigue, no pares —rogó ella—. Muévete, por favor. Muévete adentro mío.

—No hay nada que quiera más —dijo, y luego se terminó el tiempo de las palabras.

Pujó con cuidado, probó su fuerza al salir y entrar de nuevo, esta vez con mayor velocidad, y en cuestión de tres más estuvo follándola con vigor, perdiéndose en el momento de placer, sus manos tomadas de los tobillos, los ojos pegados a los celestes que estaban desmesurados.

Ambos locos, fuera de sí, obsesionados por el placer que se arrancaban, alentándose con

gemidos y gruñidos, con interjecciones, con comandos que buscaban más.

Ella alcanzó primero el orgasmo, y su cuerpo lo expresó arqueándose, sus pechos al aire, la espalda curvada, su cabello suelto loco en el aire, el temblor atravesándola, su rostro en una expresión de éxtasis.

Cillian no necesitó mucho más para seguirla, su polla derramándose muy adentro, empujando como si quisiera ir más adentro, poseerla por completo, marcarla con posesiva necesidad.

Sus enviones disminuyeron, pero antes de salir de ella, se inclinó noventa grados para besarla con ardor, el placer todavía recorriéndolo, el placer enviando todo tipo de hormonas por su torrente sanguíneo, haciéndolo sentir renovado, extasiado, el rey del mundo.

Ella lo abrazó con sus piernas y sus brazos, atrayéndolo hacia ella, sus ojos cerrados, sus labios dulces besándolo con tierna entrega, y Cillian sintió algo poderoso recorrerlo.

Sus ojos tomaron nota de cada detalle de este rostro hermoso. Sus manos lo acunaron y sus miradas se encontraron, observando las reacciones del otro.

—¿Cómo estás? —dijo él—. Fue precioso.

—Estoy muy, muy bien. Espléndido. Una experiencia que ...

—No me digas que no se va a repetir, te lo pido por favor —hizo un puchero él—. Es lo más bonito que me pasó en años.

Ella lo observó, y sonrió.

—Voto por varias repeticiones, y las prefiero sin ese retraso del orgasmo que pregonas.

El echó la cabeza atrás, riendo, y se retiró de ella, quitándose el condón e incorporándose con pereza para disponer de él en el baño.

Volvió presto y se acostó a su lado, atrayéndola para que quedara abrazada a él.

—Claro que habrá repeticiones. Esto de hoy no contó como orgasm delay, mi querida. Este puede tomar días. Postergar las recompensas tiene su lado positivo.

—¿Eso sería válido para ambos?

—Mi voto es siempre por la igualdad, bonita. Es lo justo.

—Como una práctica no constante, puede ser —ella suspiró, y pareció contener un comentario.

—Dime. No te quedes con dudas. La comunicación es fundamental.

—Es que... Tal y como aparece en las charlas que hemos tenido, esto entre nosotros... No parece que quieras limitarlo a Tokio.

—¿Tú sí? —indagó, y ella movió sus ojos.

—Creo que... Podríamos disfrutarlo más.

—Concuerdo con ello. Pero tendríamos que ver cómo. Tu no viven en Boston.

—No. Aunque viajo de manera constante. Soy como una gitana —rio.

—Pues es cuestión de logística, y ganas. Y de estas hay muchas, creo yo.

Ella asintió, pero no dijo más.

—Voy a invitarte a cenar esta noche. Tú y yo, en un restaurante de esos que tienen decenas de cubiertos y servilletas de tela.

—Mm. Suena bien —dijo, pero luego hizo un mohín—. Pero, ¿qué dirá Santo?

—No pienses en eso. Tenemos que comer, y soy un hombre de gustos caros. Si quiero compartir la mejor cena en Tokio con mi bella traductora, puedo hacerlo. Santo es mi guardaespaldas, no mi chaperón.

Ella sonrió, claramente visualizando al grandulón en vestimenta del caso, y asintió.

—Tendré que vestirme muy elegante entonces.

—Lo que te pongas te quedará hermoso, porque así eres.

Ah, esa gran sonrisa de satisfacción en su rostro lo ponía del mejor humor.

## DIECIOCHO.

—... y me sorprende lo que me cuentas, pero me alegra —sentenció Minerva, desplegando una sonrisa a la cámara, y Ágata suspiró de alivio.

Había temido que la cuestionara, que le dijera que comprometía su trabajo, que no la dejaba en buen lugar porque era quien la había recomendado. Pero había sido una tonta. Si Minerva nunca la cuestionaba, sino que le daba aliento y siempre le veía el lado positivo a las cosas.

—Te confieso que estoy aterrada —musitó—. Alelada, pero a la vez, pensando que me voy a despertar en cualquier instante y esto se habrá evaporado.

—No estés esperando lo peor. Es hora de que la vida te premie con algo... Alguien que se acerque a lo que vales, amiga. Que vea el jodido tesoro que eres.

Sonrió. Adoraba a Minerva, su amiga incondicional.

—No iría tan lejos. Y estoy decidida a disfrutarlo. Las dudas me asaltan, sí. Trabajo para no boicotearme, y compruebo que estoy más fuerte, Mi. ES como si este también fuera un desafío para que me vea, me entienda. Me controlo mejor, la ansiedad no me rodea a su lado... Salvo, bueno, tú entiendes.

—¿Cómo no, si el maromo es un fuego? —Miró hacia atrás para chequear que Jack no estuviese cerca, algo que ya habían establecido—. Te lo dije, ¿no?

—Sí. No te puedo explicar lo que fue caminar con él envuelta en la magia de esos cerezos en flor. Y me llevará a cenar.

La expresión de Minerva delataba que estaba encantada por ella.

—Ponte muy linda, sin pensar en estar discreta o acorde. Piensa en destacar, en que te mire y se encienda, joder. Que vea lo que tiene entre manos. Y olvídate de Justin y de tu madre —indicó, volviendo a uno de los temas del que ya habían hablado al iniciar la videollamada—. Solo necesito tu orden para hacerle la vida imposible.

Suspiró. No era la primera vez que Minerva le ofrecía eso, pero sería más trabajo para ella, que debería pagar por los entuertos. Tonta que era, no debería, pero...

—Deja, no hablemos de eso. Ya te contaré como me va, Mi. Te voy a dejar porque debo alistarme.

—Por supuesto. Te quiero mucho, amiga.

—También yo.

Minerva no fallaba en darle perspectiva y apoyarla. Cuando le contó que ella y Cillian estaban teniendo sexo, su rostro se encendió y aplaudió. No juzgó, no criticó, sino celebró. Por ella. Porque sabía lo que le costaba relacionarse, y que si se había rendido a él, era porque estaba muy movilizadora,

Fascinada. Liviana y feliz, así se sentía. El buen sexo proveía eso, ahora lo entendía. No había sabido lo que era que la follaran con hambre y sin guardarse nada hasta hoy, se percató. Cillian O'Malley la había devorado, y ella le devolvió igual pasión.

Y había más que piel o química entre ambos, lo que la derretía y le hacía dar vueltas la cabeza. Era una experiencia completa. Para ejemplo, esta invitación a una cena formal que la llenaba de nervios, de alegría.

Cillian no se comportaba como si su interés fuera mantenerla como un secreto, relegada, todo lo contrario. Era ella la que había hablado de discreción, de mantener su situación entre paredes para no provocar comentarios indeseados. Ella la que temblaba ante la idea de ponerle un nombre a esto, y trataba de pelear contra la esperanza de más que latía en su pecho.

No era una invitación barata, pues la estaba llevando al famosísimo restaurante de Ryigin, de los más renombrados de la capital nipona, y que tenía tres estrellas Michelin.

No lo podía creer, no cabía en sí de gozo, y se felicitó por haber elegido la blusa roja que tanto le había gustado, porque esta noche se sentía en la cima del mundo, y el color iba con la pasión que él le provocaba y las ganas de vivir a mil que ella tenía.

—Me has dejado mudo, bonita —le susurró él, abriéndole la portezuela del coche, y se coló tras ella para sentarse más separados de lo que quisieran, Con Santo en el asiento delantero, acompañando al chofer, no quedaba de otra.

Era eso, o descubrirse del todo. Aunque Ágata se preguntaba si algo se le pasaba al guardaespaldas, máxime cuando las manos tendían a rozarse y Cillian la miraba con intensidad.

Le alegró haberse tomado más tiempo del usual en un maquillaje sutil que realzaba sus ojos y boca, así como daba más dramatismo a sus mejillas. El cabello en ondas, sostenido con horquillas para despejar la cara, caía por su espalda. Se sentía hermosa, y su expresión lo delataba, suponía.

Se aclaró la garganta, nerviosa por el silencio y la mirada clavada que no cedía y le contaba de cosas que habían pasado entre ambos, de la pasión que hacía menos de tres horas los había envuelto. De sus gritos de placer y su polla pujando, tomando, marcándola.

—Podríamos haber caminado. No es lejos.

—Es mejor no exponerse, ante cualquier eventualidad —dijo Santo.

Cillian asintió, y su mano vino para envolver la suya, sin importarle si el otro miraba o no, y Ágata decidió que no renegaría de esto si él no lo hacía. Por el contrario.

Esta luz que él abría en su vida no se mantendría por siempre, y la aprovecharía. Era una bella manera de olvidar los mensajes de su hermano, que seguían llegando, cada vez más agresivos.

*No, no voy a pensar en Justin, decidió. Esta noche es mía, para disfrutar, para celebrar. Ya tendré que lidiar con la gris realidad a la vuelta.*

Flanqueada por los dos hombres, ingresó al restaurante, y su humor se elevó de inmediato.

Amplio, luminoso, las fragancias envolvían. Era temprano, pero ya estaba casi completo. No es que tomara demasiado ya que era un sitio exclusivo para cuarenta comensales.

Ágata había leído que la experiencia aquí era sublime, un viaje de los sentidos. No quería imaginar el precio, y no lo haría. Cillian O'Malley podía darse este lujo, y quería compartirlo con ella, así que dejaría de cuestionar y disfrutaría. Era notable las maneras en que él lograba liberarla de su mente estructurada, pero lo hacía.

Fueron conducidos a una mesa y atendidos con eficiencia, y la siguiente hora y media fue lo que esperaba, y más. Estar con él elevaba cualquier salida, pero rodeados de la excelencia culinaria que detonó sus sentidos, fue como estar en la cima del mundo.

Ágata gustaba de probar nuevos platos, y que estos fueran variados y deliciosos, además de presentados de manera sublime, la catapultó al paraíso gastronómico, y Cillian estuvo de acuerdo. No dudaba de que su experiencia en sitios de lujo era inmensamente mayor que la suya, pero se notaba la fascinación.

Presentados en pequeñas piezas y cuencos, tuvieron ante ellos una manifestación artística de lo más variada, que les permitió disfrutar de la experiencia gourmet. Verduras de temporada, con salsa de piñones y nueces de macadamia. Esperma de bacalao con lima. Caldo dashi con dumpling de langostino japonés y mochi. Una degustación de pescado que incluyó ponzu, el famoso pez globo. Ambos rieron con un poco de aprensión al probarlo.

—Figúrate que muera aquí por un pescadito en lugar de la amenaza Yakuza. Sería risible —dijo él.

—Y trágico. No digas eso —reprochó ella, ganándose un apretón de su mano y una sonrisa brillante.

Su nuevo sol, pensó, mirando a su plato y concentrándose en comer para no delatar lo intenso de sus sentimientos.

El postre incluyó una obra de arte, porque la falsa mandarina, perfecta exteriormente, se comprobó artificial, y deliciosa con su salsa caliente, y el final con un soufflé de sake, fue un corolario magnífico. Saciados, encantados, y hablando de todo, Ágata se encontró detestando el final de la cita. Pero había sido fabulosa, y se dejó atrapar por el momento, contándole más de sí, de su crianza, de sus problemas familiares, con una apertura que solo tenía con Minerva.

—¿Por qué crees ser responsable de dos adultos que no han hecho más que drenarte, bonita? —le inquirió él, su rostro serio.

Ella se encogió de hombros.

—Racionalmente sé que no lo soy. Pero hay algo en mí que se niega a abandonarlos a su suerte. Temo que algo les ocurra y la culpa que eso podría traerme.

—Dices que él es mayor que tú. Un hombre sano que puede desenvolverse solo.

—En teoría.

—Déjalo que haga su práctica. Como tú lo hiciste.

—No es tan fácil.

—Lo imagino. No me malinterpretes, no quiero inmiscuirme como si tuviera la solución para todo. Sé que las relaciones familiares son complicadas y a veces inentendibles para el afuera.

—Hablemos de temas bonitos.

—De ti, entonces. Me encantas, Ágata —le dijo, su mirada muy seria en ella—. Cada salida y tiempo que compartimos se me hace más evidente. Espero que podamos congeniar nuestras vidas y tiempos a la vuelta, bonita. De verdad voy a hacer mi mayor esfuerzo.

Ella asintió, por dentro invadiéndola la tibia sensación de plenitud, una convicción de que él le hacía bien, y de que no podía más que avanzar y aceptar lo que pudiera darle. De hecho, era mucho, mucho más de lo que pudo imaginar él estaría dispuesto a ofrecer. Esperanza, divina sensación.

La escoltó afuera y ella no perdió la sonrisa, sintiendo el calor de su mano en la base de su espalda. La perspectiva de estar juntos en su cama otra vez la llenó de júbilo, y el susurro en su oreja confirmó que él pensaba lo mismo.

—No sabes todo lo que quiero hacerte, preciosa.

Santo les hizo una seña desde la posición que los esperaba, a unos cincuenta metros, y ambos caminaron con lentitud, alargando el tiempo juntos. Ágata estaba exultante, y tal vez por ello demoró en entender lo que pasaba, que por otra parte fue tan rápido como un borrón.

Lo primero fue un empujón que la hizo trastabillar y caer de rodillas, llevando dolor intenso a su cerebro. Gritos frenéticos y ruido de neumáticos. Elevó su vista y distinguió a Cillian enzarzado en lucha con un hombre enorme, y a Santo corriendo hacia ellos.

Un plop y otro más anunciaron los disparos, uno de los que empujó al guardaespaldas, tocado en un hombro. Ágata veía todo como en un animé, sin reacción. Más hombres que llegaban, Cillian rodeado, y no distinguió buenos de malos, y entonces gritó.

—¡Cúbrete, Ágata! —escuchó a Cillian gritarle, mientras luchaba con habilidad que no sabía que tenía, sus golpes certeros, descartando un enemigo, pero dos más lo rodearon.

Tenían tatuajes. Yakuza, pensó con terror. Gateó para ir a un rincón, y su mano tembleque buscó el móvil, de lo que desistió de inmediato. ¿A quién llamaría? No conocía a nadie aquí. Volvió a mirar la lucha, y Santo, sangrando, empujaba a los que rodeaban a Cillian, mientras otros llegaban a ayudar.

Comenzó a incorporarse, aliviada del apoyo de los que claramente eran hombres de Shimiso, pero entonces una mano envolvió su boca y nariz, y un brazo la rodeó con brutalidad, elevándola en el aire e impidiéndole gritar.

Pateó con desesperación, pero sin éxito, y como en una mala película, vio como la alejaban de la escena y de Cillian. Un terror sordo la invadió y comenzó a ver puntos blancos en su visual, el

ahogo producto de su angustia y ansiedad, pero también por la manera en la que la mano apretaba su nariz y restringía el acceso de aire.

Luego, hubo dolor al ser arrojada dentro de un vehículo sin ceremonias, una furgoneta, porque ella rebotó contra el metal, y escuchó que se cerraban las puertas traseras y de inmediato se movían, ella sin control de su cuerpo, rebotando contra los lados, golpeándose tan fuerte en la cabeza que perdió el sentido.

Cillian tomó aire en bocanadas enormes, agitado y agotado, sus manos sobre sus rodillas, intentando recuperarse del ataque. Había sido fulminante, y no le dio tiempo a nada más que a reacción atávica, y también tomó por sorpresa a Santo y a los guardias de Shimiso.

Estaba bastante golpeado, pero en una pieza, y se incorporó, mirando alrededor, maldiciendo porque los hampones habían desaparecido como llegaron. Santo sangraba, y fue a él, pero este desestimó la ayuda.

—¡Malditos Yakuza! —gruñó—. No los vi venir, y te aseguro que no me descuidé un segundo.

—No importa —dio la vuelta para ir con Ágata, pero no la encontró. Frunció el ceño y giró sobre sí mismo, frenético—. ¡Ágata! ¿Dónde está?

Santo corrió a la puerta del restaurant y se metió para mirar, y hubo gritos, pero estuvo afuera de inmediato. Negó, y Cillian sintió que la bilis le subía por la garganta. ¿Habría corrido, aterrorizada?

A los gritos, pidió que la buscaran, pero la llegada de la policía enredó la situación. Corrió por la calle, llamándola, frenético, pero luego fue controlado por los oficiales. Sus gritos de que la buscaran se mezclaron con los que exigían calma y relato de lo ocurrido.

—¡Santo! ¿Dónde está?

Uno de los guardias de Shimiso volvió y su rostro no traía novedades.

—Hablé con testigos. La señorita estaba allá, y vieron cómo la tomaba un hombre y la arrastraba a aquel callejón.

Cillian se precipitó al lugar, pero no había nada allá, por supuesto. Las manos en su cabeza, desesperado, el cerebro embotado y una desesperación que conocía bien lo llenaron. La misma que sintió cuando hirieron a Brian, años atrás. La misma sensación de vacío, de no poder hacer nada. Y de culpa.

Se la habían llevado, y él no pudo protegerla. Debía estar aterrada. ¡Maldita sea, mil veces maldición! Gritó su frustración, y entonces estuvo rodeado y lo conminaron a moverse.

—Aún somos blanco aquí, Cillian —dijo Santo—. Vamos, tenemos que movernos.

Asintió, y lo acompañó para que lo atendieran. Su cabeza era un caos, no lograba claridad, y

la presencia de Shimiso no lo calmó, sino que encendió su ira. Era por culpa de este bastardo que se habían llevado a Ágata.

A duras penas se contuvo y aceptó que lo llevaran a una de las salas de interrogar, y allí Shimiso, su jefe de seguridad, y dos policías, buscaron razonar con él.

—Cillian —San, lo lamento, no sabe cuánto. Esto es inesperado, y una acción desesperada de Ichiro.

—Tiene a Ágata. ¿Qué quiere con ella? Usted dijo que lo controlaría, que la policía...

No estaba en control de sí mismo, por supuesto, y no iba a fingir calma. ¡Tenían a Ágata, por mil cojones! Esos bastardos podían estar lastimándola ahora mismo. La idea lo enervó y su tensión subió a las nubes.

—Si algo le pasa a Ágata, voy a ...

—No hay nada que hacer, salvo esperar que se comuniquen, y dejarnos proceder —intervino el oficial—. Estamos usando las cámaras, y los encontraremos. Se la llevaron porque quieren usarla para lograr algo de usted, señor O'Malley.

—¿Qué? —rugió.

Porque se los daría. Oh, sí, no tenía dudas de que les daría lo que fuese si eso la traía de vuelta. Esto era una pesadilla. Le vino a la cabeza la actitud de su hermano Aidan cuando habían raptado a Avery, su hoy esposa.

Debió sentir esto mismo, esta desesperación fría, esta sensación de no poder hacer nada salvo esperar y rogar. ¡Resiste, bonita! No desesperes, no caigas en el pánico, rogó.

—Van a querer que no firme los documentos de la fusión. Ya vieron que descubrimos su jugada. El empleado que les ayudaba y daba acceso interno está en custodia, desde esta mañana. Por ello procedieron así. No lo imaginé. Es una locura —gruñó Shimiso—. Pero cometieron un error tremendo. Hay muchas fuerzas en esto, y derivará en mal para el clan, y esto no será bien visto por el líder. Voy a contactarlo.

—Señor Shimiso —san, eso no es aconsejable —indicó el oficial, renuente, pero el CEO hizo un gesto de imperio.

—Será un llamado para poner al jefe en aviso de lo que uno de sus subordinados hizo a sus espaldas. Estoy convencido de que no lo sabe. Mientras tanto, procure acelerar la investigación y ubicar la locación de estos malditos.

—¿Cree que está bien? ¿Que no le harán nada? —preguntó Cillian, la ansiedad picaneando su estómago.

—No lo creo, Cillian —san. Ella es su boleto para conseguir lo que quieren. Destruirme. Al atacarlo, le mostraron que es peligroso negociar aquí. Buscan asustarlo y hacerlo arrepentir del trato. Con ese secuestro, van a negociar. Lo llamarán. Diga que sí a todo. Muéstrese asustado, contrito, dispuesto a irse. Imagino que no está nada lejos de la verdad, pero ese es otro asunto. La

prioridad es recuperar a la señorita Ágata.

Asintió, y fue escoltado al hotel. Santo estaba en el lobby, vendado, y su rostro era tormentoso.

—¿Estás bien?

Pregunta idiota, lo habían baleado.

—La bala entró y salió. Duele como el demonio, pero no tocó nada de importancia —respondió, y bajó la mirada—. Lo lamento mucho, Cillian. Debí...

—No te culpes, no tiene sentido. Yo fui por el mismo camino, pero no es nuestra responsabilidad. Es de la Yakuza. Shimiso cree que van a llamarme para pedirme que abandone las negociaciones.

—¿Qué hacen para encontrarla? Es enervante no tener recursos para buscarla nosotros. Estamos atados de pies y manos.

Cillian asintió.

—Shimiso hablará con el jefe del clan. Tiene la esperanza de que este actúe castigando la acción de Ichiro, porque atraerá atención no deseada a sus negocios. La mirada de la embajada, de la policía local y otras presiones se le irán encima. Pero no sé cuán eficiente eso pueda ser. La policía monitorea cámaras con la esperanza de encontrar pistas de su paradero.

—Esperemos que eso funcione.

Se sentó, abriendo y cerrando sus manos, pensativo. No quería imaginar nada malo, la posibilidad de que algo terrible ocurriera. La idea de Ágata herida, aterrada, en peligro, lo devastaba.

Estuvieron sentados un buen rato, él comunicando a sus hermanos lo ocurrido, recibiendo llamados de apoyo y sugerencias, entre ellas las de Matt Turner, que le dijo que pondría a Jeff y Minerva a trabajar, ergo, a hackear comunicaciones y redes locales para ver qué lograban.

—Señor O'Malley —san —le habló uno de los botones del hotel, extendiéndole un sobre—. Dejaron esto para usted hace unos minutos.

Santo estuvo en pie de inmediato, tomando el sobre y mirándolo a contraluz.

—Santo, dame. Es lo que esperamos, seguramente.

—Que lo chequeen primero por algún residuo o ...

No le dio tiempo, quitándoselo de la mano, frenético, y al abrirlo se le congeló la sangre. La foto de su bonita Ágata, desmadejada en una silla, atada e inerme, con un hilo de sangre en su boca y ojos de terror lo paralizó.

Santo se encargó de leer la nota que acompañaba la fotografía.

*Señor O'Malley.*

*La vida de esta mujer depende de su compromiso de abandonar Tokio y olvidar todo intento de negociar con Shimiso. No habrá construcciones ni fusión. Si duda, ella muere. Cuando haya*

*salido del país y se haga saber de manera oficial que la firma de Shimiso y la suya no acordaron, su novia será entregada en la embajada, sana y salva. De lo contrario, su sangre estará en sus manos.*

—No voy a irme de Japón sin Ágata —señaló, furibundo—. No hay manera de que eso ocurra.

—Cálmate. Muéstrate contrito, asustado. No sabemos quién nos mira, Cillian. Lo mejor es que crean que estás asustado. Como cualquier hombre de negocios occidental lo estaría.

Respiró hondo, y asintió, sentándose. Santo tenía razón, pero el corazón le latía a mil, y el terror de no poder hacer algo rápido para sacarla del infierno en que debía estar lo carcomía.

## DIECINUEVE.

Uy, uy, qué dolor tan fuerte, lacerante. No la dejaba pensar. La vuelta a la conciencia de Ágata fue lenta y en principio, estuvo marcada por el latir en sus sienes.

Cuando trató de moverse y no pudo, sus muñecas y tobillos constreñidos, y también su pecho, abrió sus ojos y la realidad, horrorosa, le fue evidente.

Estaba atada a una silla en un rincón de una habitación muy grande, y un hombre estaba sentado a unos diez metros, contando billetes.

Frenó el grito que se le formaba en la garganta, con esfuerzo brutal. No la estaba mirando, había un gesto de concentración en la tarea, y no quería traer la atención sobre ella. No sabía qué reacción encontraría.

Yakuza, claramente. Los tatuajes de sus brazos hasta el codo, que la vestimenta dejaba visible, daban plena identificación. Los hechos vividos se agolparon en su mente, y revivió como en una mala película los sucesos a la salida del restaurante.

Habían ido por Cillian. Lo atacaron, hirieron a Santo, pero la defensa fue tan cerrada que no tuvieron éxito. No creyeron que el millonario podría defenderse tan bien.

Lo creyeron inerte, pensó, y les demostró que era un luchador. Magnífico, brutal.

Entonces, la tomaron a ella, blanco fácil si los había. Tragó saliva, y movió sus brazos en un intento de aflojar la presión que la cuerda hacía en sus muñecas.

¿Qué pretendían al raptarla? No tenía sentido. Ella no decidía nada, no influía. Sí, no dudaba de que habría intensa preocupación por ella, de que Cillian estaría muy afectado, pero era una empleada temporal de Turner y O'Malley.

Tenían que estar mal informados, tal vez la creían una ejecutiva de peso.

El ruido a la entrada la hizo elevar la vista, y entonces tres hombres ingresaron, dos de ellos con bolsas, que colocaron sobre el gran escritorio, y procedieron a sacar fajos de dinero.

Más para que el otro contara, dedujo. Nunca había visto tanto junto, aunque no distinguía qué moneda era. Yenes, suponía.

El tercer hombre, vestido de manera diferente, vino hasta ella, y Ágata se preparó para lo peor, el pánico hostigándola y quitando color a su piel. Una arcada se atoró en su garganta, y la falta de aire comenzó a sentirse, su pecho a doler.

*No, no, respira, no puedes dejarte vencer. Respira. Respira. Respira.*

—¿Señorita? Tranquila. No debe temer. Nada le va a pasar —La voz era aguda, pero no estridente, e irradiaba calma—. Lamento las condiciones, y el golpe que sufrió durante el traslado, pero le aseguro que no tengo intenciones nefastas para con usted.

Ágata respiró algunas veces más, y cuando el ataque acabó, miró al que estaba a un metro,

observándola como si fuese una curiosidad. Estatura media, vestido con un traje gris oscuro, sus manos en la espalda, y una expresión inexpugnable. Ojos crueles.

—¿Qué...? ¿Por qué estoy aquí?

—Un camino diferente al planificado, pero que considero igual de eficiente —le dijo—. Serán unas horas, señorita. No puedo garantizarle mejores condiciones, pero cuando su novio cumpla mis demandas, la liberaremos.

—No, pero... El señor O'Malley no es mi novio —argumentó—. Es mi jefe, y soy simplemente una empleada temporal por este viaje.

—No es lo que hemos visto —sonrió, pero había algo vacío en el gesto, y eso en sí era más atemorizante que si la amenazara—. Tenemos ojos en ustedes desde que llegaron.

Ágata se removió, y el dolor atenazó sus muñecas.

—La cuerda me está cortando la circulación de las manos —susurró—. Por favor, ¿pueden liberarme? No intentaré huir.

—Oh, no creo que lo haga. Pero, ¿qué captores seríamos si no fuésemos capaces de proveer a nuestros invitados de la experiencia completa? Cuando vuelva tendrá una aventura en su haber.

Estaba loco. El deleite en sus ojos al verla dolorida se le hizo evidente. Pues no le daría gusto. No le iba a rogar. No la iba a quebrar. Podía parecer una mujer débil y poca cosa a sus ojos, pero le sobraba orgullo.

—Jefe, nuestro contacto dice que Shimiso está frenético.

El hombre se movió, y Ágata se concentró para poder escuchar. Hablaban rápido, pero entendió la mayor parte de lo que decían. El americano tenía el sobre, y se lo vio afectado y asustado, dijeron. Ese tenía que ser Cillian.

Las autoridades estaban actuando, señalaron, pero los epítetos que lanzaron para calificarlos mostraron que no les tenían respeto alguno.

—Ese maldito va a caer, como debió ser en el momento en que traicionó al clan —dijo el jefe—. Lo perderá todo, porque apostó gran parte de su fortuna en esto. Los americanos se irán, y la revancha será mía.

—Ese idiota arriesgó su capital intentando unirse a esos codiciosos occidentales que solo quieren más y más dinero.

*¿Y no es lo que ustedes hacen?*, pensó Ágata, mirando los billetes.

—¿Cree que ese americano cederá? ¿Y si su empresa decide seguir las negociaciones en Estados Unidos?

—No seas idiota. Los americanos ven la relación costo-beneficio. No van a invertir donde hay peligro cierto de perder. Somos el brazo orgulloso que los expulsará, y que castigará a Shimiso por su codicia y traición.

Vengativo y chauvinista. Peligroso. El temor de que Cillian hiciese algo alocado la invadió.

Estos hombres no sabían que no era un ejecutivo tradicional, de esos que trabajaban desde oficinas. Se había criado en el entorno de la mafia. No aceptaría la imposición.

Los hampones se retiraron luego de unos minutos, y luego también lo hizo el que contaba, dejándola sola. Con una sed terrible que aumentó a medida que el tiempo pasó, lento, arrastrándose.

No había porción de su cuerpo que no le doliera, y la necesidad urgente atenazaba su vejiga.

Cuando el contador de dinero volvió, elevó la voz, pidiendo por el baño, y para su consuelo, vino a ella y la soltó, llevándola a un destartado y pequeño baño con un olor espantoso que la puso al borde del vómito.

El alivio de sus pobres muñecas fue momentáneo, porque la volvió a atar con saña.

—Agua —le pidió, y él se encogió de hombros y la dejó.

Lo que siguió fue un tiempo largo de estupor y silencio. El sueño la venció más de una vez, y no supo cuánto dormía cada vez, pero se debilitaba.

¿Qué haría Cillian? Estaba solo en Tokio, Santo herido, y Shimiso no debía ser de ayuda en este momento.

El que la había raptado creía que ella y Cillian tenían una relación más profunda de la que de verdad existía entre ambos. ¿Qué haría con ella cuando descubriese que no era la pieza que le daría el triunfo frente a Shimiso?

La convicción de que ese hombre de ojos crueles estaría furioso la estremeció.

Pasos que se acercaban elevaron su vista. Una mujer traía una bandeja. Agua, percibió. Bebió con torpeza, como pudo, una parte del líquido resbalando por su barbilla.

—Ayuda —susurró, pero la mujer ni la miró, probablemente tan instrumento de estos hombres como lo era Ágata en este momento.

Voces elevadas anunciaron el regreso del jefe, y esta vez no parecía tan calmado. Lo rodeaban otros tres, y la charla frenética más el puñetazo furibundo que el jefe dio a uno de los esbirros llenó de miedo a Ágata, y a la mujercita, que se escurrió por un costado a la salida.

Algo no iba bien, decidió. La calma se había evaporado, y la confianza que llenaba al hombre de traje no estaba ya en su faz.

—... otra vez del lado de Shimiso, incluso cuando nos traicionó. No lo permitiré —escuchó que decía, una determinación fanática estirando su cuerpo.

Los otros se removieron, inquietos, mirándose, y haciendo gestos cuando el jefe les dio la espalda para ordenar al que contaba billetes que guardara el dinero.

—Le daremos una lección personal. La única manera de que Shimiso pague es si me encargo —dijo—. Cuando esté hecho, dejará de ser un problema.

—El Oyabun... —comenzó uno a hablar, pero la mirada imperiosa del trajeado lo detuvo.

El jefe máximo, tradujo Ágata. Este hombre estaba yendo contra las directivas del principal

de su clan. Suicida, pensó, pero la idea no le dio esperanza, sino al contrario. Este idiota se haría matar, a los suyos y a ella en el proceso.

La convicción la dejó extrañamente fría. Su cabeza estaba atenta, enfocada, a pesar de todo, y decidió que era bueno saber que el peligro no la atenazaba. No le daba solución a su situación, pero al menos hablaba bien de su carácter.

Oh, qué pena no poder disfrutar un poco más de Cillian. ¿La extrañaría él? Probablemente se sentiría culpable de haberla traído aquí.

Ojalá pudiese transmitirle que no debía. Estos días aquí, con él, se había sentido más viva que nunca. Libre.

Minerva estaría desolada, pobrecilla. Al menos la había visto feliz, eso contaría como despedida. Seguramente Justin y su madre estarían enojados por el cierre definitivo de su fuente de ingresos.

Joder, esperaba que su muerte fuese clemente y no decidiesen torturarla. La idea llevó un estremecimiento general. No tenía sentido anticiparse.

Cerró sus ojos y apostó a pensar en lo bonito de estos días pasados. La maravilla de sentirse deseada. La novedad de verse tratada con gentileza y de ser agasajada. La belleza de los cerezos, la exquisitez de la comida derritiéndose en su boca.

La boca de Cillian besándola con ardor y largura, despertándola. Su lengua trazando sus tendones, la protuberancia de sus clavículas y los huesos de sus caderas. Su miembro penetrándola y haciéndola sentir viva, elevándola, haciéndola estallar.

Cuando el escándalo estalló a su alrededor, cerró los ojos, convencida de que su hora había llegado, pero decidida a irse con la imagen de Cillian en su retina.

Las voces extrañas y agitadas no llegaban a ella, no la tocaban. El olor horrible en su nariz, empero, la hizo desorbitar los ojos, pero fue un segundo, y entonces, no hubo más que oscuridad.

++++

Estaba al borde de quebrarse, pensó, sin dejar de caminar en círculos. Estaba en la sala de conferencias de Shimiso, a la espera de novedades. El CEO le había hecho venir con la promesa de que tenía la solución en sus manos, pero habían pasado dos horas y nada.

Santo ingresó y lo miró, expectante, a la espera de alguna noticia que eliminara esta sensación de derrota y dolor que no podía despegar de su cabeza.

—Dime algo. ¿Qué está pasando?

—Shimiso acaba de llegar, escuché que anunciaba su entrada por el ascensor personal.

—¿Crees que...?

—Algo pasó, sí. Los guardias no dicen nada, pero ...

—Estoy que no doy más, Santo... Si algo le pasó... Será mi culpa.

—No vamos a pensar...

La puerta se abrió y Shimiso entró a la sala con paso firme. Su rostro no decía nada, pero Cillian estaba harto de las inexpugnables expresiones de todos estos gilipollas.

—¡Dígame que...!

—Cillian-san, la señorita Ágata está viva y bien, salvo algunas marcas de ataduras.

Nunca había entendido la expresión alivio inconmensurable hasta el día de hoy. Fue como si un peso feroz se le quitara del pecho, y en su lugar apareció una agitación y una necesidad acuciante de verla, de tocarla para comprobar que lo que decía era verdad.

—¿Dónde? —inquirió, sin importarle el cómo.

Lo primero era verla, tocarla, sentirla.

—Está siendo atendida en este momento. Sígame —le indicó, y así lo hizo.

Descendieron dos pisos e ingresaron a un apartamento. Las voces provenían de un dormitorio, y se adelantó a Shimiso, ingresando rápido.

Ágata estaba sobre la cama, y una doctora la revisaba. Avanzó despacio, mirando cada porción de su cuerpo.

Las marcas rojas de sus muñecas y tobillos eran groseras, y maldijo en voz alta. Su fina piel, lacerada por esos malditos.

Se dirigió al otro lado de la cama y se sentó a su lado, y ser mirado por esos ojazos que lo obsesionaban lo alivió, le devolvió el alma, lo calmó. Estaba bien. Estaba viva, y con él.

—Ágata... —susurró, acariciando su mejilla, y su sonrisa lo entibió, lo calmó—. Lo siento, bonita, no imagino lo que has pasado.

Habían pasado casi dieciocho horas de tensión y nervios, de angustia acuciante, de pensar lo peor, de esperar. Pero de su lado... No se atrevía a considerar cómo podría afectarla.

—Cillian... Estoy bien. Algo mareada, y con marcas, pero... No sabes el alivio que tengo. Pensé que me moría. Ese olor horrible, los gritos... —se estremeció, y se movió hacia él, arrebujándose en su falda, y Cillian pensó que era perfecto.

Le acarició el cabello y la cara.

—Quienes la rescataron la sedaron.

Cillian elevó la ceja, en muda pregunta, y Shimiso hizo un gesto a la doctora para que les dejase solos.

—Iricho actuó por su cuenta, arriesgando la posición de su clan, y poniéndolos en el foco de muchas miradas que pueden dañarlo. Mi conversación con el Oyabun tuvo el efecto esperado. Él ordenó el rescate. Tengo entendido que Ichiro se resistió, y eso selló su suerte.

—Bien —dijo Cillian, furibundo. El maldito había raptado y dañado a Ágata, lo merecía—. Eso es beneficioso para usted —miró a Shimiso sin dejar de acariciar a Ágata, que escuchaba atenta.

—No crea que esto me gusta, Cillian-san. Fue mi amigo de la infancia —dijo, meneando la

cabeza—. Pero sí, sella mi definitivo corte con mi clan. Soy mala palabra entre los yakuza, pero como dije antes, el exilio es el castigo. Lo voy a dejar para que puedan hablar. Siéntanse libres de estar en esta suite el tiempo que deseen. No es conveniente que la señorita salga antes de recuperarse del cloroformo.

Asintió, y cuando estuvieron solos, ella intentó incorporarse, pero lo evitó, tendiéndose y trayéndola para que reposara contra él, la cabeza en su hombro.

Su calor, la respiración calma, el latir de su corazón, la piel suave en sus yemas, todo era bienvenido.

—Ágata, te juro que voy a compensar cada minuto horrible que pasaste en cautiverio, preciosa. Me voy a dedicar a ello —juró, convencido de que esa tenía que ser su misión los siguientes meses.

A la mierda Shimiso, los contratos, la construcción. Aidan y Liam estaban llegando, y deberían encargarse del desastre. No necesitaban su ayuda. Ella sí. No se atrevía a pensar lo frágil que podría ser su mente ahora mismo.

Le daría tiempo, placer, aventuras, viajes, terapia, lo que fuese necesario para tenerla sana y a salvo. Pero a su lado, decidió. La idea de perderla de vista lo ponía de malas. No era negociable.

—No tienes que sentirte culpable, ni prometer nada, Cillian. Esto fue... Terrible, no voy a negarlo, pero es la vida, y...

—No, no voy a aceptar esta posición fatalista tuya, bonita. Es por mi bienestar tanto como por el tuyo, lo juro. Estas horas fueron... —sacudió su cabeza, y besó la cabeza, emocionado, sin palabras.

No le ocurría a menudo. Salvo con los suyos, con aquellos que quería, que eran su entorno inmediato, emocional. Y Ágata lo era, no había discusión en ello.

Había entrado en su vida con la velocidad de un vendaval, a pesar de su modo reservado y su presencia discreta. No para él. Su figura y su rostro iluminaba la habitación.

—Me siento fuerte, increíblemente —susurró ella, y se separó, para mirarla y analizar lo que le decía—. Todas las horas de terapia y mi vida estos años me proporcionaron herramientas que hoy funcionaron. Sí, al principio sentí pánico, y tuve un episodio, pero ... Luego pensé con bastante frialdad, no me enloquecí, no me obsesioné. Sí, creí que moría, pero me parece natural, considerando las circunstancias.

—No hay nada de natural en eso —protestó él—. No se hable de muerte, por favor. Estás aquí, bien, conmigo. No te vas a separar de mí, te lo aseguro. Voy a pedir a Santo que envíen comida y agua. Descansaremos, y luego nos vamos al hotel, empacamos y nos vamos de Japón.

Ella parpadeó y levantó su cabeza, azorada.

—Pero... Pero.... ¿Qué hay del negocio? Ahora que ese hombre murió... —se estremeció vivamente—. No hay obstáculos.

—No quiero saber más nada, y te llevo conmigo. Aidan se encargará de todo, con Liam, y Brian desde Boston. Estoy seguro de que no tendrán inconveniente en que usemos su avión privado.

Ella parpadeó, asintiendo.

—¿Sabes? —murmuró—. El recuerdo de lo hermoso que han sido mis días aquí, contigo, me ayudaron a calmarme, a pensar. Han sido los más maravillosos.

La besó, exultante. Su tensión recién comenzaba a evaporarse, y la noción de que ella estaba segura a su lado relajándolo. No había dormido, no había comido, solo había podido preocuparse y elucubrar, escenarios distintos, muchos terribles.

La había pasado muy mal, francamente. Tokio había sido bonito hasta ayer, pero se imponía la retirada. Con ella a su lado, sin dudar. Y tenía el destino perfecto en su mente. Le encantaría. También a él.

—¿Cillian? —susurró ella.

—¿Mm? —contestó, amodorrado.

—Me haces bien.

—Tú también, bonita, eres lo que no sabía que me faltaba en la vida.

No tenía idea de que había un romántico en él, pero la frase reflejaba con pureza los sentimientos que lo llenaban. Alivio, alegría, posesiva necesidad de encargarse de ella y de tenerla solo para él.

A tomar por culo todo lo que no fuera ella y lo que sentía. Brian y Aidan lo perdonarían, y lo cubrirían. Tomaría el tiempo que fuese necesario, para ambos.

## DESENLACE.

La ciudad de Florencia era bella y la había dejado maravillada. Disfrutó la postal clásica, que eran sus tejados rojos, dominado por la imponente estructura que era la cúpula de la catedral mayor, desde la cama del hotel espléndido que Cillian reservó. Era un sueño, su fantasía vuelta realidad, y no paraba.

En este momento circulaban por la carretera de Monticchiello, un camino que serpenteaba entre paisajes extraordinarios. Zigzagueando estaban atravesando *el corazón de la Toscana, una de las más bellas de Italia*, y aquí repetía las palabras que su nonna había dicho una y otra vez, con morriña.

Los mejores años de su infancia estuvieron llenos de los cuentos de su abuela, que le describía con pelos y señales las líneas, los colores, los objetos del paisaje, y por ello apreciarlos de primera mano era tan vivencial, y le arrancaba lágrimas de emoción.

Las primeras habían asustado a Cillian. Él estaba a la espera de que ella se quebrara, y había sido así desde que abandonaron Tokio, hacía de eso tres semanas.

Era comprensible, ella también pensó que colapsaría y temblaría al imaginar lo que pudo pasarle, lo cerca que estuvo de morir, considerando en las manos que había caído, pero...

Mas no pasó, y no parecía que fuera a acontecer. No sentía más que júbilo, para ser honesta. Estaba disfrutando del aquí y el ahora, y del enorme subidón que era viajar con Cillian.

Su presencia y sus mimos, besos, la forma en que la follaba y le mostraba todos los días algo nuevo, eran antídoto al dolor y al miedo.

Su vida de grises estaba salpicada de matices brillantes, y le encantaba. Le curaba el alma y le hacía sepultar lo feo, y no es que escondiera la cabeza en el suelo, no.

Darse permiso para vivir sin esperar lo peor, dejándose fluir con la corriente, eso era lo que hacía. No era tan frágil como Cillian pensaba, o como ella misma solía considerar.

Sonrió, bajando del vehículo y estirándose, dando la vuelta completa para llenar sus ojos con las colinas que se avizoraban contra el cielo de tantos colores. Cillian estaba recostado a uno de los cipreses que delimitaban la ruta, procurando hablar con calma, pero estaba perdiendo la paciencia, era obvio en sus gestos.

Sonrió, divertida. Su hermana y su madre lo tenían acosado con mensajes y preguntas, y lo volvían loco.

—¡Qué estoy bien, mamá! Esta insistencia tuya es molesta... —escuchó, y rodó los ojos cuando la vio observándolo—. Sí, perdón, sé que me pariste con dolor y te preocupas por mí, pero... Cuando sea el momento la llevaré, pero lo decidiremos nosotros, no Brianna.

Parpadeó, y abrió su boca en sorpresa, y él le envió un beso. Joder, esto era inesperado. La

idea de conocer a sus padres era... La ponía nerviosa.

Estaba claro que la mujer era más que importante en la vida de los O'Malley, y gobernaba la casa materna como un general.

Tan diferente a su caso. Suspiró, y se dirigió al vehículo, del que extrajo la canasta con el almuerzo que habían comprado. Queso, jamón, aceitunas, pan, fruta, ideal para disfrutar del trayecto sin detenerse en un lugar en particular.

Armó una improvisada mesa sobre un costado del camino, sentándose con las piernas cruzadas, y respiró, feliz. Él vino a ella enseguida, y antes de sentarse la besó largamente.

—Pretenden hacerme una encerrona en Irlanda. Están viajando para allí ahora, Brianna incluida, y también Aidan. Visita a la parte sana de la familia, digamos —sonrió.

—Aidan ya terminó su labor en Tokio.

Asintió, y tomó una feta de queso y se la dio, concentrado en su boca. Ágata aprovechó a mordisquearle la yema de un dedo, y se rio ante su expresión dramática.

—Pagaré por esto, señorita Valentini —se tendió para alcanzarla y rodaron por el pasto, ella riendo muy fuerte porque él se focalizó en provocarle cosquillas.

Minutos más tarde, ella estaba sobre él, besándolo con abandono mientras él la sostenía contra sí con un brazo.

—Delicioso —señaló él—. Seguiría, pero no quiero ofender los ojos de otros turistas. Pero ya llegaremos a ese poblado, señorita Ágata, y tendré oportunidad de demostrarle mi pasión por usted.

Le acarició el rostro con ternura, prendada de lo apuesto que era, de su caballerosidad, de lo divertido que era. Estaba enamorada, ¿y cómo no?

Un hombre así no aparecía dos veces en la vida de alguien como ella, y caer bajo su influjo era lo lógico, inevitable.

—¿Por qué me miras así, bonita? —susurró él, tomando su rostro entre sus manos y delineando su nariz con el pulgar.

—Te disfruto. Te grabo en mi memoria.

—Me tienes al lado —le sonrió—. ¿O estás pensando en una retirada estratégica?

—¿Yo? ¿Cómo crees? Pero estoy esperando que la campanada toque y la escenografía de mi vida vuelva a ser la de antes.

Él enarcó las cejas, y negó, incorporándose, y haciendo que ella también se sentara.

—¿Por qué dices eso? ¿No crees que esto entre ambos pueda durar?

—Quiero. No puedo pensar en nada mejor para mí, pero... No superé los obstáculos de mi vida y me alcé de mi realidad esperando lo mejor. Trabajé duro, y siempre entendí que lo bueno dura poco, y a no esperar nada que...

—Espera todo de mí, Ágata —Se paró, y extendió la mano para elevarla, y la abrazó, fuerte,

sin dejar de mirarla—. Ni por un segundo planeo irme de tu lado, salvo que tú no me quieras aquí. No, déjame, quiero que escuches. Tú eres la mujer para mí, eso lo entendí en Tokio. Me gusta todo de ti, y el sexo es brutal, pero no explica esto entre nosotros. No me malentiendas, voy a querer follarte en el auto, contra alguna pared, voy a querer arrancarte esos gritos deliciosos y frustrados, en fin... tú me entiendes.

Ágata asintió, su labio inferior casi desapareciendo por la forma en que sus dientes lo apretaban. Vaya si lo entendía.

Lo gozaba, la obsesionaba, la provocaba... Pero él estaba siendo muy serio, y aunque temblaba, se avizoraba una declaración de intenciones muy importante allí, de esas que cambiaban la vida. *Esperanza, no corras*, pensó.

—¿Por qué crees que mi familia está tan alterada y no paran de llamar? Es impaciencia por verte, porque tienen claro que yo no estaría hoy aquí, contigo, si no fueras importante. Porque saben que estoy cayendo a los pies de una mujer, y quieren conocerte, captarte para sus filas, mi madre y mi hermana.

Le estaba diciendo algo tan bonito, tan especial, que debería estar saltando en un pie. Una declaración así en medio del paisaje más hermoso, que la retrotraía a su ser más amado, su abuela. Que derribaba mitos instalados en su cabeza, como el que establecía que no encontraría a alguien que la quisiera como era.

—Ágata Valentini, yo te considero mi novia, mi amante, mi mitad más bonita. Me encanta todo de ti, y eso incluye a tu TOC, que le da orden a mi vida.

Ella hizo un gesto de no estar tan convencida, pero en verdad había estado ocupada con el caos que era Cillian con sus posesiones.

—¿Me dices esto de verdad? Porque tengo algunos pesos en mi espalda, y no sé cómo lidiar con ellos.

—Quiero tu peso sobre mí, siempre que sea posible. Tu calma en mi día. No soy fácil. El trabajo me absorbe, me impaciento fácil, soy distraído, qué se yo. Me estás conociendo, y eso no te ha espantado.

¿Cómo podría?

—Mi familia... —señaló ella.

Él tomó su barbilla, y la miró con seriedad.

—Déjame encargarme de eso.

Ella negó, horrorizada. Que él los escuchara denostándola, que viera cómo la disminuían... No, no lo toleraría. Suspiró, y se enderezó.

—Lo haré yo. Es mi problema. Y luego cortaré definitivamente los lazos. Es algo que debí hacer hace mucho, pero no encontraba el valor. La idea de estar sola, sin nadie conocido, era...

—Atemorizante, lo entiendo. Pero me tienes a mí, y te prometo que llegué a tu vida para

quedarme. ¿Puedes hacerme la misma promesa?

Él la observó con seriedad, y ella sonrió.

—¿Estás de broma? Ni loca me desprendo por mi cuenta —se sonrojó entonces—. No es por tu dinero, lo juro, yo...

—Cállate, y bésame, preciosa —Le copó la boca con un beso abrasador, posesivo, largo, y entonces le hizo saber—. Podría parecer precipitado, pero me he enamorado, y creo que sé a qué atribuirlo. Tienes razón, las brujas existen. Solo así se explica el hechizo que forjaste para atraparme. Pero caigo encantado.

—¡Tonto! —susurró, y lo besó.

Feliz era poco. Su alma estaba ancha y no cabía en su cuerpo.

++++

Cillian se despegó del cuerpo de Ágata con cuidado de no despertarla. La había agotado, pensó, con una sonrisa satisfecha. Hacía más de un mes que recorrían Italia, y hoy era su último día. Estaban en Roma, y había visitado los puntos más famosos con calma, disfrutando.

Este tiempo le había permitido reestructurarse, reconectar consigo mismo, generar perspectiva, además de caer más y más por Ágata. Cada día juntos cimentó el convencimiento de que estaban destinados a complementarse, y que eran el uno para el otro.

Así, bien cliché, y esto sería vomitivo para Brian, pero que se jodiera, se lo diría. Quería lo mismo para él, así, de plano. Por fin entendía lo que había llevado al hosco Aidan a dejar Boston e irse tras Avery Turner.

O lo que había empujado a la volátil Brianna tras su Hawk. Sentir así era brutal, conmovedor, y transformaba, vaya que sí.

Haría lo que fuese por conservar estas emociones y preservarlas, para vivenciarlas con Ágata, y para protegerla. Esto implicaba hoy una tarea ingrata, pero necesaria.

Su bonita había hecho lo suyo. Intentó cortar con esas garrapatas que le habían succionado dinero y salud mental por años. Ella le contó apenas una porción, estaba seguro, de los epítetos terribles que su hermano le adjudicaba.

No la dejaba en paz. Fue testigo de que bloqueó su número, pero entonces acudió a su correo electrónico, y luego a sus redes. Denostándola, pretendiendo chantajearla.

Minerva se lo hizo saber, y frenarlo en ellas había sido sencillo, pero no quería que creyera que podía ir por ella. Era su rol protegerla.

**CILLIAN:** *Te voy a enviar una dirección. Quiero que te encargues de que alguien vaya y advierta al hombre y la mujer que viven allí que si vuelven a contactar a Ágata, no les irá bien.*

**BRIAN:** *No estamos ya en ese rubro, Cillian.*

**CILLIAN:** *Encontrarás quien se encargue. Hablo en serio, Brian. Los quiero lejos de Ágata.*

**BRIAN:** *Me encargaré, dentro de límites. Seguramente habrá algo que pueda hacer.*

*¿Cuándo vuelves?*

**CILLIAN:** *En unos cinco días estaré de vuelta.*

**BRIAN:** *Espero que seas consciente de que mamá no va a tolerar más dilaciones.*

**CILLIAN:** *La presentaré pronto.*

**BRIAN:** *Felicidades, cateto. Quedo solo manteniendo el honor de la familia.*

**CILLIAN:** *Veremos cuánto te dura.*

Retornó al lecho luego de tomar agua, y pasó varios minutos observándola, una gran sonrisa en su faz. Los ojos se abrieron, y volvieron a sobrecogerlo.

—Hola de nuevo, mi bonita.

—Hola —contestó.

—¿Lista para volver a casa?

Ella hizo una mueca.

—Sí, aunque no hemos hablado cómo haremos para vernos más a menudo.

—Ah, pero tengo una solución sencilla para eso. Tengo un pent-house enorme y muy ordenadito que grita tu nombre. Múdate conmigo, Ágata. Estaba pensando cómo proponértelo, y me diste la oportunidad perfecta.

Las lágrimas se le agolparon, y él rio y besó suavemente sus párpados.

—Es un lindo apartamento, con todos los lujos, no llores. De verdad está ordenado.

Ella rio, y le acarició la mandíbula.

—Sí. Claro que sí. Sigues moviendo el piso de mi mundo, Cillian O'Malley.

—Es lo justo. Tú sacudiste el mío por completo.

Ella lo atrajo y lo besó, y Cillian la dejó hacer. Esta era su nueva actividad favorita en el mundo.

**FIN.**

## PRÓXIMAS NOVEDADES.

Mi muy querido amiga/o, gracias por leer esta novela. Que la hayas disfrutado es siempre mi mayor ilusión, e invitarte a seguir leyendo mis producciones, está descontado.

El próximo libro de esta serie estará dedicado a Brian, pero no tengo aún fecha de publicación ni portada. Sin embargo, muy pronto habrá novedades al respecto. Te animo a seguir mis redes para estar enterado de mis lanzamientos. Habrá alguna sorpresa en diciembre con algún libro navideño que tengo en ciernes. ¡No dejes de seguir mi perfil en Amazon, por cierto!

En AMAZON: <https://www.amazon.com/author/mayar.stone>

En Facebook, <https://www.facebook.com/profile.php?id=100058815784949>

Instagram: @mayarstone

Recuerda que mi novela BRAD, tercera de la serie Rancheros de Montana, está en preventa.



Enlace: [rxe.me/VQVC99](https://rxe.me/VQVC99)

**Brad Sullivan**, ranchero y excantante, vive solo ahora que sus hermanos han encontrado a las mujeres de su vida. Sí, señor, el estoico Rex y el fanfarrón Ted tienen a buenas mujeres a su lado. No podría estar más feliz por ellos.

El rancho es su lugar en el mundo, aunque se confiesa más solitario de lo que le gustaría. Cabalgar y disfrutar de las colinas y prados de Montana es una vida maravillosa, pero se siente... Inquieto.

¿Echa de menos su antigua vida de cantante country rodeado de fama y fans? No tanto, porque si bien cantar es lo suyo, pagó un alto precio cuando siguió su sueño. Las giras, los fans, las prisas, el sexo salvaje... Fue demasiado. Se perdió a sí mismo, y al amor de su vida en el

proceso.

Vive para lamentarlo hasta que una segunda oportunidad llama a su puerta.

La reportera **Gina Lovell** está en la ciudad para entrevistar a Brad Sullivan. No es algo que ella quiera, pero su jefe le ha dicho que es su oportunidad para conseguir un ascenso. Uno que desea y se merece.

¿El problema? Brad le rompió el corazón hace años. Ella puede ser fría y profesional, pero Brad parece pensar que este es un nuevo comienzo. Error, vaquero. Le va a demostrar que ella no es un juguete.